

Cuentos de inmigrantes



MARTIN DE UGALDE

ediciones vascas **ev** argitaletxea

CUENTOS DE INMIGRANTES

Martín de Ugalde

ediciones vascas *ev* argitaletxea

© de la presente edición:
Ediciones Vascas
Serrano Anguita, 4
San Sebastián

Portada Angel & Iñako

Depósito Legal: BI-643-1979
I. S. B. N. 84-85288-41-6
Imprenta Industrial S. A. Bilbao
Alda. Mazarredo, 57-61
Editorial Legasa

EL DIA DE LA PLAYA

UN REAL DE SUEÑO SOBRE UN ANDAMIO

Martín de Ugalde, autor de *Un real de sueño sobre un andamio*, es nativo de Andoain, pueblo situado en una región industrial de Guipúzcoa. Hace años atravesó el océano y se radicó en nuestro país, donde se ha consagrado a las actividades periodísticas. Sin perder la perspectiva de su origen europeo, Ugalde se ha ido compenetrando de tal modo con la fisonomía de estas tierras venezolanas y con el espíritu de sus habitantes, que ambos se le han convertido en sustancia generadora de obras literarias en nada diferenciables, en cuanto a legitimidad de personajes, ambiente y lenguaje, de las que pudiera escribir con propiedad un criollo de nacimiento y crianza. Tiene, pues, Ugalde, cierta dualidad telúrica y vital que se refleja muy claramente en los cuentos del volumen a que se contrae la presente reseña.

Venezuela es uno de los países americanos donde el tema del inmigrante posee mayor vigencia social. La literatura narrativa ha comenzado a responder a dicho tema con obras de tal objetividad, que constituyen grandes reportajes novelados, como *Venezuela imán*, de José Antonio Rial. En poesía venezolana, lo más representativo es el extraordinario poema *Mi padre el inmigrante*, obra fundamental entre las de Vicente Gerbasi. En general pudiera afirmarse –y ello es perfectamente lógico– que quienes han desarrollado el tema, con pocas excepciones han sido inmigrantes o descendientes directos de inmigrantes. Tal es el caso de Martín de Ugalde. Los tres cuentos que cierran su volumen, plantean, con extraordinaria objetividad y gracia narrativa, episodios típicos en la vida de diversos grupos de inmigrantes: la adaptabilidad e inadaptabilidad de éstos a las nuevas tierras, gentes y costumbres; sus esperanzas y desilusiones; su lenta y difícil compenetración con los medios sociales adoptados donde el idioma comienza ya por ser un obstáculo. De los tres cuentos en referencia, el último del libro es el mejor: su calidad fue premiada en uno de los concursos anuales que auspicia este diario.

OSCAR SAMBRANO URDANETA en el suplemento literario de *El Nacional*, Caracas.
18-VII-1957

El día de la playa*

Serían las seis de la mañana:

- Fernando, despierta, que ya es tarde.
 - ¿Qué hora es?
 - El reloj está parado, pero debe ser tarde, porque el padre tiene como una hora levantado.
 - Ese viejo está cada vez más loco.
 - No digas esas cosas, hombre... Probe, con lo bueno y lo trabajador que es.
 - ¡Acaba de llegar y ya se quiere ir otra vez!
 - Probiño... No se halla aquí, se aburre, le faltan los amigos para conversar, le falta todo el pueblo.
 - Pero no se acuerda del hambre que pasaba, de lo solo que se sentía... Fue él quien quiso venir, ¿no?... Yo no lo arrastré... ¡Lo que hice fue pagarle el viaje y después tenerlo en mi casa y darle para sus cigarros y comprarle ropa!...
 - ¡No grites, hombre, que puede oírte!...
 - ¡Qué va a oír, si está sordo!... Dame el café, ¡anda!...
 - Pero, ¿te levantas...?
 - ¡Claro que me levanto!... Tenemos que ir temprano, que el tráfico puede ponerse pesado. Y tenemos que buscar un buen lugar. Los domingos se llena aquello. Prepara a los muchachos, pronto, y salimos en media hora.
 - ¿Y la comida, y bañar a los rapacines, y vestirlos, y dar de comer a los animales?... ¡Miren al señor: que le lleven el café a la cama y que vamos a salir dentro de media hora!...
 - ¡Fernando!
 - ¿Qué quieres, padre?
 - La rueda del automóvil está vacía...
 - ¿Qué rueda?...
 - La de adelante...
 - ¿Cuál de adelante?... ¿La de la derecha o la de la izquierda?...
 - Pos non sé... eso es según y cómo mires al automóvil, si de adelante o de atrás...
- Fernando se levantó de un salto en calzoncillos y se asomó por la ventanita de la habitación:
- ¡Me cago en!... -dijo, y se volvió a meter- ¡Luisa, el café, que tengo que trabajar!...
 - ¿Es mucho lo que tiene?...
 - Un caucho vacío...
 - Pero, ¿vamos?...
 - ¡Claro, mujer, un caucho se repara en seguida!... Dame el café.
 - Pa mí -dijo el viejo entrando en la casa- que este caneco non va a terminar de andar.

* *Un real de sueño sobre un andamio*. Cromoth, Caracas, 1957.

– ¿Y por qué dice eso, padre? –le dijo acercándosele la mujer–. Que no le oiga Fernando, que está de malas. Anoche estuvo trabajando hasta las once en ese dichoso carro.

– ¡Si sabrélo yo, que estúvele aguantando la luz hasta ponerseme el brazo tieso! Que "traígalo más p'aca", que "llévelo más p'allá", que "más abajo", que "non se ve", que "más a la izquierda", que "hace sombra"... Pero yo nunca túvele fe a ese cacharro viejo. Yo non sé nada de automóviles, porque apenas los conozco de verlos pasar, la cuesta de Pallares abajo, y de montar una vez en el automóvil de don Ramiro, que un día que iba de mercado y llovía díjome: "Suba, Fermín, que lo llevo hasta la misma plaza", y yo agradecíselo mucho. Pero aunque non sé nada de automóviles, a este cacharro viejo huélele mal desde que trajéronlo arrastrado...

– Bueno, padre, la grúa lo trajo porque estaba accidentado, pero Fernando sabe arreglar los carros muy bien.

– Ojalá. Non creas que yo non quiero que ese caneco ande. Lo que pasa es que non le tengo fe al cacharro ese. Y lo he estado pensando toda la noche, y creo que non voy a montar en él...

– ¡Cómo!... Padre, no diga eso, que Fernando se va a molestar mucho.

– Bueno, hija, es que dame miedo subir a ese automóvil después de verle tanta tripa fuera y tanto tornillo roñoso.

– Por favor, no diga nada, padre, y véngase con nosotros; ¿que va a hacer solo en casa?

– ¡Ay, probinal!... ¡Si yo siempre he estado solo! Desde que se murió Rosa, yo siempre he estado solo.

– Sí, pero lo trajimos para que estuviese con sus hijos, sus nietos, y ya no está solo... Padre, ¿no se encuentra bien aquí?

– ¡Claro que sí, filla mía; pero me faltan cosas!... ¿qué quieres?... y ya soy viejo para hacer otras nuevas ahora... Dame pena, pero yo quisiera ir otra vez al pueblo...

– Padre, no se lo diga aún a Fernando, que le va a doler.

– Non, pero téngole que decir... ¿Ves?, ¡ya está otra vez mirándole las tripas al coche!... Apuesto a que este cacharro non anda...

* * *

Fermín Oviedo es un viejo minero asturiano que ha peleado en las huelgas desde que era un muchacho, ha estado en las cárceles por pedir un poco de luz de justicia para los que viven enterrados, crió sus seis hijos como un forzado, y cuando murió su mujer se encontró completamente solo, sin fuerzas para trabajar y una pensión de tres pesetas que le entregaban cada mes vencido con la arrogancia de darle un capital:

– Firme aquí y aquí...

– ¡Malhaya!... Por tres pesetas puercas hay que firmar como cinco veces, hay que verle la cara a la guardia civil y uno tiene que joderse recibiendo esa porquería delante de ese retrato... ¡Me cago en!...

Y el viejo Fermín recibió una carta del hijo que tenía en Caracas:

..."padre, aquí no nos sobra mucho, pero no nos falta de nada. Ya estás viejo para estar aguantando tanta mierda. Yo te mando las perras, coges un barco y te vienes. Así conoces a mi mujer, que es muy buena y será como una hija para ti, y a los niños. Antonio tiene ya cuatro años y el año que viene le mando a la escuela. Fermín tiene ya tres y habla como un condenado. La niña Rosita va a cumplir dos en marzo y ya habla un poco. El pequeño está todavía recién nacido, pero tiene una pinta de minero que no puede con ella... Así es que ya sabes, dejas eso, que se vive en todas partes, y te vienes. Esperando contestación y con besos de todos, sobre todo de tus hijos: **Fernando y Luisa.**"

Y se la enseñó a todo el mundo:

– ¡Y voyme a ir!... ¿Qué hago yo solo aquí, lleno de miseria, sin poder fumarme un cigarro, encogiéndome al lado del fuego en invierno y teniendo que dar las gracias a esos hijos de puta todos los meses por darme una miseria que no llega ni para salir después de trabajar toda la vida, desde que tenía nueve años, en la mina?... ¿Qué te parece, Antonio?...

Su amigo Antonio, que era como hermano, le recomendó irse, y lo mismo Ramón, y Marta, y Cándido, y Eduardo, y el señor Matías, que sabía mucho de letras y números, y era amigo suyo:

– Sí, Fermín, yo, como tú, ¡íbame... A todos nos cuesta dejar el pueblo cuando llegamos a cierta edad. Pero si tienes un hijo americano y mándate el dinero para el viaje y díctete que tienes una casa y familia en... ¿dónde dijiste que estaba tu hijo Fernando, cerca de Buenos Aires?...

– Cerca de Caracas, no sé si estará cerca de Buenos Aires...

– ¡Ah!... Caracas. No, hombre, eso queda lejos, pero es igual, es América y aquello todo es nuevo y hay mucho que hacer. Si no, pruebas al canto. Tu hijo Fernando, que era un peón, ya tiene dinero para una casa y para pagarte el viaje, que cuesta muchas perras...

– Así es, y que está muy bien el condenado. Es que Fernando siempre tuvo talento, ¿sabes? Aquí mismo, cuando la Revolución de Octubre, él tenía doce años y ya diéronle encargo de hombre para hacer de enlace. Y me dijo Celedonio, tú sabes, el que murió en Gijón, el Llerandi, que el muchacho iba a dar mucho que hablar... Y siempre ha sido así, talentoso y trabajador...

Y regó la noticia con el orgullo natural de padre.

Lo despidió todo el pueblo:

– ¡Mucha suerte, viellín!... ¡Tú ya has hecho la América!...

– Un fillo rico en América, ¿pa qué más?... Te lo mereces, Fermín, ya es hora de descansar tranquilo. ¡Ojalá pudiésemos hacerlo todos!...

El entusiasmo y la buena voluntad de sus amigos iban atribuyendo a Fernando más bienes de la cuenta, y el viejo fue poco a poco imaginándose todo lo que él quería de bueno para su hijo. Al despedirse en el barco, que hasta el mismo muelle de Gijón vinieron algunos viejos amigos a despedirlo, con los ojos llenos de lágrimas les dijo:

– Acordaréme bien de todos vosotros. A ver si puedo mandaros unas pesetas...

* * *

Y el viejo llegó un atardecer de diciembre, un poco antes de la Navidad.

Su hijo vivía en una casita de piso de tierra, en Montecristo. Le gustaron los muchachos. Los sintió tan suyos como si hubiesen vivido siempre con él. Y le gustó la nuera, una mujer hacendosa y buena. Su hijo estaba hecho un hombre. Cuando en la noche se quedaron solos en la salita de piso de tierra, contándose las noticias del pueblo y de la familia, Fernando preguntó al viejo:

– ¿Y la casita, y esto, qué te parece?...

– Paréceme muy guapu todo, Caracas paréceme muy guapa, y con muchos automóviles... ¿y aquí non hace frío, ¡eh!?...

No, pero dime, la casa, el terrenito, ¿qué te parece?...

– Pues bien, hombre, todo muy guapu...

Y se retiraron sin mayores efusiones. El viejo, acostado en un rincón de la salita sobre un viejo diván, miraba al cielo a través de la ventana, y pasó la noche con los ojos abiertos.

"Estoy cansado –se decía–, pero non tengo sueño... ¡qué raro, si yo siempre he dormido tan bien!"...

– Luisa –preguntaba Fernando a su mujer mientras se desnudaba–, ¿qué te parece el viejo?...

– Muy bueno. Creo que le voy a querer mucho.

– Está como un roble. ¡Ojalá esté contento aquí!...

El viejo Fermín se dio cuenta que su hijo no estaba en la situación que él imaginó a través de sus cartas.

Sí, aquella era una casa, pero estaba a medio hacer, y era tan chiquitica que apenas cabían todos. Y el terreno era un pedazo de tierra de relleno, en una quebrada, que estaba pagando poco a poco trabajando como peón y después cuidando del depósito de agua de la urbanización.

El viejo tuvo la duda de haberse precipitado en su decisión de venir. Aquí le iban a faltar muchas cosas. Tenía otras, claro: el hijo, la nuera, los nietos, una mesa servida; hasta tenía televisión, una maravilla que nunca hubiese soñado ver en el pueblo. Pero... Bueno, acaso se acostumbraba y cambiaban las ideas en su cabeza...

* * *

El viejo Fermín miraba de reojo el carro inclinado, como quien observa las mañas de un animal antes de comprarlo. "Yo –decía para sí el viejo– non creo que ande nunca este cacharro roñoso".

Cuando Fernando comenzó a levantarlo con el gato, se acercó corriendo y apoyó sus manos sobre la tapa del motor, como para sujetar el carro.

– ¿Qué haces? –le preguntó Fernando.

- Pues aguantarlo, pa que non se corra...
- ¿No ves que está calzado atrás?...
- ¿Tú crees que es bastante?...
- Claro. Si quieres ayudarme, tráeme la cruceta de la maleta.
- ¿Traerte qué?
- La cruceta, la llave.

El viejo se fue. -¿De qué maleta?... ¡Ah!, bueno... Aquí no hay ninguna llave, Fernando...

- Sí, hombre... Ven, mira, esto es una cruceta...

Fermín se sintió un poco mortificado por su ignorancia. Se apartó un poco y observó.

El carro era un Ford del año 40, despintado, deslavado, sin vidrios en las puertas, todo roñoso y abollado. Más que un carro, aquello parecía un perol de desecho, de esos que se ven en las orillas de las carreteras. Por dentro estaban los asientos destripados, los rotos llenos de trapos viejos, el piso respirando por varios huecos. Para no meter el pie, el propio Fermín había recortado unas latas y las había colocado sujetas con alambres y cuerdas. Pero el motor debía estar bueno, porque lo pusieron en marcha en la noche pasada, y después de tomar mucho aire y soplar con los apuros de un asmático siguió y siguió cada vez mejor:

- Esto es hasta calentarse -había dicho Fernando.

Pero como si el motor le hubiese oído, ahí mismo tosió dos o tres veces y, por mucho que le dieron y dieron al pedal para que se reanimara, el motor se paró. Ya eran las ocho de la noche. Fernando entregó una luz al viejo y estuvieron hasta las once en eso, en apretar tuercas, sacar pedazos de hierro, meterlos.

Cuando terminó Fernando, el viejo dijo sin convicción:

- Ponlo en marcha, a ver si anda...
- Mejor lo dejamos para mañana, porque ya es tarde.
- ¿Y si non anda?... -malició el viejo.
- Sí anda. Te apuesto lo que quieras, ahora está bien.

Y efectivamente, subió Fernando al volante, movió palancas, hizo rechinar alambre y "¡plum!"... con una explosión así comenzó a andar. Y lo tuvieron un rato prendido.

- Mañana está como un rolo -dijo Fernando.
- ¿Como qué?...

- Como un rolo, hombre, como una uva... Tú no sabes. Eso quiere decir que ese motor va a funcionar mañana como dios.

* * *

Verdad que cuando llegó aquel atardecer arrastrado por otro carro, nunca creyó el viejo Fermín que aquel pedazo de lata arrugada tuviese tripas para hacerlo andar de veras. Había visto antes automóviles viejos y rotos y despintados, pero una roña de aquellas, nunca.

Era verdad que le había costado poco. Ciento cincuenta bolívares y después el transporte, que fue "cincuenta duros". Total, 175 bolívares. Eso en pesetas eran casi mil. Pero aún y todo era barato si podía andar. Aparte el trabajo, claro. Ya llevaba el cacharro aquel más de un mes y medio comiendo cada momento libre de Fernando. Todas las noches hasta las nueve y las diez. Y después, cada ratito, cada minuto libre entre comidas o entre sueños, allí estaba su hijo panza arriba revisando tornillo a tornillo las piezas roñosas de aquel caneco. Salía hecho un Cristo de sucio y de maltratado. El camino de tierra frente a la casa era como el patio de un taller mecánico. Había pocitos de aceite sucio, piezas regadas, los asientos destripados sobre los que jugaban los muchachitos. Por eso es que no quería subir él sobre aquel cacharro, porque aquellos pedazos roñosos de hierro no podían funcionar bien en el momento de frenar o de correr a mucha velocidad. No se atrevía a decírselo claramente al hijo, pero más de una vez insinuó:

– Fernando, ¿crees tú que eso pueda andar?...

– ¡Claro!... ¡Si todos los carros son así! Lo que pasa es que nunca los has visto sueltos en pedacitos, como ahora...

– ¿Para cuándo crees tú que podrás ponerlo a andar?

– Creo que el domingo podremos bajar a la playa. Se lo estoy prometiendo a los muchachos. Tienen que respirar un poco de aire de mar y jugar en la arena. Les hace falta. Y a Luisa también, que está flacucha y con mal color.

Pero cada domingo ocurría algo con el carro, y el viaje a la playa se iba dejando para otro. El cacharro aquel tenía más roña de la que creía su hijo. Y los niños lloraban cada semana, y Luisa protestaba cada mañana de domingo:

– Yo creo que no nos llevas a la playa nunca. Mejor si te hubieses ahorrado los quinientos bolívares que te gastastes.

– ¿Quinientos?...

– Sí, porque cauchos nuevos, que si aceite nuevo, que si bujías...

– Los cauchos no son nuevos, los compré usados y baratos, y lo demás, no había más remedio... ¡Pero así y todo es un jamón!

– Si alguna vez camina, todavía...

– ¡Que si anda este carro!...

– Vamos a ver –sonreía resignada su mujer.

* * *

Y por fin, a las once de la noche de aquel sábado emplazó Fernando a su esposa:

– Mañana me voy a vengar yo, porque vamos a la playa.

– ¡Si no me has dicho nada!...

– Es que no estaba seguro, pero ahora sí. Y mañana, ¡hala!... ¡up!... a la playa todo el mundo.

– ¿A qué hora?...

– Temprano, para llegar frescos y coger buen sitio...

- ¿A las seis?...
- Bueno, a las seis.

Cuando el viejo Fermín se fue a acostar en su rincón de la salita de piso de tierra dijo para sí:

"Y parece que mañana sí va a arrancar ese caneco de veras. Pero preferiría quedarme tranquilo en casa"...

* * *

Cuando Fernando terminó de reparar el caucho, ya eran las siete. De dar las campanadas se encargó el viejo:

- ¿Decías que íbamos a salir a las seis?... pues ya son las siete...
- ¿Y qué hacemos aquí? ...¡Luisa!... ¡Luisa!...
- ¿Qué pasa?... -Luisa salió a medio vestir, con la niña todavía desnuda en brazos.
- ¿Qué haces?... ¡vámonos!...
- ¿Cómo quieres que nos vayamos?... ya te dije que tengo que bañar y vestir a los niños, y tenemos que desayunar todos...
- Pues desayunamos todos abajo...
- Yo me quiero comer mi desayuno aquí -dijo el viejo Fermín sin mirar a nadie.
- ¿Y por qué? -preguntó Fernando.
- Porque tengo fame; me levanté muy temprano y quiero comer...
- Bueno, usted coma algo en seguida, los demás nos desayunamos abajo.

El viejo se acercó a la cocina, se sentó, se echó su gorra de visera hacia atrás y esperó a que le sirvieran su desayuno, que tenía que ser sustancioso, como acostumbraba en la mina.

- Aquí están sus huevos y su cecina y su café con leche -le sirvió Luisa-. Y apúrese, padre, que tenemos que bajar.
- Luisa -dijo el viejo-, ¿de veras que quieres bajar a la playa?
- Claro; ¿por qué me pregunta eso?
- ¿Y los niños también?...
- Pues claro, si hace un siglo que hablamos de bajar en carro a Macuto... Ande, coma y bajemos, que le va a gustar el mar.
- ¡Qué va a gustarme a mí -murmuró-, si me he pasado la vida bajo tierra como un topo y la única vez que me hice a la mar mareéme como sapo, ¡rediós!...

A las ocho estaba todo dispuesto. Los niños estaban vestidos de punta en blanco, como príncipes. Luisa se había puesto un vestido blanco también, y Fernando parecía otro, como parecía cada vez que se ponía su traje de boda, su camisa blanca de la boda y su corbata negra de ocasiones.

- Hombre, ¿por qué te pones tan ceremonioso para bajar a la playa? -le dijo su mujer-. ¿No te parece que deberías ir sin corbata, con el cuello abierto?...
- Bueno, pero a mí me gusta vestirme del todo o no vestirme. Si me pongo el traje, me pongo mi corbata y mi camisa... ¿o es que estoy mal así?...

– No, mal no estás, hombre; pero lo digo por ti, por el calor...

– Tú no te preocupes por el calor que voy a pasar yo... ¿Llevas la comida y la cerveza?

– Puse algo de comer. Pero como me dijiste tan tarde... De beber, creo que será mejor que compremos allí...

– ¡No, si yo ya sé lo que pasa!... ¡Después allí no hay nada! Llégate en un momentito a casa del portugués y que te traiga media caja de cerveza. Vamos a llevar un baldecito con hielo. Pero apúrate, que ya es tarde. ¡Viejo!, ¿qué hora es?...

– Son las ocho menos cinco... Mejor que dejes esto para otro día, Fernando... Hoy va a hacer mucho calor.

– ¡Qué va a hacer mucho calor, hombre!... Súbase, que ya montamos todos. Llévase ya a Antonio y a Fermín, que están vestidos. Suba al carro con ellos, que ya vamos...

El viejo Fermín consiguió capturar a sus dos nietecitos y meterlos en el carro con él.

– Vosotros non os movéis, que ese es el encargo que tengo... pero, joder, si estáis ya más sucios que ayer noche... ¡Luisa! –gritó el viejo sacando la cabeza por la ventanilla sin vidrios del carro–. ¿Estos niños están más puercos que cuando los bañaste ayer!...

– Déjalos, hombre –se incomodó Fernando, que ya salía de la casa como para una ceremonia–; si vamos al mar a bañarnos... –Y se metió en el carro, al volante.

– ¿Tú crees que arranque el aparato? –preguntó el viejo.

– Pues claro que arranca... ¿No lo vio ayer noche?... ¡¡Luisa!!... ¡¿vienes?!...

– ¡Ya va! –contestó Luisa desde dentro de la casa.

Y mandó a Rosita, dando traspies, vestida de rosado, con la cara reluciente y un lacito en el cabello.

Bajó Fernando del carro y la subió con él. Al rato gritó de nuevo:

– ¡¡Luisa!!...

Y dirigiéndose al viejo, que estaba acurrucado detrás, sujetando a los muchachos:

– Padre, ¿qué hora es?...

– Las nueve menos veinticinco...

– ¡Joder!, ¡Luisa, qué coño haces!...

– Ya voy, hombre, mal hablado... –y salió también, bonita, con su vestido blanco y el chiquitico en brazos, como para un bautizo.

– Ahora –dijo Luisa al subir, esforzándose en cerrar la puerta roñosa del carro– sólo nos falta, ahora que los vecinos nos están mirando, que no arranque este perol...

– ¿Qué es perol? –preguntó el viejo Fermín desde atrás.

– Perol es este automóvil, abuelo –le dijo ella festivamente.

– ¡Ah! –hizo el viejo, y se calló.

Y comenzó el motor a toser: "caj, caj, caj"... Y después: "rac, rac, raac, raaac... siiiiiiiiist"... "rac-raaac, toc", como si el motor hiciese esfuerzos finos para recompensar la carga de cariño que le pusieron esta mañana de playa.

"Rac-rac-rac-rac-tiiiiiiiiisst"... raaac-rac-raaac-toc-toc"...

– ¡Joder! –un modo fino de explotar de Fernando.

– ¡No digas groserías, hombre!... –su mujer.

Y los dos, sin mirarse, pensaron en la malicia que puso un vecino al desearles buen viaje.

– Es que no sé lo que tiene, todo está bien...

Fernando levantó la tapa del motor y fue tocando uno a uno todos los lugares donde podía esconderse una avería.

– ¡Fernando!... ¡La ropa, hombre; quítate el saco al menos!...

Fernando se quitó el saco. Y se remangó. Y dijo:

– Viejo, tenías razón, este cacharro no anda...

El viejito Fermín estaba acurrucado, agarrado a los dos nietecitos, en un hueco de la vieja tapicería del carro, sin mirar a nadie.

Mientras Fernando volvía a jurungar el motor, Fermín sopló dos o tres veces allá detrás, levantó su gorra a cuadros blancos y azules, se movió con desasosiego, pellizco a sus nietos (que estaban quietos, los pobres), abrió la portezuela en un esfuerzo de goznes y marco, y se acercó con aire azorado a Fernando.

– ¿Qué crees tú que es?...

– Pues eso, que no sé, ¡que si supiera!... ¡Me cago en los quinientos bolívares que gasté en esta mierda!...

– Entonces, ¿nos quedamos? –dijo el viejo.

– Pues no, yo no dejo a mi familia otra vez sin playa, que hasta los vecinos se ríen de nosotros, ¡carajo!... Nos vamos, aunque sea en un carro de alquiler...

El viejo Fermín se sobresaltó. Ahora tendría que ir de todas maneras. Y eso iba a costar mucho dinero. Y tendría que pagarlo su hijo, el pobre, que no paraba de trabajar para ganar apenas con qué vivir...

– Fernando –dijo el viejo como un muchachito cogido en falta–. ¿Non será que fáltale esto? –Y sacó del bolsillo algo que le estaba enseñando con mano temblorosa a su hijo.

– ¿De dónde cogiste eso?...

– De ahí atrás...

– ¿Cuándo?

– Esta mañana...

– ¿Y por qué?

Bueno... –y la curtida piel del viejo se sonrojó.

– No, hombre, si éste es el tapón del depósito de la gasolina; sin eso el carro anda igual...

Fernando se fue refunfuñando a colocar el tapón en su sitio.

– ¿Qué le pasó a la gasolina? –le preguntó la mujer, que se enteró a medias del incidente.

– ¿Será eso? –se preguntó Fernando–. ¿Será que me falta gasolina?... Me cago en... ¡si no hay gasolina!... ¡Ya está, nos vamos, le falta la gasolina!

– Búscalo yo, Fernando.

El viejo Fermín estaba al lado de su hijo, noblemente, como un soldado. Un poco maltrecho y viejo y triste y desmoralizado, pero le brillaban en los ojos dos chispitas de espíritu de servicio y de contento de poder hacer algo por borrar lo feo que cometió al esconder el tapón de la gasolina.

– No, déjeme, padre, voy yo, que la bomba queda un poco lejos y yo regreso antes. Lo que necesito es un perol...

- ¿El automóvil?...
- No, hombre, un perol para traer la gasolina, un cacharro...
- Yo sé dónde hay uno en el patio.

El viejo vino con una lata.

Cuando media hora después regresaba Fernando, sudoroso, con la lata de gasolina al hombro y la camisa blanca toda mojada, el viejito le salió camino adelante. Y se ofreció:

- Llévotelo yo...

El viejo Fermín llegó renqueando al carro con su lata de gasolina al hombro.

Y echaron la gasolina. El motor se resistió todavía un poco, pero al fin prendió. Los vecinos que andaban rondando el carro haciendo preguntas y deseando buen día de playa a la familia, los vieron acomodarse todos dentro y arrancar cuesta abajo por la avenida del Rosario, una carretera de tierra que baja de Montecristo, en Los Chorros.

Los muchachos aplaudían y se asomaban a la ventanilla del carro como si se asomasen al cielo.

- Ten cuidado –recomendaba el viejo Fermín a cada salto de hueco.
- Ya va, viejo, no te preocupes... ¿Qué hora es?
- Las nueve y media... ¿Es tarde?... ¿No sería mejor dejarlo para el domingo que viene?...
- ¡Qué va!... Nos vamos. Nos sobra tiempo. En una hora estamos abajo.
- ¿Todo es cuesta abajo?...
- Sí. Al mar siempre es bajando.
- Menos mal...

Y la familia Oviedo bajó ese día a la playa en carro propio por primera vez.

Un real de sueño sobre un andamio*

– Renato, Yusepe... mezclilla en el veinte. Un ayudante... ¡José!

– ¿Al andamio?

El sol abría huecos con esquinas en la caprichosa silueta horizontal de cemento y llegaba blanca y tibia de neblina al pie de la obra. Las manos torpes estaban asidas a sus flacos envoltorios de papel verde, papel blanco, papel de periódico, para un día vertical. El polvo de los desperdicios de materiales apenas comenzaba a despertarse bajo la sacudida vital del hombre, y a trechos parecía unirse a la neblina. Pero el amanecer tenía una dirección y el polvo otra.

El aparato arrancó con su carga de cuerpos arrugados por el sol hacia el secadero. Una subida lenta, trabajosa, acezante, "tac-tac-tac"...

– Este es un ascensor para peroles.

– ¡¿Y qué quieres tú, perolito?!

– ¡Perol serás tú, Trucutú!...

El montacargas siente el peso de la carcajada, risa de un día cansado antes de nacer. El trato es macizo, rudo. Es entre manos con grietas de cemento. Nace de esa solidaridad brusca de los que están embarcados en el mismo "perol" que hace agua a menudo, donde se moja y hasta se ahoga a veces. Este racimo de hombres secos de cinco razas es un haz de brazos atados por su común destino de montacargas. También es una suma circunstancial de hijos, mujeres, conucos, esperanzas y futuros colgados del montacargas, "tac-tac-tac"...

Descansa de trecho en trecho para repartir su carga. Es un ascensor de torre hueca, al aire libre, para peroles, para dejar las cosas en los pisos aún sin puertas. Por ahí entran estos hombres. Y salen. A veces a destiempo, sin el montacargas.

– Ese perdió el perol –dicen en un hueco de voz. Y no se santiguan porque no saben.

A medida que suben son menos y hay más sol. Es como precipitar un amanecer. Ascenden sombras largas con esquinas en los entrantes y salientes de la mole inhumana de hierro y cemento que ha levantado el hombre. Cuando llegan al piso veinte sólo quedan los tres: Giuseppe, Renato y el negro José.

Y el operador: "No salgan antes de que yo regrese"... Dos hombres hacen con la broma una línea torcida entre dos labios. Es la misma contorsión del alma que grita: "¡zape!", cruzando dos dedos negros a solas.

* * *

A dos años de América, Giuseppe sólo ha conseguido pararse a cincuenta metros de altura sobre un andamio.

* *Un real de sueño sobre un andamio*. Cromoth, Caracas, 1957.

El valle de Caracas parece desde aquí un pequeño mar sólido de torres y edificios. Tiene sus orillas de ranchitos lamiendo la costra roja de los cerros y algunos salpicones nuevos de quintas con verde en las colinas. El valle adquiere desde aquí un sentido nuevo. Los cerros y las colinas quedan al mismo nivel; las torres de iglesia no lucen tan erguidas; los gigantes de cemento se han comido los árboles, y sus panzas rectas de blanco-gris absorben toda la palidez rosada de los viejos techos rojos de la ciudad.

Mirando de arriba se ven las cosas como si estuviesen paradas de cabeza. El hombre es un punto escurridizo en el espacio. Todos los puntos, iguales. El hombre zambo y corto es un punto. El hombre estirado y largo es otro punto. Visto desde arriba, no hay hombre grande. Las carreteras son ríos móviles de lata al sol. Quien ha forjado esa lata y la ha puesto a brillar es el hombre, ese puntico que corre en zig-zag sorteando los obstáculos que ha creado él mismo. Las rayas rectas que rompen la ciudad en pedazos las ha trazado el punto cuando se ha puesto a mover a una velocidad nueva.

Pero hay caminos rectos que no conducen a ninguna parte.

– Es curioso lo que sugiere la altura cuando no marea –pensó Giuseppe. Y volvió a la mezclilla de cemento sobre el piso veinte.

Era una perspectiva conquistada en dos años de trabajo. Comenzó cavando cimientos, poniendo pies grandes a un gigante por nacer. Ahora le parecía como si él hubiese parido un monstruo, un parto lento de ladrillo a ladrillo, palada a palada, comida a comida, sueño a sueño. Un gigante que a veces le producía vértigo. Otras, orgullo. A ratos, una sensación de poder que se le arrugaba en lo que duraba su descenso, "tac-tac-tac", en el montacargas. Otras, angustia; una angustia interminable, larga, desazonada, que le roía las entrañas y le tenía asustado el corazón durante días arriba y noches abajo, en su catre de la pensión de paredes de cartón. Pasó quince días sin dormir y apenas probar bocado cuando vio caer a Camilo, su compañero de cuarto. Bajó como un muñeco de trapo, pasando uno a uno, en un decir ¡ah! los metros que tardó meses y meses en poner de pie. Y le vio reventar como un saco de tierra sobre el pavimento...

Giuseppe alargó los ojos hasta el nivel de la calle y empujó con su peso crecido de impulso las dos tablas del andamio.

– ¡Che c'e!...

– Nada...

Su compañero se le quedó mirando, la paleta metida en la caja de mezclilla, los ojos deslumbrados, en un gesto que el cucurucho de papel de saco de cemento sobre la cabeza hacía grotesco. Y esperó.

– ¡Niente!...

– ¡Ah!...

Giuseppe se agarró al mecate y se quitó el sudor con el antebrazo. Desde el nivel de los cimientos llegaban casi muertos hasta el andamio encendido de sol del piso veinte el estertor de los motores, los latigazos de pito del policía, voces, algún grito herido. Y arriba ardía el sol, como un infierno de cuerpos. En el piso veinte, había una ventaja. Siempre soplaban viento. A veces caliente, con unos taladros de arena quemante que abrían agujeros infinitamente pequeños en la piel, pero otras una brisa fresca, como una

de esas corrientes frías que uno encuentra al bañarse en el mar. El andamio tenía el movimiento invisible de un rumor de esfuerzo quejumbroso de cuerda.

"Riiisst... raaasst"...

"Niente", se dijo para sí, y comprobó la solidez del mecate atado al soporte de las dos tablas en vilo a más de cincuenta metros de altura.

– Mira, Yusepe, ¿como que estás loco? ¿Nos quieres zumbiar pa'bajo, como se fue Camilo?

Los tres hombres percibieron la sacudida del mundo común de su andamio y midieron con ojos largos de miedo el camino sin huellas por donde se fue Camilo hacía un mes.

* * *

"Riiisst... rassttt"...

Giuseppe lo oía distintamente. Era un rumor casi humano. Era el esfuerzo del mecate por sostener el peso de tres vidas de hombre sobre dos tablas hechas de la vida de un árbol robusto. Si el hombre mata al árbol, ¿por qué no ha de vengarse el sisal, su hermano, dejándolo caer desde su torre de conquistador? Como se venga el toro del torero, la sequía de la tala, las crecidas de las quemazones criminales del hombre.

– ¿Qué te pasa, Giuseppe?

Los hombres están cerca, hombro con hombro, ojo con ojo, unidos por el mismo baño de sudor. Tienen el mismo resplandor rojizo en los ojos, las mismas rayas en la frente, las mismas encías vacías, los mismos pantalones rotos, los mismos salpicones de cemento, la misma piel enrojecida por el sol y el viento, el mismo cucurucho bufo de papel sobre la cabeza.

– Dime, Giuseppe, ¿qué te pasa?

– Nada, Renato, nada...

– Tú tienes algo...

– Tú sabes... cosas; casa, mujer, Camilo...

– Tú sabes que eso sobre un andamio a cincuenta metros de altura es muy peligroso.

– Peligroso, peligroso... ¡qué quieres que haga! ¡Peligroso!... Ya lo sé, pero no es cosa mía...

– ¿De quién?

– De Camilo, de la mujer, de las cosas...

– ¡Bah!... Yo también tengo eso, y lo pienso cuando camino por la calle, en la pensión, cuando duermo... y cuando no duermo... ¿Por qué andar rodando esa pelota aquí, en un sitio tan pequeño?

Cuando midió con la mirada los seis metros cuadrados del tablado con límites de vacío tropezó con los ojos de susto, grandes y negros, de José.

– José está asustado. Te estás portando raro. Si no te sientes bien, mejor vas a la pensión y te acuestas.

– ¡No!... ¿A qué?... Estoy bien.
 – Mira, musíú, ¿qué fue?... –y a José se le abrieron los ojos tamaños, como Africa y América juntos–; yo me salgo de esta pingada y voy con el cuento al capataz.

* * *

La colmena humana se desarmó de herramientas. Todos a una, a una señal de reloj. El sol seguía su camino, el reloj también. Antes era un camino de agua con remansos y sombras. Ahora estaba hecho de rectas duras de cabilla y cemento a través de peladeros sin descanso. Ahora eran rectas. Rectas largas y rectas cortas. Unas acostadas, otras de pie y otras recostadas, pero era el tiempo de las rectas. La hora del punto lanzado derecho, con impulso de máquina, hacia un objeto.

El hombre se había sentado sobre su obra, solitario, pequeño, en uno de los compartimientos del gigante de cabilla y cemento, y deshacía su flaca envoltura de papel verde para poder proseguir su jornada. Era una jornada larga, por caminos torcidos, por cuevas, por guerras, por separaciones, por campos de concentración, por pensiones, por ascensores de carga, por andamios...

– ¿Cómo estás? –le preguntó Renato con palabras hechas de una seca porción de pan y queso.

– ¡Puá!... regular.

– ¿Nada más?

– No.

– ...José estaba un poco asustado. Puede buscarte un apuro si va con el cuento al capataz.

– Bueno.

– ¿Y si pierdes tu trabajo?

Giuseppe dejó de masticar. Se quedó con el pedazo de pan seco entre las manos, sentado con la espalda recostada en la pared, despatarrado, con su cucurucho de papel en la cabeza. Su cara rojiza salpicada de cemento se arrugó en un dolor de hombre.

– Es verdad –dijo.

Los pitazos subieron más insistentes, como latigazos de policía a hileras largas de carros de lata brillante al sol. Giuseppe los imaginaba monstruosos, amenazantes, conteniendo su rencor de máquina.

– ¿Bueno?... –le preguntó su compañero.

– Bueno... nada, hay que seguir.

El cubo de cemento donde estaban los hombres parecía un calabozo sin puertas. Había dos huecos de luz que daban al vacío, dos botellitas de fresco de pie en el suelo, unas ropas guindadas en dos clavos, dos hombres echados boca arriba sobre el cemento con sus camisetas amarillo-sucias llenas de agujeros, cargados de sol, de viento y de fatiga.

"Sí, hay que seguir", se dijo Giuseppe. Y alzando la voz:

– ¿Has recibido carta?

- Sí, ayer. Te lo dije. ¿Y tú?
- No.
- Estará en la pensión cuando regresemos.
- Puede...

* * *

El instante se fue estirando, salió y se hizo largo en forma de un camino estrecho por donde venía una carta rota de quejas y hastío con noticias del hijo y de su mujer.

Hacia dos años que no los veía. Cuando llegó a La Guaira creyó que podía ser cosa de unos meses. Esa era su perspectiva de Venezuela al desembarcar. Después de dos años, a cincuenta metros de altura, le parecía ver un siglo de vida sin objeto por delante.

Giuseppe no esperaba ver tanta gente. Se veía doblado sobre la borda, sudando bajo la gritería, la presión de sus compañeros de barco y una corbata y un traje nuevos, estrenados al embarcar. ¡Ese peladero rojo era Venezuela! ¡Y eso sería Caracas! (Con lo que contaban de Caracas!

- No -oyó decir a alguien-, eso es La Guaira.
- ¿Y Caracas?
- A un cuarto de hora.

Giuseppe miró aquellos cerros cargados de ranchitos de barro y ojos de sol en las latas; aquellos caminos rojos del agua, como arañazos, aquellas casitas de colores lavados y reseco muchas veces apiñada sobre la ladera pelada y casi vertical. "Pero éste es un país de oportunidades", se dijo. Entre este gentío del muelle no había sitio para una mirada suya, pero Venezuela tenía lugares enormes donde cabría holgadamente su cuerpo. Bajó a la bodega, aquella maloliente boca donde ubicaron al pasaje de inmigrantes. Recogió sus dos maletas de tablas de debajo del camastro donde acostó sus ilusiones por quince días, y subió corriendo la escalerilla de hierro con sus ilusiones ya de pie y perfectamente a plomo.

- "Giuseppe -se dijo-, esta es tu meta de muchas noches sin dormir".
- ¿De qué te ríes? -le preguntó sobresaltado su compañero del piso veinte.
- De nada... de mi llegada a La Guaira.
- ¿Qué te hace reír de tu llegada?
- ¿Tú no sabes que yo subí hasta Caracas caminando?
- No, ¿y por qué?...

Lo primero que se le ocurrió a Giuseppe cuando desembarcó fue volverse a embarcar. Le tomó cariño al barco. Se dio cuenta de eso cuando lo vio desde el muelle, con sus dos maletas de madera en cruz, aquel peladero rojizo con ranchos de ojos de lata a la espalda. El barco regresaría a casa. Y le ocurría igual que cuando muchacho: si su mamá le montaba en un caballito del tiovivo, él miraba con envidia al conejito de orejas paradas en que iba montado su vecino; después le montaban sobre el conejo, y el caballito de crines erguidas le parecía más hermoso. Además, quince días de barco son como quince días de intimidad. ¡Hay que ver el sentido de solidaridad que despierta la

sola coincidencia de un viaje en autobús! Pero la corriente de amistad que unió al pasaje se disolvió con el calor húmedo del puerto. Cuando la dureza del suelo se le clavó en los huesos se quedó como un balancín de dos maletas tan horriblemente solo que le parecía mentira que toda aquella gente estuviese compuesta de personas.

– Pero, ¿por qué viniste caminando?

Giuseppe se volteó, se colocó panza abajo, se escondió su barbilla entre sus brazos cruzados y puso sus ojos, cocidos al sol, en la cara de su compañero del piso veinte:

– Creí que eran quince minutos caminando –dijo.

– ¿No preguntaste?

– ¿A quién?

– ¿Tenías dinero?

– Diez dólares.

Pero se los pidieron todos por una carrera. ¡Por quince minutos de camino, como si fuese un turista. En la entrada de la autopista le dijeron que no podía subir por allí. Que si fuese un carro, sí. ¡Cómo iba a ser él un carro! Y aquellos hombres se rieron porque Giuseppe tenía que caminar diez kilómetros más con dos maletas encima por la vieja carretera porque no era un carro. Cuando alcanzó las primeras casitas de Catia, al amanecer, le recibió una pelea. Giuseppe se dejó caer sobre una escalera de tierra y los vio pelear. El hombre se fue maldiciendo. La mujer se quedó en la puerta. Al rato entró Giuseppe dentro bajo el peso de las dos maletas cargadas de fatiga y sueño. Salió bien entrado el día, como entró menos diez dólares. Así le entró Venezuela por los ojos y el cuerpo.

– Nunca había oído una cosa así.

– ¿Y tú como subiste?

– En un carro por puestos.

– ¿Te esperaba alguien?

– No, pero para eso tiene uno vista...

– Tú tienes mucha vista y llevas casi tres años ganando doce bolívares.

– No he tenido suerte.

– ¿A qué llamas suerte? ¿A ganarte un "5 y 6"? ¿Por qué vas a ser precisamente tú?

– Hay otras muchas suertes en América: negocios, un subcontrato bueno, una mujer con plata, un terreno que sube de precio...

– Yo no creo en eso.

– ¿Tú conoces a Lino?

– Sí.

– Pues ni se ha ensuciado las manos y ya está rico.

– ¡Lino es marico!

– ¡Ah!... ¡cada uno como puede, pero ése ya ha hecho su América!

– Yo no quiero una América así, me da asco..,

– Pues por eso subiste caminando a Caracas, por eso estás siempre huraño en la pensión, por eso estuviste meses sin trabajo, por eso estás casi loco...

– ¡Renato!...

El grito dio dos tropezones y se desplomó desde veinte pisos de altura, como Camilo. La habitación desnuda, sin puertas, se volvió a llenar de un rumor distante, de

calle apartada. Y en la cancha del piso veinte se crisparon dos manos y se abrieron los fosos de dos aberturas sin puerta.

Renato se hizo un poco más hacia el rincón. Y sonrió cobarde:

– No iba en serio, es un decir...

Giuseppe pareció calmado con sólo ver el gesto arrepentido y tímido de su compañero. El no estaba loco. Loco estará el que se olvide de su mujer, de su hijo, de sí mismo.

– Mira, Giuseppe –se animó Renato–, ¿por qué no haces como los demás? Tierra nueva, vida nueva, mujer nueva...

Giuseppe le miró con desprecio.

– Tú sabes –continuó– que nunca vas a poder reunir bastante para traerlos; tú sabes que no podrás mandarles bastante tampoco tal como están las cosas... tú sabes que necesitas mujer. Dime, entonces, algo que puede ser una solución.

Giuseppe no contestó. Se dio media vuelta. El sabía en su torpeza para seguirle que además de las cosas que son, hay otras que se sienten, y que las cosas que se sienten son tan verdad como las que están delante.

– ¿Entonces?...

– Seguir... como en el trabajo.

Y le entró un hastío como un líquido blanco que se le regó por dentro y le llegó hasta el rincón de la cabeza donde él creía que se gestaban los pensamientos. "Lo mejor es no pensar y esperar", se dijo.

* * *

Giuseppe se levantó, se puso su cucurucho de papel, se asomó por la abertura como si fuese a lanzarse con paracaídas desde un avión, y se le pusieron los ojos chiquitos de sol. Después saltó sobre el andamio, colgado a cincuenta metros de altura, sobre la ciudad bajo aquel sol de plomo que le agobiaba. El andamio soltó un agudo grito de mecate y tuvo un gesto de vaivén.

– Me vas a prometer una cosa... –y Renato le pidió desde su miedo agarrado al quicio de la puerta, que dejase de dar vueltas a las cosas por esta tarde, y que no asustase a José...

El cajón de mezclilla que le ponía delante el negro José era dócil, mojado, tibio. El podía manejarlo sin dificultad y darle forma. Le gustaba hacer esto, porque le hacía sentirse dueño del destino de algo útil. Cuando se secaba, el cemento guardaba la forma que le diera y nacía un cuerpo nuevo que servía al hombre. Aquella línea vertical de veinte pisos que él había contribuido a trazar metro a metro tenía de noble la rectitud de plomada que orienta al hombre en sus esfuerzos. Estaba construida de cuerpos dóciles a la mano del hombre que después le eran fieles para siempre. El suyo, su cuerpo, también era fiel a las manos tibias de su madre que lo modeló. Eso a pesar de la tormenta, de la lluvia, del viento y del sol. Le estaba ardiendo el cuerpo, pero el suyo no se derritiría y seguiría en pie. Renato haría lo que quisiese. Era cosa suya. Cada hombre tiene su

medida que colmar. La suya era esta caja de mortero donde venía a vaciar de vez en cuando José su lata de mezclilla. A veces le parecía enorme, sin fondo. Otras la veía chiquita, insignificante, frente al precipicio de los veinte pisos echados en plomada como un tirón largo-largo bajo sus pies, por donde se fue Camilo...

"Riiisstt... rassst"...

Sin el andamio no hubiese habido pisos, sin mecates y tablas no hubiese habido andamio, sin planta no hubiese habido ni tablas ni mecate, sin... ¡bah!... eso era una locura... "¡Locura!"... las sienas marcaban su paso loco... "tic-tac... tac, tac, tac... tic-tac"... en sus oídos llenos de "rriiisstt-rassst", de pitos, de voces apagadas y del jadear inhumano de los carros. ¡Por ahí se había ido Camilo!... "¡Loco!"...

– ¡¡Renato!!...

El grito ensartó las cabezas de José y Renato como un alfiler.

"Píiii... cok-cok-cokkkk... píii-píii... tin-ton... tin-ton-tin-ton"... los martillos; sssssfrrrruuuuusss"... los soldadores; "¡eh!", el hombre; "píii-píii", el policía; "¡coño e madre de musíu", José. Y el andamio, nada, callandito, quieto. Los mecates, con su silencio tendido, tenso, de cosa. Las tablas murmurando... "riisstrasst", "crik-crak"..., muertas a sus pies. Giuseppe secándose el sudor, con un aire inconfundible y torpe. José, otra vez inmóvil, como una aparición. Renato, agarrado a la cuerda:

– ¿Qué tienes, Giuseppe?... ¿no te sientes bien?

– Sí... ¿por qué?

La pregunta hizo dos muecas de clown en el andamio y se reflejó en los ojos redondos y brillantes de José:

– ¿Por qué?... ¡no joda!... Este Yusepe como que está loco... Yo no me dejo caer como Camilo, ¡la pistola!...

– ¡José, no te vayas!...

Renato se fue detrás Giuseppe se quedó solo y sintió otra vez aquella angustia de la zapatería...

Sí, aquella angustia de la zapatería que no había vuelto a sentir de nuevo hasta que sintió otra vez miedo de quedar sin trabajo... Es como si regresase a la zapatería de Pietro y Elio.

Era un cuartico de tres metros por tres. Allí comen, trabajan, duermen y sueñan los dos hermanos. El rincón huele a sudor, sebo, betún y cuero. Cuando despertó allá amanecía apenas. La habitación estaba oscura y llena. El aire era tan denso que no cabía una respiración más. Ya apuntaban unas grietas de luz en la puerta y comenzaban a rodar por la calle los ruidos del día cuando sintió aquella angustia que le asustó tanto. Era ruido de motores, motores, motores... Arrancando, corriendo, frenando, bufando... Tanto motor como andaba suelto por la calle y apenas había lugar para su soledad. Había andado entre carros y carros, escapando de ellos, durante un mes sin encontrar un ser humano; alargando las piernas sobre el cemento caliente en pos de una obra, apretando el corazón cada vez que le negaban emplear sus brazos. Hasta bajaba los ojos con humildad denigrante, se ofrecía casi por nada, apenas para tener con qué pagar la pensión de paredes de cartón y consumir el tiempo de manera que no quedase ninguno para sentirse solo. El hombre parió aquel amanecer angustioso entre dos mesas llenas de

zapatos rotos que olían a pies de pobre y el catre sucio donde estaban tendidos los dos hermanos, dos hombres buenos que le recogieron compadecidos de su estado.

– No, no te muevas –le dijeron cuando quiso levantarse–. Hoy te quedas así. Te traeremos un remedio y mañana te levantas.

Al rato entró Elio con una taza de café caliente, y a Giuseppe le dieron de comer...

– ¡Giuseppe!... ¿me oyes?...

Está Renato de vuelta, mirando desde el quicio sin puerta que da al vacío de veinte pisos, que los pitazos y el ronronear de los carros trepan trabajosamente.

– ...José está aquí. No va a decir nada al capataz. Pero te pedimos los dos una cosa: que descanses aquí, en el piso, un rato. Te ha dado mucho el sol y estás preocupado, como estamos todos de vez en cuando. Este no es un sitio para pensar. Tú haces la mezcilla en la sombra y José te ayuda...

– Bueno...

* * *

¡Hay que vencer este miedo! Hay que agarrarlo, doblarlo y tenerlo domado, como a un animal. Hay que mirarle a la cara y amansarlo No es sólo por uno. Es que uno tiene mujer y tiene hijo y tiene padres, que es de donde viene uno, y tiene amigos y tiene compañeros que esperan que uno sea un hombre y no un marico, como Lino. Eso es asustarse y coger por el atajo del miedo. Eso es cobarde. ¡Qué diría de él su viejo, si le viese hacer eso! O su viejita, desde su aterido lecho de tierra. Y su mujer, y su hijo cuando crezca...

– José, déjame trabajar en el andamio. Ya estoy bien.

El andamio es sólido, tiene buen mecate, de buen sisal, de buena tierra, de donde viene el alma de todo y a donde regresa después, sin morir. La distancia hasta el piso es apenas un riesgo, como un carro al atravesar la calle, como una mujer que no es de uno, como el odio cuando prende... Pero hay que vencer la pendiente. Vale la pena. El tiene por qué.

* * *

– El perol no sube.

– Primero es lo de abajo, está más cerca...

– ...Por eso Camilo llegó primero abajo y después es cuando subió...

– No lo mientes, ¡zape!...

El sol va tapando huecos sobre el caprichoso recorte de cemento en el horizonte y corre una brisa fresca por el hueco sin puerta del piso veinte. Las cansadas manos de los hombres vienen vacías. Ya se prenden las primeras luces de la ciudad. Y flota un polvo tenue, como neblina. Pero tiene marcada su dirección de tierra.

– Este es un ascensor para peroles...

Los hombres erguidos de la mañana están doblados sobre su propia fatiga, y bajan... "tac-tac-tac"... como si viniese el perol frenando un impulso brusco de dejarse caer. Las manos vacías de los hombres tienen la conformación de trozos invisibles de cemento.

A medida que bajan hay menos sol. Es como precipitar un crepúsculo. Ahora el sol da de espalda, pero son las mismas sombras de la mañana que siguen a los hombres con constancia de mujer celosa, más atenuadas, como domadas y soñolientas. Si siguieran a sus hombres, dos de ellas irían a un barraconcito con compartimentos de cartón de a 0,50 de bolívar por noche.

Y por tan poco, ¿quién va a pretender el lujo de dormir?...

LA LUZ SE APAGA AL AMANECER

LA LLEGADA DE ENGRACIA

LA SEMILLA VIEJA

EL ASALTO

EL ESPIA

"Reúnen en la *Semilla Vieja* cinco relatos: "La luz se apaga al amanecer", "La semilla vieja", "La llegada de Engracia", "El asalto" y "El espía". En todos ellos prevalece un tema: el de los inmigrantes. En todos ellos se nos aboca a un clima (uno, pero diverso) de pobreza, de desamparo, de sacrificio, de paciencia, de expectación, de frustración. En todos ellos –y no obstante el desmedido afecto que Martín de Ugalde siente por los desheredados y los desposeídos– hay como una ternura asesinada por el sarcasmo, como una fe apuñalada por el destino. Parece que al escritor no le basta aquí con ser verídico; quiere, además, ser veraz."

PLÁ Y BELTRÁN en *El Independiente*, Caracas.
12-1-1959

"No sé cuál de los cinco (*La semilla vieja*) es el mejor, pero yo me he fijado particularmente en dos que sirven, por sí solos, para acreditar a cualquiera: "La luz se apaga al amanecer" y "La llegada de Engracia". Cuentos valientes, duros, difíciles, de gran trabajo realizado suavemente, con desprecio absoluto de las galas literarias y haciendo una gran literatura."

TELLAGORRI en *Tierra Vasca*
I-1959

La luz se apaga al amanecer*

La calle de tierra era como la cama de un río muerto, y a las casuchas de madera que parecía que estaban de entierro en las orillas les nacían de noche unos ojos cuadrados y unas hendiduras como tajos por donde resbalaban unas luces amarillas de velas y lámparas de kerosén.

Cuando la mujer venía bajando por el olvidado camino del agua con la cautela de irse robando la respiración, se escandalizaron los perros, se abrieron algunas puertas, y alguien, que era mujer, dijo para que oyera la otra:

"¡Ahí va la puta esa!"...

La mujer continuó pasito su vacilante caminar de tacones, tropezando las piedras y los huecos, mirando al suelo, como si viera. Se cerraron, como a golpes de viento, las puertas. Los perros fueron apagando sus voces de alcahuete. Después, como a soplos, se fueron borrando también las rendijas como mirillas y los ventanucos como troneras. Y cuando la calle de tierra terminó de hundirse en la noche, quedó expuesto a toda la oscuridad del mundo un huequito de luz alumbrando con humilde fidelidad de lamparilla.

Los cocuyos habían hilvanado muchas redes de luz en sus invisibles cañamazos de verde, y los perros habían dormido ya casi completo su sueño de cazo de sopa cuando los despertó como un pasitrote de tacones de la buscona, que ya respiraba desafiante sus sofocos de la llegada. Se pasaron la voz como si la odiaran. La mujer se fue derechamente a la luz y empujó la puerta.

Antes de extinguirse el clamor de perros, cuando la alborada apuntaba ya sobre el copete del Avila, la luz como de lamparilla se apagó.

– Una mujer con una niñita de tres años y un muchachito de ocho meses –dijo rascándose la cabeza una gorda en el abastos– no se pone a trabajar de noche, y dice que de camarera, si no le hace falta la noche para trabajar...

– Es que de noche no se ve –rió torpemente el pulpero.

– Pero se siente, m'hijo, que esta madrugada me volvió a despertar el muchacho, la bicha esa. Yo nunca la veo aquí; ella como que no compra en tu negocio.

– No, las putas se van cinco cuadras más abajo para ahorrar dos centavos. Aquí el que viene a veces es su marido, que trae a la muchachita para comprarle dulces. Ese hombre si parece bueno.

– ¿ Bueno?... ¡Un hombre que se queda en la casa, como un cabrón, comiendo del negocio ambulante que tiene su mujer!...

* *La semilla vieja*, Cromoth, Caracas, 1958.

– ...¡No me digan –terció una chaparrita chupada y sucia que venía llegando– que están hablando de la húngara!... No sé qué podrá tener ese cuerpo de sapo, que le da para montar a su hija en los caballitos de la carroza del isleño dos veces al día.

La mujer es fea. Ni siquiera tiene alguna de esas cosas que a los treinta años, que no debe tener más, todavía ciegan a los hombres.

Es un cuerpo de cocinera, retaco y abombado como una tina, y la cabeza la tiene pegada al mismo hombro. La cara es cuadrada, con las quijadas abiertas, como los perros de presa. Y se viste feo. A veces se pone una bata ancha y sin talle, como un sayo. También se le ve con un gabán tápalo-todo que parece una cobija. En las raras ocasiones que sale de día se aprecia mejor el caminar torpe de esas sus dos piernas cortas y zambas, evitándose trabajosamente los tobillos de sus pies, que los tiene apuntando como las agujas del reloj a diez para las dos. A menudo lleva las manos metidas en los bolsillos, como si tuviese frío. Cuando no, se le quedan los brazos inevitablemente levantados por el gordo de las carnes que se le amontonan en los sobacos, con el aire de esos globos que ponen a volar por las fiestas.

De noche se pone unos zapatos de tacón que la levantan media cuarta, pero tan torpemente que parece que va caminando sobre zancos. Callejea por las orillas, se pega instintivamente a los muros de los jardines y de las casas, evitando las luces de las vidrieras, mirando a ratos para atrás, como si recelase algo.

Ella sabe cómo topar con los hombres. Si no basta la insinuación, va al abordaje. Casi siempre pide un cigarro. Después discute el precio en un castellano de consonantes duras como alambres. A veces continúa su camino sola, rezongando; cuando tiene suerte, acompaña al hombre sin acercársele mucho. Aprovecha todas las sombras que hay, no desperdicia un callejón oscuro. Si el hombre no tiene mejor, pues ella cuenta siempre con una pensión de a ocho bolívares la noche y de tres o cuatro el rato, depende de lo holgado.

Regresa siempre a su chamizo antes del amanecer. Es como si temiese la luz del día. Después, apenas se la ve.

Quien sale al patio a tender los pañales, quien da los teteros al niño y quien lo acuna con canciones, quien cocina, quien va de compras, es su marido.

Es un catire pequeño, con un bigotito amarillo y unos ojos azules que sonríen al mirar. No son ojos de tímido. Miran de frente, sin turbarse. El hombre hasta tiene cierto aire distinguido que choca con su manera humilde de vestirse. Pero hay en la forma en que encorva la espalda al caminar algo que corresponde a cosa doblada dentro, en su espinazo moral.

Suele ir de compras de medio de sal, real de azúcar, cien gramos de arroz, equipado con un maletincito de cuero. Parece una manera pueril de disimular que va de compras para la cocina. A veces lleva a su hijita Kati de la mano; pero casi siempre su compañía es un perro spaniel marrón, con nobles orejas, el hocico frío y unos ojos que parecen de persona. Bodri se come todos-todos los días (lo que es un escándalo para las mujeres del

barrio) una lata de carne para perro que vale un bolívar. Se cuenta que un señor ofreció por él hasta dos mil bolívares, y que al hombre no le brilló siquiera uno de sus ojos azules. Y puede ser verdad. El perro también le demuestra mucho cariño. Va siempre pegado a sus piernas, y le obedece a la menor señal.

El hombre parece tener dominio sobre sí mismo, sobre el perro, sobre la niña, sobre los que saluda con una sonrisa al cruzar, y sin embargo hay esa curvatura del espinazo y hay su esposa que le sale de noche a vender su cuerpo deforme mientras él se queda haciendo los trabajos de la casa como una mujer.

Un atardecer llegaron al barrio dos mujeres y un hombre que después de mucho preguntar fueron a parar al DDT-234, la casita de techo de zinc donde vivían los húngaros. Primero asomó al ventanuco la cabeza revuelta de la mujer, y desapareció. Luego, por la puerta, asomó su medio cuerpo el hombre.

A pesar de que fue cortés con ellos, no los hizo pasar. El visitante, que fue el que habló, dijo que los tres pertenecían a una comisión húngara de asistencia al inmigrante, a ver si podían hacer algo para ayudarlos.

– ¿Qué oficio tiene? –dijo solícita la más vieja de las dos mujeres.

– Soy catedrático, graduado en la Universidad de Budapest. Explicaba Historia y Sociología.

– ¡Ah! –dijo elocuentemente la otra, que era bastante bonita.

– He intentado trabajar varias veces de lo que sea –aprovechó la bajadita el hombre, aunque con cierto aire mortificado.

Entonces salió ella, vestida con un quimono de flores amarillas y moradas hasta el suelo, cuadrada como un biombo, los ojos abotargados, el gesto agrio.

Su marido no tuvo más remedio que presentarla.

– ¡Qué! –le cortó ella bruscamente–, ¿le vienen a ofrecer trabajo?!

Las dos mujeres de la comisión se sobresaltaron.

El hombre miró sin hacer un gesto.

Fue su marido el que dijo:

– No, mujer. Vienen a ofrecerse, por si nos pueden ayudar.

– ¡Ah! –rió descaradamente la mujer entrando en la casa–, ¿y qué es?!...

– Ruzsi... –rogó el hombre humildemente.

– ¡Si te ponen a trabajar, avísame!! –gritó ella desde dentro, y tiró la puerta.

El hombre explicó entonces con humildad, que primero trabajó como peón, pero que no podía, que se sentía morir de cansancio, y que, como no sabía la lengua, pues que no podía hacer más. Que luego su mujer le encontró un empleo como vendedor de seguros entre los extranjeros, pero que tampoco pudo, que le faltaba carácter para eso.

– Y entonces –le preguntó la más vieja de las dos mujeres, con cierta dureza–, ¿que piensa hacer?...

– Yo no he pedido nada a nadie –repuso dolido el hombre, aunque con la misma voz sin rencor de antes.

Los tres visitantes se miraron. Hubo como un acuerdo en el aire, y habló el hombre de la comisión, pronunciando claramente las palabras.

Entonces el hombre de los ojos azules que estaba oyendo el regaño se molestó. Las manos le saltaron a las solapas del predicador, y le dijo silbando las consonantes, pero bajito, para que no lo oyese ella:

– ¡Usted no toca a mi mujer ni de palabra!...

Algún vecino que vio cómo escapaba la visita tropezando las piedras del camino, corrió la voz de que había habido una denuncia contra la húngara.

Y cuando ella salió ya oscurecido, como todos los días, había un grupo de muchachos frente a la casa. La abuchearon, y hasta alguna piedra ciega le pasó rozando en la oscuridad. El hombre oyó el escándalo desde detrás de la puerta. La mujer no se detuvo. Siguió despertando, con su caminar torpe, como de zancos, el odio de los perros.

Cuando la mujer regresó eran las cuatro y media de la madrugada.

El, que estaba echado sobre la cama, sin desvestirse, se levantó a abrir la puerta en cuanto comenzaron los ladridos. La esperó con Bodri, que se había despertado en su cama de trapos.

– ¿Cómo estás así, vestido? –dijo entrando.

El cerró la puerta sin contestar. Cuando la vio un rato, sentada sobre la cama, quitándose las medias, le gritó cerca:

– ¡Has vuelto a beber, Ruzsi!

Ella volteó, le miró a la cara y le salió:

– "Puff"...

Y al rato, cuando tenía la falda de su vestido a la altura de la cabeza, dijo como si fuese sólo para su forro:

– ¿Qué quieres que haga?...

El se había recostado contra la puerta. Entonces reparó en que la muchachita estaba desarropada y llegó a cubrirla. Cuando regresó dijo a su mujer, que ya se estaba metiendo debajo de la sábana:

– ¡Esto tiene que terminar, Ruzsi!

Se conoce que no era la primera vez, porque ella echó dos vientos que fueron como dos arcadas y, abrazándose a la almohada, le dijo en el mismo tono de amigo:

– Mañana me explicas cómo...

– ¡¡Mañana no, ahora mismo!!...

El grito hizo dar un brinco al osito de nariz colorada que estaba botado al pie de la cama donde dormía la pequeña. Pero ella, Ruzsi, no movió una pestaña. El hombre, ya crecido, comenzó a discursar en alta voz, cruzando la habitación de un lado a otro, que eran cinco pasos.

De pronto, ella, que parecía dormida, le interrumpió:

– No seas cabrón, Janos, y déjame en paz; vete a acostarte...

Como él insistiese en plantear el problema, ella se incorporó sobre un brazo y le hizo con el dedo un gesto de acercarse, guiñándole un ojo con esa sonrisa de media boca que suelen usar las mujeres de la calle para insinuarse.

– ¡A mí no me hagas ese gesto, Ruzsi!...

– Ven para acá, valiente, siéntate... No, aquí, a mi lado... Tú al menos eres mi marido... Ahora, dime la solución, mi amor...

– Déjame en paz –dijo el hombre rechazando la falsa caricia–. Pues sí, lo tengo resuelto, nos vamos a regresar.

– Regresar, ¿a dónde?

– A Europa...

– A Europa, ¿a dónde?

– Podríamos quedarnos en Alemania, donde vivimos tan bien aquellos cuatro meses, ¿recuerdas?

– Y allá, ¿qué?

– ¿Cómo que qué?... Allá yo me puedo defender mejor, puedo trabajar.

– ¿Trabajar tú?... ¿Y por qué no trabajas aquí, ¡eh!?

– Tú sabes que yo, si me sacan de mis libros, no sirvo. En Alemania puedo defenderme, conozco la lengua, tengo amigos...

– ¿Y yo, qué? –ya la mujer se había sentado del todo, junto a él.

– Tú puedes dedicarte entonces a los hijos, como debe ser.

– Como si no hubiese pasado nada, ¿eh? –ella parecía complacerse en mirarle derecho, apuntándole con los ojos y preguntándole como a bayonetazos–. Y, ¿dedicarme a qué hijos?

– Pues a los nuestros, ¿a cuáles ha de ser?

– Será a los míos –le disparó a bocajarro–: Kati sí es tuya, pero yo no sé cómo puedes estar tan tranquilo en cuanto a Jani, porque con esta vida que llevo ya voy para los dos años, casi desde que llegamos.

El quedó suspendido de una cabuyita delgada como un hilo de araña, sin atreverse a mover un labio, como de miedo de romperlo y caer en un precipicio.

– ¿Y sabes otra cosa? –insistió despiadadamente la mujer–: que estoy otra vez encinta...

El hombre se quedó mudo.

Eso duró varios minutos.

– Anda, Janos, acuéstate –le dijo ella por fin con tono de lástima, recostándose contra la almohada. Y como lo viese tan asustado, añadió en una voz casi dulce–: Anda, tonto, que yo sé que todo no es culpa tuya, y todavía te sigo queriendo.

El se levantó, como escapando de la voz dulce de su mujer. Después rebuscó algo en un cajón del escaparate y abrió la puerta.

– ¿A dónde vas?, le dijo ella sin moverse.

– Aquí, al patio... Ya regreso.

Detrás de la casa había un patiecito estrecho colmado de ruedas oxidadas, cuadros de bicicleta, cauchos, rines viejos vueltos herrumbre, porque el que vivía aquí antes era un mecánico. El los miró un rato a la luz del amanecer.

Después, buscó algo sobre su cabeza, y dio con un palo que sobresalía una cuarta del zinc. Acercó un cajón, se subió en él, y haló del final del travesaño.

Dentro, toda la casa se movió.

– ¡Janos! –le llamó ella–. ¡¿Que haces?, ven a acostarte!...

– ¡Ya va! –contestó él por un hueco de la pared de tablas.

Después sacó de su bolsillo un ovillo de mecate que cabía en un puño y ató despacio un cabo al palo.

Cuando comprobó que podía aguantar un peso, ella lo volvió a llamar.

El vio a través de la rendija cómo su mujer se estaba levantando y venía por él.

Entonces saltó del cajón y entró en la casa. Al rato, la luz como de lamparilla se apagó.

Sería media mañana cuando se levantó.

Los niños ya estaban jugando sobre la cama. Cuidando de no despertar a Ruzsi, salió y llegó hasta detrás de la casa apresuradamente, como si hubiese olvidado algo la víspera.

Entonces cogió la otra punta del mecate, lo enlazó en el otro extremo del tejado de zinc, y colgó los pañales del niño, los vestidos de Kati y unas medias de Ruzsi.

Después, cogió su ponchera debajo del brazo y regresó a la cocina para preparar el desayuno de los pequeños.

La llegada de Engracia*

A Juan le amaneció su día en el muelle.

Destemplado por la vigilia, buscó el calor de un café. Se lo sirvió un chino en una taguara a dos pasos del muelle.

El puerto se desperezaba entre dos luces.

Juan se quedó viendo los barcos recién lavados por la noche, que lo miraban mansamente desde sus ojos de escobén, amolando sus imponentes narices en el agua.

Fue leyendo "Stratford", "Bergen", "Txori Mendi", deletreando, porque eran nombres extranjeros.

El no sabía leer y escribir tan bien como su mujer, que había estado sirviendo con unos señores en Madrid; pero podía llenar con sus gordos dedos de campesino dos hojas por las dos caras en una media tarde de domingo, después de la siesta.

Luego llegaba a la esquina de Carmelitas y ponía el sobre en un hueco que decía "Exterior", que era como dejarlo en Celanova, sólo que una semana antes.

No ponía sus cartas en cualquier buzón, porque bastantes se le iban perdiendo por el camino en estos últimos tiempos a pesar de ponerlas directamente en el Correo Principal.

Juan se admiró de haber escrito sin faltar un domingo durante tres años, y sintió el deseo de respirar hondo, como cuando uno encima una pendiente.

Luego terminó de sorber ruidosamente su café.

Juan, en mangas de camisa, con su pantalón del traje azul bueno ya un poco ajado de las lavadas, con sus zapatos de goma blancos acabados de comprar, pagó su locha y salió a caminar por el muelle.

Quería que su mujer lo viese así, limpio, próspero. No porque él tuviese pretensiones de ofrecerle ninguna jauja, pero sí para que desde la primera mirada tuviese la impresión de que le esperaba una vida sin hambre.

Había trabajado los días de punta a punta durante tres años para sacarla de servidumbre y traerla a vivir con él, que ésa era su obligación de casado. Eso y darle una casa y darle hijos, que para eso vienen los hombres y las mujeres al mundo y se casan.

Hubo quien le dijo que casarse así, en vísperas de un viaje tan largo, era una simpleza. Pero él se echó sus cálculos, y Engracia también, y a fin de cuentas los que se iban a casar eran ellos dos. Sin eso, acaso tres años hubiesen sido demasiados para aguantarlos a pura carta.

Porque "amor de lejos, para pendejos", como se le reían sus compañeros de pensión.

Y Juan, recorriendo el muelle a grandes zancadas, pensaba que él había sacado bien sus cuentas antes de salir. Se casaron un sábado, gastaron el domingo entero y después la noche en una habitación del primer piso del Hotel Orensana, que queda al mismo apearse del tren y no era de los peores en Vigo, y embarcó el lunes, a las siete de la mañana, dejando a Engracia en el muelle con el aire de desabrigo de una huérfana. Llorando, claro está. Pero, ¿cómo no iba a llorar, la infeliz, si él mismo, que no

* *La semilla vieja.*

recordaba haberle salido un sollozo desde que se le murió Perdigón, un perro de caza muy bueno que tenía, tuvo que bajarse a la bodega del barco, que es donde hizo el viaje?

¡Pero tampoco era cosa de traerla sin saber cómo le iba a pintar la nueva tierra!

Y todo tiene su lado bueno, porque como no tenían hijos que cuidar, ni necesidad de atenderse el uno al otro, porque se bastaban solos, pues habían sido tres años de ahorros. Guardando ella, aunque era poco, las trescientas cincuenta pesetas que le daban sirviendo en el Restaurant, y ahorrando él, que mes hubo en que consiguió meter al Banco hasta doscientos bolívares, que eso hecho pesetas eran casi tres mil. Total, que había mandado dos mil trescientos bolívares para comprar la casa donde vivían los padres de ella, en Casardeita, con sus buenas cuatro fanegas de tierra de cultivo, alcanzando hasta la parte alta del regato, y todavía le quedaban en el Banco sus buenos dos mil bolívares. Y además se había comprado una cocina de kerosén, una cama de matrimonio, que, aunque de segunda mano, era de lo mejor, y unos trastos más que poco a poco irían completando el ajuar.

Juan se sentó sobre una bita de hierro, y tentando el grueso cabo de la amarradura pensó que el apartamento iba a ser una buena sorpresa para Engracia. Porque la conserjería que había conseguido por recomendación del ingeniero era de limpia y de pulida que ni la casa de sus señores de Madrid. Tener casa nueva gratis, por sólo limpiar las escaleras, era de veras un regalo.

Juan se levantó y dio dos puntapiés a una lata vacía, como si de pronto se sintiese liviano como un muchacho.

"Ya se terminó el estar solo", se dijo.

Y ahora, desde la cumbre de la llegada de Engracia, la pendiente del tiempo que gastó esperando le parecía nada. ¡Y eso que sus tres años de Venezuela no habían sido precisamente un chorizo de días de Santa Agueda, que es cuando es fiesta de comer empanadas como ruedas y beber y parrandear en Casardeita!

Juan recordó entonces con regocijo, mientras caminaba de vuelta hacia el tarantín del chino, que para cuando tuvo tiempo de espabilarse en Caracas, ya le habían chupado los ciento treinta y cinco bolívares que trajo; que a él, cuando le cambió Don Isauro sus pesetas en Vigo, antes de embarcar, se los dio como si fuesen duros de plata. Después resultó que se los comió (mal comidos) en menos de quince días de pensión, como si se le hubiesen volado en medicinas; que a Dios gracias no le había dado todavía ni un mal de tripas.

Entonces es cuando se le ocurrió decir que era jardinero (que es lo que pedía el anuncio), que por otra cosa peor le hubiese podido dar en aquella zozobra de estarse mano sobre mano sin ganar ni para una mala sopa.

Así consiguió empleo en una quinta a trueque de "comida y habitación".

La comida era de pasar más que regular, que tampoco tenía él un morro tan fino; pero lo que le decían del cuarto era un catre puesto en un rincón del garaje, donde también dormía el carro, que era un automóvil muy elegante. Allí aguantó dos meses. Y si no duró más no fue por los señores, que estaban muy felices de tenerlo por tan poco, satisfechos de estar haciendo, de rebote, una obra de caridad; sino por él, que no terminaba de verle la cara a aquel viaje a América.

Por fin alcanzó un trabajo de peón abriendo zanjas para una tubería por once bolívares al día, que ya era hora de sentirle el canto a un bolívar, porque él no le tenía miedo al trabajar.

Los primeros días tuvo el miedo de que este sol de por acá le iba a pegar el pellejo a los mismos huesos. Pero buche de agua va y buche de agua viene, aguantó regular, y como después se dio cuenta que el aflojar de vez en cuando no le iba a mermar el jornal y que lo que apuraba el capataz no era mucho, pues se fue haciendo a las mañan del trabajo, que para él era el pan nuestro empatar un día con otro sin pegar un sueño cuando apuraba el campo con la cosecha.

Entonces fue cuando se mudó de pensión a casa de Camilo, un paisano suyo que alquilaba cama con derecho a cocina por treinta y cinco bolívares al mes. Era un negocito de dormir cuatro hombres en un cuarto de tres brazas por dos, justo el sitio para montar los camastros sobre las maletas de madera y dejar un carrilto para llegar al catre, con un hueco de ventana que no daba para airear ocho pies de peón. En cuanto al derecho, había que turnarse en aquel infiernillo del diablo para hacerse la sopa de la cena y freír un pedazo de carne o de tocino para el almuerzo del día siguiente.

Pero lo que decía Juan para su camisa: a América se viene a sacrificarse y a ahorrar, porque para comido por lo servido se queda uno en su pueblo, que allí en cualquier apuro siquiera lo conocen a uno desde los abuelos.

Después, cuando terminaron de colocar la tubería, el mismo contratista lo llevó a un desmonte en Baruta. Desde allí se le hacía la pensión muy lejos, que era detrás de San Agustín, en el Cerro Marín; pero le daban doce bolívares diarios y, como además el capataz le tomó cierto aprecio y a menudo el trabajo cundía para meter algunas horas extras, pues se le iba redondeando su jornal de la semana en casi cien bolívares.

En Baruta, que es donde está ahora, se quedó trabajando en una construcción como carpintero, ganando quince bolívares.

Esta era otra sorpresa para Engracia; ya no era un peón, ya tenía oficio; estaba seguro de que su mujer se iba a alegrar mucho.

Así andaban las cosas en la cabeza de Juan, que se había recostado contra el muro de la Aduana, cuando sonó el pito gordo de un barco.

Juan calculó por la altura del sol que serían apenas las siete.

Para cuando el barco arrimó su costado al muelle, ya estaba de gente que no se veía el piso.

Tropezando con su humanidad, recorrió la parte de muelle que ocupaba el barco como una docena de veces, y después de haber visto tanta gente y oído tanto grito, no se le quedó la imagen de una sola cara ni el acento de una sola voz. Era como en un juego de rompecabezas, en que uno va a buscar una sola pieza, sin fijarse en ninguna más, y sigue sin conseguirla.

Y, por tanto, era el "Marqués de Comillas"; lo podía leer en letras tan grandes como cabezas, y todo el mundo hablaba del barco.

Entonces intentó subir por aquel camino de tablas para preguntar por su mujer; pero no dejaban acercarse a nadie que no tuviese uniforme o mostrase un papel. Juan, con esa su cara de pan redondo, sus ojos mansos de buey, veía desde el tinglado de madera cómo algunos abrazaban a su gente allá arriba.

A Juan le venía y le iba una cosa que le ponía a veces el estómago en la misma boca. El, que siempre era tan sosegado, estaba ya con ganas de abrirse paso a manotazos. Pero lo retuvo su buen natural de siempre.

A las tres o cuatro horas, que Juan no sabe ni cómo terminaron de irse, porque parecía que todo se quedaba quieto y se fundía en aquel calor pesado y húmedo que envolvía el muelle, es cuando montaron una mesita al final de aquel pasillo de madera arrimado al barco, y comenzó a bajar gente.

Primero salió una señora cargada de bolsas y paquetes; después, otra señora con un muchachito; luego, un hombre mayor, ayudado por alguien que sería su hijo. Así fueron bajando, uno a uno, como nudos de una cuerda que Juan quería ver pasar rápidamente hasta el cabo, a ver si al menos con el remate asomaba su mujer. Y, mientras desfilaba despaciosamente tanto bulto extraño a su inquietud, se le iban reventando en su sesera unas como burbujas de aire. Tenía a ratos la sensación de estar soñando, o de que todo en su derredor estaba endemoniado o que el café tinto que le dio el chino esta mañana le había sacado de sus cabales.

¿Y si a última hora le hubiesen cancelado a Engracia el pasaje, o alguien de su casa estuviese enfermo, o ella misma se hubiese sentido mal repentinamente antes de embarcar o se hubiese enfermado en el barco y la tuviesen acostada?...

¡Sí que estaba todo endemoniado, porque su mujer estaba allá, en el barco: la acababa de ver; no cerca del puente, sino detrás, hacia popa, mirando al muelle!

– ¡Engracia! –gritó Juan con una voz que le salió rara, por cierto.

Y ella, ¡sería infeliz!, dale con su pequeño movimiento de la mano, y lloriqueando.

Por un momento, Juan tuvo la impresión de que Engracia estaba mirando para otra parte, y gritó de nuevo para sacar su cabeza de voz por sobre aquel mundo de acentos que nació sobre el muelle con la llegada del barco, y se acercó braceando entre la gente; hasta que consiguió que ella reparase en él. Entonces Engracia comenzó a llorar del todo, y Juan a hablarle desde el muelle sin apenas aire en los pulmones, preguntándole a voces que dónde había estado, que no la había visto.

Ella, con un vestido rojo y blanco, con el pelo negrísimo cogido atrás en una sola trenza, luciendo más bonita que nunca pronunció a trompicones dos o tres palabras, y después dijo al joven que estaba en el muelle, que no se fuese, que irían juntos.

Entonces Juan saludó cortésmente al hombre que estaba a su lado.

– Está emocionada, ¿sabe? –le dijo después, por añadir algo.

– Claro –le contestó el joven de las maletas de cuero–, después de tanto tiempo...

Entonces Juan, con su emoción y todo, y mientras observaba a hurtadillas cómo avanzaba su mujer por la cubierta del barco hacia la salida, se ocupó de ser cortés, y con la voz delgada que le salió le preguntó la tontería de si también él había venido en el barco.

– Sí. Como no lo veíamos a usted, pensaba ayudarla.

Juan dio las gracias al joven, que vestía un traje nuevo muy elegante, y quedaron en que podían subir juntos.

Y efectivamente, a la una y cuatro minutos en el reloj de la Aduana salieron con los baúles y cajones de madera de Engracia y las maletas de cuero del joven, que dijo llamarse Pedro, a buscar un carro por puestos.

Juan no tenía ojos más que para su mujer. Engracia estaba un poco más delgada, más elegante; con los ojos un poco tristes, pero dulces, y a la vez así como maliciosos, con los labios pintados y con unos zapatos de tacón que le daban cierto aire como de artista de cine.

Juan se sintió un poco incómodo en mangas de camisa, sudando como un cargador de muelle. Le parecía todavía mentira que tuviese ya a Engracia con él. ¡Tantas emociones en aquel día endiablado! El aguantaba ciento cincuenta kilos sobre los hombros; pero con otro susto como aquél, le daba algo. Sólo tenía un reproche que hacer a Engracia cuando llegasen a casa. Era verdad que había mucha gente en el muelle, y tampoco se puede poner uno a dar besos en plena calle, pero podía haberse dejado abrazar cuando él trató de hacerlo, puesto que eran marido y mujer.

Cuando Juan corrió a la línea de carros, consiguió el automóvil de turno aún vacío. Entró él primero, junto al chofer, tratando de que su mujer se le acomodase al lado, en la ventana. Pero un gordito se le fue detrás y trancó la puerta con una autoridad que no le dejó tiempo ni ánimo para hablar.

Si Engracia se hubiese apurado un poco, estaría ahora a su lado.

Ella se fue detrás sin un gesto de contrariedad, y se quedó mirando por la ventana.

Juan comprendió que su mujer debía sentir curiosidad por conocer el nuevo país, y le fue señalando algunos puntos del recorrido, mientras los demás pasajeros escuchaban en silencio.

Ya en la autopista, el chofer, picado de viruela, prendió la radio. Como el volumen del aparato era el de los carritos por puestos, pues no hubo oportunidad de que se oyese más voz que la del locutor y unos trompetazos como para volver loco a un dueño de alta fidelidad.

Juan volteaba de vez en cuando para sonreír con toda su boca, y ella, eso sí, le sonreía también, pero a pedacitos, como con pena. Juan, sudando entre el chofer picado de viruela y el gordito del bigote mosca, pensaba en lo infeliz que era su mujer y en lo dulce que sería estar junto a ella.

Cuando llegaron a la placita de Catia, se bajó el gordo del bigotito a lo Joe Louis.

Entonces Juan casi gritó:

– ¡Engracia!

Todo el mundo en el carro la miró. El joven que vino en el barco con ella, el señor del sombrero que venía en el medio y el chofer. Este bajó el volumen de la radio y cambió a otra música que decía: "Tírame esa papa, Leonor!"... Engracia, en el rincón, se sonrojó toda, y al fin dijo:

– ¿Qué quieres?

Y él, bajando la voz, los ojos ansiosos, dijo con un gesto espectacular:

– ¡Que te vengas, mujer, que tienes un lugar aquí!

Ella trató de abrir la puerta. Le ayudó el señor que estaba entre ella y el joven del barco, y Engracia se vino cerca de su esposo.

Juan dio las gracias ostentosamente, volteándose casi de cuerpo entero, y después le hizo más sitio a su mujer, que ya de por sí se había quedado más cerca de la puerta que de su marido.

El carro estaba llegando a El Silencio, y todavía Juan no había conseguido dar con la mano de Engracia.

En El Silencio se apeó el señor del sombrero.

El joven del barco preguntó que dónde estaban. Cuando le dijeron que aquello era el centro de la ciudad, pidió también que le bajasen las maletas, y se apeó del carro.

– ¿Dónde piensas irte, Pedro? –dijo Engracia mirando por la ventana.

– ¿Ustedes siguen adelante? –contestó el joven con una pregunta general, mirando más hacia Juan que hacia su mujer.

– Sí, vamos hasta casa en carro, porque llevamos los baúles –dijo Juan.

Y añadió:

– ¿Tiene alguien conocido en Caracas?

– No, no tengo a nadie... Pero buscaré una pensión. ¿Puede decirme de alguna por aquí cerca que no sea muy cara?

– Usted no es gallego, ¿verdad? –preguntó intempestivamente Juan.

– ¡No, hombre, no! –se apresuró Engracia sin mirar a su marido.

– Soy madrileño –dijo el joven.

– No –se apuró Juan a aclarar–, es que si no, podía haber ido a la pensión donde estuve yo; mi cama estará aún libre; entre la misma gente de uno siempre es más fácil al principio, y allá es barato...

– ¡Si él es oficinista! –le interrumpió con aire de reproche su mujer.

Juan convino con el gesto que, efectivamente, su mujer tenía razón, que la pensión no daba para tanto.

El joven no mostró mucho interés por la pensión. Pero tampoco parecía decidido a irse. Ya el chofer picado de viruela rezongó algo y prendió el carro.

– Un momento –dijo Juan, y puso su boca en la oreja de su mujer, y le echó un chorrillo de palabras al oído.

– ¡No, no, a casa no!...

La voz de Engracia llegó al joven distintamente, y, así las cosas, hubo un pequeño embarazo en la despedida. Pero Juan insistió en ofrecerse en su casa para lo que podía servirle.

– Pobrecito –dijo a su mujer cuando arrancó el carro, pensando en sus comienzos de hace tres años.

Engracia no contestó.

Cuando entraron en la conserjería, que era una planta baja, Juan vigilaba el menor gesto de su mujer. A Engracia le gustó la casa, pero no fue ningún escándalo de alegría, como se imaginó Juan.

Después, aquella primera noche no fue tampoco como pensó Juan que sería. Pero él había oído de muchas lunas de miel que comienzan así, con remilgos y angustias, y como Engracia, a pesar de lo de Vigo, era tan infeliz, pues le pareció natural que esta primera noche quedase cada uno en una esquina de la cama.

A la mañana siguiente, para cuando Juan se despertó (y tenía el propósito de levantarse él primero para llevar a su mujer el desayuno a la cama, delicadezas de recién casado), Engracia se había vestido y estaba tiesamente sentada en el borde de la cama.

Juan se asustó por algo que no acertó a comprender muy bien. Entonces, muy fuera de su manera llana y brusca de ser, fue delicado con ella, le hizo acostarse, vestida y todo, se fue a la cocina y le llevó un vaso de café con leche, colocado finamente en un plato con flores rosadas que había comprado él mismo.

Como tenía que irse a trabajar, pues no alcanzó entonces a hacer nada más; pero Juan se fue al trabajo con un dolor raro dentro del pecho.

Y con el calvario de las bromas de sus compañeros, maliciando los incidentes de la primera noche con su mujer, a Juan se le alargó este lunes como nunca se imaginó que podría estirarse un día.

Cuando regresó a su casa eran las cinco y media. Lo vio en un reloj de anuncio, frente al edificio. No hubiera podido ser en autobús, tan temprano. Había cogido un carro de alquiler, a ver si le robaba unos minutos a la espera.

Primero tocó un timbrazo corto y esperó. Después dos corticos más y, al rato, otros dos más largos.

Como no atendía nadie, tuvo que abrir la puerta él mismo, con su llave.

Y llamó, buscándola por toda la casa, que no era muy grande.

Podía estar Engracia en algún abastos cerca, comprando... quién sabe qué.

Era una posibilidad.

Pero a la inquietud de Juan le nacieron, en el corto instante de tomarse un vaso de agua, unos hilos largos que se enredaron en su cabeza.

Entonces buscó en el escaparate. Los vestidos de su mujer y los cajones de madera se habían ido.

Su mujer no los necesitaba para ir de compras, desde luego.

A Juan le amaneció su día oscuro en la cocina a través de un ventanuco que daba al patio, como dan casi todas las conserjerías.

Fue el primer día en tres años que Juan no tuvo fuerzas para ir a trabajar.

"... en *La semilla vieja* se percibe, tras la anécdota inmisericorde, una conciencia tan rectilínea y desesperanzada como los personajes, la del autor, que repite: "así de fría y dura es la realidad. Así es de cerrado el horizonte."

JOSÉ ANTONIO RIAL en la Hoja Literaria de
El Universal, Caracas.

La semilla vieja*

Era uno de los últimos días de julio, cuando los pocos mangos que han escapado a la puntería de los muchachos comienzan a rendirse a la tierra solos.

– ¡Anastase! –al viejo le brotó un grito cerca–, ¡pégale otro corte!

El tractorista había bajado de su máquina en marcha y se había acercado al viejo para mostrarle una raíz.

– Yo credo –le dijo sin levantar la voz el viejo del hacha– que non sone le rádiche; é el tratore que non jala por il lado justo.

– ¿Para qué lado? –le gritó por sobre el ruido del motor el tractorista.

– Para acá, en questa direzione... –y el viejo blandió la herramienta para indicar un camino.

Cuando recomenzó la maniobra del tractor, el viejo se alejó unos metros, y acariciando el filo del hacha con su dedo gordo, que estaba grietado y oscuro como una semilla vieja, dijo para dentro, que es donde últimamente había comenzado a meter sus cosas: "Arbol joven, que lo maten ellos, los maquinistas; ya van catorce en este mes, y el valle se está quedando sequito y arrugado. Si yo no necesitare de los doce bolívares que me dan, si tuviese oportunidad de algún otro trabajo, si no se viesen en mis arrugas los casi sesenta años que tengo, a mí no me enredan en este negocio"...

Cuando el tractor dio con el rumbo justo para derrotar a las raíces, la guaya gritó con su voz de látigo, el tractor jadeó como un toro que ha terminado de cubrir, y las recias ataduras del árbol con la tierra reventaron con estallidos secos, como tiros a quemarropa, abriendo el hueco gigante de una sepultura.

Cuando, después de los estallidos secos de tendones, terminaron de irse el lloro tierno de las hojas en su último vuelo y el crujir lastimoso de las ramas, y cuando luego el tractor regresó a ver de cerca su muerto, echado a lo largo de sus doce metros de tronco, el viejo se acercó al foso cruzado de raíces rotas mirando al vacío del cielo, y dijo como solía:

"Otro muerto".

Pero si se apiadase de cada árbol que tumban, si le afectase cada hombre que escupe, si le doliese cada mirada que ofende o cada palabra que hiere, Anastase estaba ya muerto, como el árbol.

Acostó su hacha en la tierra y se deslizó torpemente, con sus pantalones remendados con cabos de alambre, por su pequeño talud; hurgó entre un gamelotal y trepó luego a gatas, con un saquito de tela azul en la mano.

El viejo había aprendido a sonreír entre lágrimas y a comer en el hueco de una tumba.

Después hubo que cortar al árbol muerto los brazos y trozarle el cuerpo en cinco o seis pedazos, reducirlo a carga de camión. Eso era trabajo de casi dos días para él solo.

Este desmonte estaba ya casi listo. Después posiblemente irían al otro lado de la quebrada, donde estaba trabajando el patrol que Anastase guardaba de noche.

* *La semilla vieja.*

A la luz casi blanca del mediodía, el valle entero era un solo plano amarillento y estéril. Otras veces, sobre todo en la amanecida, todo el abra le parecía una creciente enorme, un gran desbordamiento de aguas cuando engordan de tierra y se hinchan, con alguna isleta de verde asomando como náufrago sobre la hinchazón estirada del río.

A Anastase le ocurría también imaginarse aquella inmensidad como si fuese una gigantesca parcela de tierra labrada esperando las primeras aguas de abril para la siembra,

¡Claro que éstos eran pensamientos tontos que le venían a él a la cabeza, y que no los decía porque se le iban a reír!

Al anoecer, cuando regresó al depósito de materiales de la urbanización, un halo de sol en la cabeza, el bulto de mangos sobre el hombro y el hacha en la mano, le estaba esperando Nico.

– Hubo carta, papá –le dijo al llegar.

– ¿Por qué viniste hoy, si quedamos en que mañana?

– Y sin otra pausa añadió–: ¿Qué dice?...

El joven, como de veinte años, estaba remangado hasta casi los sobacos, y con un gesto de desenfado aprendido en el cine, a lo James Dean, alzó los hombros como diciendo: "todo sigue igual". Pero después, como si hubiese reparado en algo tierno, mientras el viejo dejaba el saquito azul lleno de mangos en el suelo, dijo:

– Mamá está mejor de los ataques.

Luego hubo un silencio bastante largo, que el viejo Anastase invirtió en meterse en el cobertizo de las herramientas y cambiarse de pantalón.

– ¿Y tus hermanos? –dijo asomando la cabeza.

– Giuseppe se compró la bicicleta.

– Y, ¿qué dice? –brincó medio tono la voz vieja de Anastase desde dentro del galpón.

– Nada (al joven se le antojaba que todo lo demás, los detalles, estaban ya comprendidos), que está muy contento, que ahora llega al trabajo en menos de media hora, ¿qué va a decir?

– Ahora Tonio (el viejo estaba, sin embargo, en los detalles) querrá otra igual.

Con menos que eso había para que el viejo se quedara observando las grietas de sus manos.

– Papá –le sacudió su hijo con la voz–, ¿dónde queda el patrol?

– Ayer quedó en aquel alto, cerca de la carretera nueva. Pero hoy lo vi coger para el otro lado de la quebrada, donde llenaste la bolsa de mangos la semana pasada –explicó el viejo.

– ¿Dónde los conseguiste hoy? –preguntó Nico señalando el saquito desmoronado en el suelo.

– Hoy –se avergonzó el viejo– de un mango que tumbamos. Los vas a llevar.

– ¡Pero si vine a relevarte en el patrol esta noche!

– Quedamos en que mañana.

– Pero es para que veas la carta, y además te dejé una carne para freír en el cajón de la comida –insistió Nico.

– Y, ¿qué ibas a comer esta noche? –preguntó Anastase a su hijo, que lo veía con las manos vacías.

Nico se volteó y le mostró el bulto de un pan redondo debajo de la camisa, y le sacó una latica de sardinas de uno de los bolsillos del pantalón, que lo llevaba muy ceñido en la cintura y en las piernas.

– Dámelos –le dijo el viejo– y llévate los mangos.

– Entonces –dijo resignado Nico–, ¿vengo mañana?

– Mañana, sí. Dile a Vido que le llevaré la tabla...

– ¿Qué tabla?

– Me pidió un pedazo de tabla para arreglar su camastro, que lo reventó Salvatore, que es un bruto. ¡Ah! –dijo el viejo como si de pronto recordase algo muy importante–, quiero hacerte una advertencia: no toques los mandos del patrol, que la máquina puede rodar hasta el fondo de la quebrada. ¿Tú sabes lo que le pasó a Komorsky?

– ¿Qué Komorsky?

– Un polaco que murió hace dos meses en Santa Mónica... Monta en este camión que viene. Ahí está Suárez...

El camión traía su caja llena de hombres agachados.

El viejo preguntó por el patrol a un trigueño con cachucha de cuero que iba sentado en el borde trasero del camión.

Cuando Nico se encaramó allá arriba con su saquito de mangos, y el camión arrancó, el hombre de la cachucha de cuero le hizo un lugar junto a él. Ya estaba el vehículo en plena bajada cuando se volteó para decirle:

– ¿No te quedas hoy?

– No –le contestó Mico alzando la voz por sobre el traqueteo del camión y el ruido de los frenos–; cosas del viejo. Dijo mañana, y tiene que ser. Yo, mañana, quería ir al cine.

– Tienes novia –sonrió el hombre con una malicia sin motivo.

– Bueno... –se turbó Nico sin tener por qué.

– Yo no sé –dijo Suárez para cambiar– cómo pueden ustedes dormir montados en ese asiento.

Nico alzó los hombros, y luego estiró las piernas sobre el bultico de mangos y dijo:

– Son diez bolívares.

– ¿Cuánto gana el viejo por el trabajo del día?

– Doce.

– Es poco –dijo Suárez como para sí, pero de forma que le oyese Nico.

– Por eso es que tenemos que trabajar también de noche.

– No –repuso rápidamente Suárez, agarrándose en una curva del camión–; digo que doce es poco para el trabajo que hace el viejo, porque yo veo lo que suda tumbando y picando esos árboles.

– El viejo –dijo Nico– siempre ha sido así.

Después hubo un buen rato en que no se oyó nada más que el ruido del motor y los brincos de la caja vieja del camión, porque ninguno de los que iba con ellos hablaba tampoco.

– ¿Tú sigues en la carpintería? –preguntó, por fin, Suárez.

– Sí; pero si no me suben el jornal, me voy.

– ¿Cuánto te pagan?

– Sesenta bolívares a la semana.

– ¿Y qué estás haciendo?

– Llenando los sacos de viruta para la cama de los caballos en el hipódromo. Es un paisano que tiene un contrato con la carpintería: paga a medio el saco y vende a bolívar.

– ¿Cuántos sacos llenas al día?

– De doscientos a doscientos veinte, según.

Suárez puso los ojos chiquiticos, mirando a través del hueco de la cabina del camión, por donde veía carretera adelante, calculando cuánto daba el negocio.

Y al cabo de un rato dijo:

– ¡Pues el negocito da como ciento cincuenta bolívares diarios!

– Bueno, cincuenta se le pueden ir en el transporte de camión y en mi jornal; pero le quedan cien bolívares limpios.

– Y el que trabaja eres tú.

– Claro –dijo Nico, y se rió.

– Y, ¿por qué no te pones por tu cuenta?

– No –dijo seriamente el joven–, para eso hay que tener amigos en el hipódromo; ¿tú no sabes cómo son estos negocios de los contratos?...

La pregunta quedó prendida en una rama de cují que casi se lleva la cachucha de Suárez.

Ya habían bajado de Baruta a las afueras de la ciudad, y el camión iba a entrar en la autopista cuando Suárez dijo:

– Y ustedes, ¿adelantan tanto así como esos diez bolívares que les dan por noche por guardar el patrol? ¡Porque eso está reventando al viejo!

Sí –le contestó Nico regresando desde algún otro pensamiento–, porque así pagamos una sola cama en la pensión y ahorramos otra, que son tres reales diarios, y que sumando a los diez bolívares, pues hacen otro jornal completo. Así son tres jornales entre los dos, que tenemos que mandar una plata para mamá y los hermanos.

– Entonces –dijo Suárez con cierta dureza– tú deberías relevar al viejo más a menudo, porque trabaja más duro que tú y está muy cansado.

– A mí me queda muy lejos desde El Cementerio; porque hasta aquí son tres cambios de autobús, que son hora y media de viaje –dijo Nico sin enfadarse–; pero yo vendría igual si no fuese por el viejo, que no me deja relevarlo sino así, una o dos veces por semana.

– ¡Ese viejo tuyo es medio fregao, carajo! –dijo Suárez levantando la voz.

– ¡¿Por qué?! –se sorprendió Nico.

– Es que él tiene la costumbre de tocarme los mandos de la máquina. Cuando llegué esta mañana, el patrol estaba a medio freno, sin el seguro, y como recuerdo que lo dejé puesto, pues le dije, y ya sé que no se lo debía haber dicho así, pero me salió: "Mira, siciliano, no me toques los mandos del patrol, porque cualquier día tenemos un disgusto". Tu viejo me miró sin decirme nada, pero queriendo decir: "A ti qué carajo te importa!" Fue luego, al bajar del patrol, cuando me dijo sin mirarme, pero sintiéndole yo el coraje en la voz: "Mira, Suárez, no me digas siciliano como si quisieses decir otra cosa,

porque yo tengo un nombre, que es Anastase Santo, y a mí no me gustan esas cosas". La verdad, me duele habérselo dicho así, y luego me dio lástima el viejo, porque la culpa fue mía. Pero como sea, hay que decirle eso, porque algún día se le van los frenos y le pasa lo que a Komorsky. Tú sabes, el polaco aquel que se mató con el tractor detrás de los cerros de Santa Mónica.

– No –dijo Nico mirando lejos–, no sabía.

Ninguno de los dos, en los diez minutos que duró todavía el viaje, volvió a decir una palabra.

Anastase dejó el camino hecho y enrumbó su atardecer a campo traviesa, sobre los terrones y las olas quietas que habían modelado las cuchillas de las máquinas en este inmenso mar de tierra.

De lejos, sembraba un sembrado enorme, pero al pisarla se sentía que la tierra había sido tratada sin la ternura con que labra el arado. ¿Pero se iba él a poner sentimental por la tierra herida, por los árboles que tumbaban, por todo lo que le cercaba a él, corazón blando de campesino? Si quería seguir viviendo en este mundo, tenía que meterse en él y ser como los demás, como el tractorista.

A lo lejos, sobre el cogote del cerro, el patrol se recortaba contra el cielo como una gigantesca tara muerta. Este era su rumbo. Allí estaba su cama ambulante, que se quedaba donde le cogía la faena al anochecer.

Cuando Anastase llegó al pie de la máquina, ya se estaba muriendo el día.

Y se sintió solo, sin un árbol en el horizonte, sin una hierba cerca.

El viejo montó lentamente sobre el patrol, se sentó frente al volante y abrió su pan redondo en dos. Después, con la misma navaja, que estaba mellada y vieja, abrió la latica de sardinas y la vació sobre la miga del pan escurriendo el aceite hasta la última gota. Y sujetando el pan redondo con sus ásperas manos de campesino, lo mordió golosamente.

Cuando terminó de comer, ya estaba oscuro. Anastase comenzó a sentir el peso de la noche sobre sus riñones, que ya estaban resentidos de la brega del día.

Cuando saltó desde el peldaño de la cabina de conducir, los terrones se le clavaron en las plantas de los pies, a través de la suela de sus grandes botas de cuero, y el dolor le brincó hasta los huesos de la cabeza. Abrió lentamente un cajón de madera que tenía el patrol entre dos ruedas, como entre dos piernas, que parecía una urna pintada de amarillo, y sacó un pedazo grande de coleta.

Con unas cabuyitas que le colgaban de las cuatro esquinas, amarró el saco de forma que tapase el espaldar hueco de la cabina, que era un esqueleto de hierro con sólo el techo.

"Ahora no importa –dijo el viejo en alta voz–, pero en la madrugada se mete una brisa fría que entra en la carne como un alfiler."

Después que amarró las cuerdas, volvió a bajar, más despacio que antes, y esta vez sacó una cobija que tenía dos agujeros bastante grandes; la sacudió con tres pequeñas explosiones de aire, y subió con ella al vehículo. Después, se echó cuidadosamente sobre el asiento en lo que daba de largo, que era un metro, plegando las piernas, como quien conoce la técnica.

Este olor a aceite y a grasa le transportaba todas las noches al garaje de Mateo Ianisi, de donde sale el autobús para Mesina.

Rosa y él bajaban al pueblo una vez al año con su familia, temprano en la mañana, para hacer este viaje. Llegando a Mesina, se coge el tren, y cerca de la estación Olivero queda la iglesia de la Madre de Tindari, una Virgen negra que es muy milagrosa. Su mujer, que sufría de ataques, había hecho la promesa de visitarla cada año por las fiestas.

Anastase tenía un ojo abierto, apuntando con la silueta de una pieza del patrol a una estrella que asomaba entre dos nubes, a ver si se movía.

"No, no se mueve", dijo.

Esta era una maña suya para engañarse, a ver si dejaban de venir los otros pensamientos y se dormía.

Y no se dio cuenta de nada más hasta que se sintió otra vez despierto con un nuevo dolor en la cintura. Por el viento, que soplaba húmedo y tibio, supo que se acercaba una tempestad. Anastase estiró una pierna en la oscuridad, y el tobillo quedó encima de algo que era como una cabilla: "el pasamano del asiento", pensó. Después alargó la otra pierna, calculando una altura a mano izquierda: "el volante". Apuntalado así, oyendo cómo la coleta cernía suavemente la brisa, alargó su sueño otro rato. Lo vino a despertar un nuevo dolor en el tobillo, que era como si le estuviese mordiendo un grillo. Entonces dobló el pedazo de madera que era su pierna, la puso con sus dos manos, para sentirla, anidada entre dos palancas de velocidades, que era una media caña suave, y se durmió otra vez con ese sopor de media muerte con que se le entumecía el cuerpo, y del que no se despertaba del todo hasta el amanecer.

Entonces pensó o soñó que ya era empleado fijo en la compañía. Porque ya hacía un año que trabajaba sin faltar un día, y no le iban a botar ahora, que tenían que pagarle todo lo que dice la ley. En su primer empleo, recién llegado, lo cogieron para un trabajo de apuro, y al mes lo sacaron; después supo que era por no pagarle las prestaciones. Volvieron a tomarlo a la semana, pero a los dos meses escasos lo sacaron con un grupo grande; esta vez para que no tuviese derecho a reclamar el preaviso y las vacaciones. Lo volvieron a enganchar al día siguiente, pero como si hubiese comenzado de nuevo, poniéndolo otra vez a partir de cero.

El no quiso protestar. ¿Para qué sirve gritar, si nadie oye?

Después, en diciembre volvió a quedar sin trabajo y tuvo que defenderse hasta mayo con unas chapuzas, haciendo de todo. En mayo-junio es cuando comienza el peón a tener algún valor. Los vienen a buscar a la pensión, y los llevan en grupos, y con jornales de peón de hasta doce y trece bolívares diarios a los más fuertes. A él le ofrecieron once, porque sabía tumbar un árbol. De peón-peón no le hubiesen dado diez. Eso dura hasta diciembre, que es cuando se terminan las obras en Caracas. Total, que lo que se ahorra en ocho meses se gasta en cuatro sin trabajo.

Pero a Anastase le fue bien en esta compañía y lo retuvieron. Ya tiene un año cumplido, y le aumentaron un bolívar. Además le encargaron del cuidado del patrol de noche, porque le robaban las piezas.

La cama era dura, con esquinas como puntas de arado. Y escasa como una cobija que no alcanza sino hasta la cintura cuando donde se siente frío, un frío de hielo, es en la espalda.

Anastase desenredó despaciosamente otra vez, sin abrir los ojos, porque la oscuridad era la misma, las guayas imaginarias que le tenían el cuerpo absurdamente amarrado rodilla con ombligo, mano con cuello, duros los huesos de casi sesenta años como la tramazón de raíces de esos árboles que estaban tumbando, y pensó que para vida sin dolor, la de la máquina, con su asiento de hule gris impasible a pesar de sus hilos asomándole bajo el cuarteado de la pintura, su volante negro y sus palancas amarillas absurdamente tiasas, como soldados. ¡Lo conocía todo tan bien a punta de pie! Sabía a qué distancia terminaba el asiento, en qué curva arrancaban los hierros con bolas negras que eran los mandos de la máquina y dónde comenzaba a mandar el arco grande y negro del volante.

¿Y si regresase a Sicilia? Sí –y la cabeza de Anastase se desperezó de sólo asomársele la idea–, ¿qué tal si ahora que tiene un año en la compañía y le tienen que pagar sus vacaciones y las demás prestaciones que marca la ley, y le toca cobrar más de cuatrocientos bolívares, no se embarca y se va?

Entonces fue cuando Anastase sintió una puntada de frío en el costado, y abrió sus dos ojos y comprobó, por lo negro del cielo, que ya estaba llegando desde alguna parte allá arriba, hacia Petare, la tempestad.

"Ya que te vas a mojar de cualquier modo, Anastase –se dijo con la filosofía de los que dialogan con la tierra y los elementos–, no te nuevas mucho y trata de dormir, que mañana es otro día largo de trabajo y hay que juntar fuerzas para matar dos o tres árboles más".

Nico se iba a quedar. Ya el muchacho le advirtió que no regresaba a Italia; que él tenía mucho camino que andar en la vida, y que ya se acostumbraría a caminar por éste nuevo de América, que era más largo y más ancho y que llegaba más lejos que el de su pueblo. Y era probablemente verdad, porque para los jóvenes todos los caminos nuevos son promesas. ¿Quién le dice a él que Mico no puede aprender a manejar un patrol como éste y ganarse sus treinta a treinta y cinco bolívares diarios, como Suárez? Pero a él, a quien no le falta voluntad, ningún compañero va a tener la paciencia de enseñarle, ni la compañía permitiría que él ensayase con la máquina, habiendo tanto que hacer.

Hacía ya un rato que estaban cayendo unas gotas gordas de lluvia, que sobre el cuerpo del patrol sonaban como golpes secos de hacha que llegasen desde dentro de algún bosque. A través de sus ojos cerrados, a Anastase le llegó dentro de la cabeza el resplandor de un relámpago. Esperó unos segundos con el oído fino y oyó reventar un trueno. Entonces se acurrucó más en su cobija. La coleta de la ventana soplaba como una vela rota, incapaz de mover la enorme máquina varada en aquel mar de tierra, donde Anastase hacía cada noche su viaje a Italia.

Cuando el viejo despertó de su sueño de madera, estaba casi amaneciendo. Ya se estaba esparciendo esa luz lechosa con que se anuncia el día cuando viene aterido, envuelto en nubes de agua. Y ya la lluvia era menuda, como una garúa, remojando silenciosamente el cuerpo grande del patrol. Entonces le llegó a Anastase desde el fondo de la quebrada un rumor de torrente.

"Ahora está llegando el agua de la montaña", pensó.

El viejo sintió que tenía el cabello mojado y que su pierna izquierda chorreaba desde una punta del pantalón, y que tenía el brazo izquierdo enteramente mojado con el agua que le había ido trayendo sin ruido un cabito de la coleta.

Anastase levantó entonces sus dos piernas y las puso sobre el volante negro, y vio cómo le colgaban cerca de las palancas y del freno, que quedaba un poco más a la derecha. Y se amodorró otra vez con la cabeza sobre el pecho, con las manos cruzadas sobre sus dos piernas.

Lo que soñó después fue que se le estiraba una pata, como si se le hubiese aflojado un tendón, y luego, que le arrastraba un vértigo, que comenzó a dolerle en varias partes del cuerpo a la vez, silenciosamente.

Todo sucedió tan despacio, que le dio tiempo a pensar en el polaco de que le había hablado Suárez, en los ataques de su mujer, en sus hijos y en la Virgen de Tindari, y dijo algo a Nico, que es lo que tenía más cerca, y pensó también en los cuatrocientos o quinientos bolívares que le correspondían de retiro para su viaje en barco.

Y aquí se le acabaron los pensamientos, como si la pesadilla se hubiese terminado cuando subía al vapor.

Cuando a la niebla le llegó la luz del sol para poder mirar las aguas crecidas en la quebrada, vio que Anastase seguía durmiendo allí abajo con las manos cruzadas sobre sus piernas, en una de aquellas posturas en que se acostaba sobre el asiento de hule gris del patrol; sólo que ahora la máquina parecía estar sentada sobre el breve regazo del viejo.

"Martín de Ugalde no se repite. Sus casos son individuales y extraordinarios. Sus personajes andan por allí sueltos, y sufrientes, dominados por la disciplina del trabajo o desazonados por no encontrarlo. La zozobra es la misma. Los corazones tienen y padecen la misma turbación. En "El asalto" aparece el espía cuando la anormalidad pública se presenta con las manos crispadas por la neurosis colectiva. Y como es natural, alguno, entre muchos, posee más sensibilidad nerviosa y ése es quien hará contacto con la corriente fatal."

LUIS YÉPEZ en la Hoja Literaria de
El Universal, Caracas.
1958

El asalto*

El pulpero estaba despachando a una mujer.

Era un negocito de cuatro metros por tres, un tarantín. Pero tan colmado de latas que se perdían los clientes. A un lado había una cortina colorada tapando un vano estrecho. La otra puerta daba a una calle ciega, en la que había mucha basura esparcida en los rincones y olía muy mal.

El portugués estaba entregando a la mujer del vestido de percalina azul su medio de papelón cuando entró al negocio un grito macizo, que no parecía de un solo hombre. Ella brincó a la puerta y se quedó viendo, sin decir nada.

Fue la mujer del portugués la que, apartando la cortina, preguntó a su marido:

- ¿Qué passa, Anelso?

- Nao sei, unas vozes...

Y ya fueron dos las mujeres apostadas en la puerta amarillo y azul del negocio "Nova Lisboa".

- Fátima -preguntó el pulpero sin levantar la voz.- ¿Qué passa?

- Nao sei, gente que vem.

La mujer del vestido de percalina azul se fue, y el pulpero no dijo nada; debió vender fiado. Ya el hombre se estaba metiendo entre las torres de latas cuando invadió el negocito un estruendo de voces, como un golpe de ola grande inunda de agua una lancha pequeña:

- ¡Abajo los esbirros!...

Anelso, cachigordo y saludable, con el cabello y los ojos y la piel oscuros, de moro, y Fátima, chupada y vercosa, como si estuviese saliendo de un mal parto, estaban asomados a la puerta juntos.

- ¿Qué será, Anelso?

- So debe ser... algo de la revolución... -le contestó él, viendo los carteles y un muñeco de paja con su pistolón de madera colgado de la cintura.

La ola humana pasó por delante, avanzó hasta el fondo del callejón y batió un grito contra el muro de la casa color azulillo, que tenía dos ojos de celosías descoloridas y una puerta baja pintada de amarillo, como una nariz.

Entonces la ola humana recobró su nivel, y hubo un hombre que hasta entonces parecía como los demás, pero que se paró sobre un pipote de basura y dijo al barrio:

- ¡Compañeros!...

Y después que tuvo todas las cuerdas de la atención en sus manos explicó a gritos que aquello que estaban haciendo era una revolución contra la tiranía, que los verdugos de la Seguridad Nacional tenían que pagar sus crímenes, que la justicia era del pueblo.

Fue cuando se alzó por sobre los techos rojos y los de lata aquel haz terrible de gritos, y la muchedumbre se movió en el callejón a la manera como después de un palo de agua se colman los huecos de los desagües y desbordan las calles buscando salida.

* *La semilla vieja.*

Hasta que las gentes regresaron otra vez a sus propias voces, y comenzaron a cansarse y preguntaron que dónde estaba el esbirro, que a qué habían subido hasta aquella parte tan alta de la ciudad.

El líder estaba en aquel momento agachado en su plataforma, poniendo oídos a la voz de un viejito que parecía muy excitado.

La pulpería del portugués había quedado atrás unos metros.

– ¡¿Quemamos el muñeco?!...

El muchacho que llevaba el monigote de paja prendido a un palo se negó a entregar su trofeo. Pero la marea de manos le rebasó pronto la cabeza, y a poco le falta tiempo para escurrirse entre el remolino de patadas y pisotones que lo sumergía sin remedio.

Cuando consiguió la orilla de la multitud, parecía un náufrago.

Y un hombre ya calvo gritó:

– ¡Un fósforo!...

– ¡Qué fósforo!... –replicó el líder, que regresaba entonces de las confidencias del viejo del bigote blanco a la realidad de aquel tumulto. Y con una voz hueca que no le hubiese reconocido nadie de su familia, insistió:

– ¡Calma, compañeros, pongan atención!... ¡La revolución contra los criminales agazapados tiene que seguir adelante!...

– ¡¡Viva!!... –dijo una mujer que estaba parada frente a la pulperia con una lata de agua sobre la cabeza.

– ¡Compañeros: acaba de informarme un vecino de este barrio de San José que en este mismo lugar en que estamos parados está la casa de un esbirro!...

– ¡Abajo!... ¡Muera!...

Un mozalbete montó de un brinco sobre el pipote, y en los dos segundos que le duró el equilibrio gritó:

– ¡Compañeros, a colgarlo!... ¡Viva la revolución!

Ya el viejo del bigote blanco estaba golpeando la puerta amarilla del fondo con un coraje de muchacho en los puños:

– ¡Aquí es, aquí es!...

El muro de azulillo pareció vacilar en todo el frente de su cuerpo retaco de tierra pisada. Le vaciaron el ojo de una ventana y luego le tumbaron la puerta, y por ahí se le metió un chorro de gente y de gritos dentro; hasta que se llenó.

El portugués hizo la observación a su mujer:

– ¿Dónde cabrá tanta gente ahí?...

Asomaron dos cabezas a la ventana:

– ¡La casa está vacía, no hay nadie!

– ¡El esbirro se escapó!

Sacaron una cama en piezas, con un colchón de tiras rojas destripado; y también arrojaron a la calle, por las ventanas y la puerta, en lo que se abría un hueco, peroles de cocina, una ponchera, imágenes religiosas y unos cuadros feos de cartones de almanaque con mujeres desnudas y unos asientos verdes de imitación de cuero muy feos.

Alguien que sacó una lámpara de kerosén, la lanzó contra el montón de trastos en la calle, y el viejito, que debía tener algo personal contra el agente de Seguridad que vivía en la casita, sacó un fósforo y le prendió candela.

En unos minutos, el callejón era un soplete.

La gente fue abandonando la casa, y poco a poco saliendo del rincón, hasta agolparse detrás del horno, frente al abasto.

– Anelso, mejor cerramos el negocio.

– No –contestó el hombre al oído de su mujer–; si nos ven cerrar ahora va a ser peor.

Los escasos muebles del agente de la Seguridad Nacional ardieron durante un cuarto de hora.

Entonces, cuando lo que quedaba eran unas brasas, alguien recordó el pelele de paja:

– ¿Quién se quedó con el muñeco?

Los ojos de la multitud abandonaron el fuego y se miraron, buscando el monigote.

El muñeco de paja no apareció.

El jefe recordó entonces con voz de a pie, que la revolución no podía detenerse, que había que continuar adelante.

Fue cuando alguien, mirando al negocio del portugués, gritó:

– ¡Abajo los extranjeros!...

La estrecha puerta de la pulpería se vació, porque el portugués y su mujer dieron un paso atrás como un brinco. El pulpero pegó un portazo y cruzó la tranca.

La multitud oyó el golpe y vio una letras torcidas escritas con yeso que decían:

latuia,

con un mono al lado, sobre el fondo amarillo mugroso de la puerta.

– ¡Portugués del carajo! –dijo un grandulón amenazando con el puño.

El matrimonio se agarró las manos en lo oscuro, para sentirse juntos.

Luego, el ojo del pulpero encañonó el hueco metálico de la cerradura.

– ¡Un momento! –oyó decir al líder–. ¿Quién conoce aquí al portugués?

Aquel mar alborotado de cabezas encendidas al sol que veía Anelso desde su escondite se calló en un silencio que no pudo escuchar entero, porque le estorbó el llanto de su mujer detrás de la cortina.

– ¿Dónde está el compañero que acusó al esbirro?... –insistió el hombre.

El pulpero rastreó con su ojo de hierro en pos de la cabeza del viejo Molina, que era cliente suyo.

– ¡Anelso, ven!... –exigió ella desde el cuarto.

El pulpero ya no pensó sino en su mujer. Sorteó las latas en lo negro y apartando la cortina encuadró su humanidad en el quicio lo más calmoso que pudo:

– No tengas miedo, mujer, que siempre podemos salir por el patio.

De regreso a la cerradura, recogió apresuradamente de la gaveta unos puñados de monedas que metió en los dos bolsillos del pantalón.

Las briznas de luz que se le colaban a la puerta por las rendijas le resbalaron en el sudor de su cara como pequeños relámpagos.

La cerradura vio que la mirada de la multitud estaba fija en la boca del callejón.

Y se oyó la respuesta entrecortada y lejana:

– Bueno, este... Ese portugués, así, malo, no es...

El pulpero observó un gran desencanto en los semblantes.

– ¡Ese viejo –dijo alguien que Anelso no alcanzaba a ver– es un pendejo!...

– ¡Dejen al viejo! –gritó una voz de mujer, que parecía venir desde el otro lado del humo y de las cenizas.

– ¡Dejen al viejito en paz y vamos con el portugués!...

La voz era del muchacho que disputó antes la plataforma al líder, y que ahora estaba junto a él, de espaldas al ojo de la cerradura. Fátima, con la cara afilada, los ojos afiebrados y hundidos, halaba de la sudada camisa de su marido:

– ¡Anelso, vamos, por Deus Santo!...

El niño estaba plácidamente dormido en un regazo de trapos limpios.

El pulpero tenía dividida la atención cuando oyó que el líder decía:

– ¡Yo no quiero que bajo mis órdenes!...

El estruendo de la chifla entró por la cerradura de la puerta como por un oído; y la oscuridad del negocito se llenó del silbido como de una sacudida eléctrica.

Y luego retumbaron las voces como truenos:

– ¡Compañeros, adelante!... ¡Abajo los extranjeros!...

– ¡Abajo, muera!...

El pulpero se escurrió de los brazos de su mujer.

Cayeron los golpes en la puerta al mismo compás que se movía la camisa blanca en la boca de la cerradura. Y se sintió en la puerta un empujón, casi sin ruido, pero muy poderoso, que apuró la tranca de palosano.

Entonces fue cuando el portugués se asustó.

Corrió a través de la cortina y tiró de la mano de su mujer hasta sacarla al patio.

El corralito tenía unos muros bajos de bloques. Anelso cogió al niño y ayudó primero a saltar a su mujer. Después pasó al pequeño por encima de la tapia y saltó él, mirando recelosamente para atrás, porque se oían los gritos cerca.

La pareja corrió calle arriba, lo más disimuladamente que pudo, hasta que se detuvo un carro de alquiler.

En los Dos Caminos habían un compadre suyo, carpintero, trabajando en la construcción de un edificio.

Anelso esperó hasta el atardecer en una pensión de la parte baja de Campo Claro, donde se hospedaba su paisano, y en la tardecita se fueron los dos hombres en autobús hasta San José.

Dejaron a Fátima en la pensión, con el pequeño.

Asomaron al callejón con mucha cautela; pero nadie reparó en ellos, y llegaron hasta la puerta del tarantín, que estaba reventada. Lo que quedaba dentro eran pedazos de estantería, un escaparatito con los vidrios rotos y la nevera, que tenía la puerta abierta. No quedaba una sola lata. Lo que encontró Anelso en un cajón fue un puñado de velas de a locha. Dentro de la habitación estaba todo revuelto, pero no faltaba nada.

Anelso reunió los pedazos de puerta que pudo y entre los dos taparon la entrada. Y reforzaron la compostura con la tranca, que estaba entera.

– Aguantó el palo sin partirse –dijo Anelso.

– Sí, ésa es una madera muy dura. Lo que cedió fue la puerta. Ahora, que no se lleven la nevera –le advirtió su amigo.

– Mañana por la mañana mando componer la puerta –dijo Anelso.

– Yo te hago el trabajo. Cómprame la madera y te coloco mañana una puerta nueva. Salieron por el corral. Anelso llevaba una cobija debajo del brazo.

– Porque Fátima siente mucho frío de noche –explicó a su paisano.

Iban caminando, en dirección a la parada del autobús, cuando dijo el carpintero:

– Tu mujer estaba muy asustada.

– Ha sido un susto grande; creía que nos mataban.

– Pero lo importante es que salvaron el pellejo –dijo el amigo para animarle.

– Salvamos el pellejo, pero nos llevaron el negocito.

Los dos amigos quedaron esperando el autobús en una cola ya bastante larga, porque el toque de queda era a las siete.

– ¿Cómo te iba ahora el negocito?

– Regular; pero tenía aún bastante mercancía fiada. No sé si podré conseguir más crédito.

En esto llegó el colectivo.

Ya corría el autobús (¡cómo vuelan esos aparatos!) por Chacao, y ellos dos, sin cruzar palabra, cada uno a lo suyo, que era la misma cosa.

Cuando a Anelso se le ocurrió decir en voz alta:

– Yo creo que Fátima no se siente bien.

– ¿Por qué?

– Vomitó un poco de sangre esta tarde, en la pensión.

– Eso tiene que cuidarse mucho. ¿Ella no se había curado del todo?

– Bueno, los médicos de El Algodonal me dijeron que sí; pero ella no debió tener el muchacho.

– Eso es falta tuya...

Cuando bajaron en el semáforo de Campo Claro llevaban un tiempo sin cruzarse palabra. Después caminaron hasta la pensión, que quedaba hacia La Carlota, un trecho largo.

En la entrada de la casa había un grupo de gente.

– Ahí pasa algo –dijo el carpintero.

Anelso corrió dentro.

Y apenas alcanzó a hablar unas palabras con su mujer, que acaba de morir de una hemoptisis.

A su lado, en una cunita improvisada con un cajón de madera y una cobija de algodón, dormía plácidamente su hijo de un mes.

"*El asalto* y *El espía* tiene el tono gris de los primeros (cuentos), pero son más cálidos, más humanos. Sin embargo, creo que el arte personalísimo de Martín de Ugalde se logra mejor en aquellos otros en donde, unidas su facilidad de hacer ver la realidad desde muchos ángulos y su rudeza implacable, logran proyecciones, de dos temas simples, tan originales como impresionantes. Estos cuentos tienen relieve, y un ahogo espiritual más trágico que todas las exaltaciones."

JOSÉ ANTONIO RIAL en la Hoja Literaria de *El Universal*, Caracas.

El espía*

Era domingo, y la pensión, que los días de labor se espabilaba con la luz del día, estaba estirando el sueño con la fruición del que está gozando un pecado.

Sólo Tomaso se despertó a las cinco y media, como un reloj.

La pieza era como un cajón de bastidores de tramoya; cabían justo cuatro camuchas. Tomaso se quedó viendo un rato el resplandor blanco que comenzaba a adherirse al techo de caña. Había en la pensión diez compartimientos de cartón-piedra respirando por un cielo raso común, desde una ventana que daba a la calle. Luego se puso a escuchar el estertor lento y poderoso de un fuelle grande, y olfateó con asco el aire espeso y caliente que estaban respirando con fruición sus compañeros.

El aire de la pensión se distribuía con mezquindad, como la comida.

A Tomaso, que era albañil y no había cumplido los treinta, le comenzaban a sobrar algunos pellejos en la papada, y sólo le quedaba una rodezuela de pelo, como algunos frailes. Lo comprobaba con cierta angustia todas las mañanas del mundo y se untaba con mejunjes por las noches, a ver si se le iban.

Buscó a tientas, debajo del catre. Luego salió al zaguán y se puso a limpiar unos zapatos marrones de gamuza que tenían una puntera afilada y un tacón de más de un dedo. Por un momento, el refregón flotó por encima del rumor de fuelle, que era el resuello de cuarenta hombres dormidos.

Sacó de debajo del camastro, sin hacer ruido, una tosca maleta de madera pintada de marrón. Desenjauló una camisa blanca con listas azules, una corbata roja, y después una funda grande y colorada de celofán, como un enorme caramelo, donde conservaba el pantalón del traje azul.

En la pieza se esparció una tufarada de alcanfor.

Cuando salió, ya vestido, al corredor, que era una fila estrecha de puertas, vio que Giuliana, la dueña, había prendido la luz de la cocina.

– Bon giorno, Giuliana. Mi dai il "saco"?

La dueña de la pensión era una napolitana gorda y sentimental que había convertido su escaparate de matrimonio en la caja fuerte de la ropa dominguera de los pensionistas.

– Non andare in chiesa, es pericoloso!... Non ai sentité o tiri di fucile questa mattina?!

Tomaso no había escuchado ningún ruido en toda la noche; y tenía que ir a misa, por la promesa.

– La promessa che ai fatto a Cristo del pane e il formaggio se trovarti lavoro? Tu credi che te labbia trovato Lui?... Infelice!

A Tomaso le dolió mucho la irreverencia de la dueña.

Cuando asomó a la puerta, empingorotado, oloroso a colonia como un frasco, llegaba la bicicleta del pan.

El portugués cortó apuradamente el espeso ambiente del pasillo.

* *La semilla vieja.*

Tomaso lo esperó a la vuelta:

– Cosa pasa in la calle?...

– S'oye mocho tiro...

Y arrancó cuesta abajo, con una pierna tiesa sobre el pedal, balanceando algún desnivel del cajón del pan.

Tomaso se quedó viendo un rato aquella luz suave, de sombras largas, que se le estaba metiendo a la calle por la boca de la esquina de Abanico.

"Tienes que ir a misa, Tomaso –se dijo–, porque ésta es una promesa que hiciste al Cristo de Burgos. Se lo dejaste escrito en su nicho de la puerta de vidrio, junto al pan seco y al queso que tiene pobremente a sus pies. No te vaya a castigar ahora quitándote el trabajo"...

Mientras cavilaba así, había regresado a la pieza. Ya dos de sus tres compañeros de cuarto estaban despiertos.

Fue cuando sonó el tiro.

Renato se despertó:

– Cosa e!... Fucile!...

Había reventado en la misma cuadra.

El pasillo de paredes de cartón se pobló de hombres desnudos y en calzoncillos. Todos oyeron un frenazo, como un grito, y un trote flaco de botas en la calle. Desde el fondo de la cocina, Giuliana barrió el paso con una sola voz:

– Giardino...! (Giardino era su marido).

Flotó por sobre las divisiones de cartón, como los olores y los ronquidos, un como zumbido de tres docenas de hombres.

Y el rumor de botas irrumpió diciendo:

– ¡Las manos sobre la cabeza, todos, carajo!...

Giuliana vio desde el otro extremo del corredor a tres policías atropellándose con sus fusiles en el pasillo. Fue cuando Tomaso asomó a la puerta y casi se le mete un cañón por el mismo ojo.

Ya todos los pensionistas asomaban sus cabezas por sobre los bastidores.

– ¡Todo con las manos arriba! –gritó el cabo haciendo un abanico con su fusil ametrallador.

Al corredor le salieron ochenta brazos.

– ¡¿Quién disparó desde la ventana?!...

El cabo no movía el bigote para hablar; las palabras le salían de entre las junturas de los dientes, que los tenía muy herrumbrosos y separados.

Giuliana, que ya estaba cerca del cabo, le dijo valientemente:

– Señor oficial, aquí no ha habido ningún tiro.

– ¡El tiro salió de aquí! –y el cabo buscó hacia el fondo del corredor.

Un agente estaba guardando la puerta del zaguán. El otro miraba todavía recelosamente a Tomaso, con el fusil pegado a su barriga.

Fue cuando cayó en la sospecha del cabo:

– ¡Y usted, ¿qué hacía vestido?!

Tomaso miró con ansiedad. El corredor, con las hileras de brazos asomándole a lo largo de las mamparas, parecía un ciempiés muerto. Luego vio a Giuliana, y le vino la

ridícula idea de cómo sabía el oficial que todos los demás estaban desnudos. Y sorpresivamente, apuntando con la vista a los ojos del que le estaba clavando el cañón en el ombligo, dijo con un timbre de voz grotescamente alto:

– ¡Señor oficial, io andare a la iclesia!...

Reventaron media docena de risas discretas, como burbujas, en lo alto del pasillo; el cabo se tragó los dientes para conservar su dignidad, y dijo al policía:

– Déjalo, que éste no se escapa.

Luego añadió mirando a la caña brava del techo:

– ¡Ahora se me ponen todos sus pantalones y me salen al corredor, que quiero verles bien las caras, y que nadie se me mueva mucho porque le pego un tiro!...

En dos minutos, los italianos, en pantalón y franela, estaban apretujados en el zaguán y un pedazo de corredor.

El cabo buceó con malicia de campesino en todos los ojos y estuvo seguro de que ninguno de ellos les había encañonado un arma hacía unos minutos.

– Bueno –dijo alzando la voz–; yo no tengo nada contra ustedes, pero aquí sonó un tiro, y tengo que llevarme un responsable de esta pensión.

El cabo miró a Giuliana.

La dueña vio primero a su marido, que era el desmirriado que estaba junto a la puerta, y luego a los pensionistas, y regresó a la mirada del cabo, que no la había perdido de vista.

– Entonces –dijo el cabo mirando hacia Tomaso– nos llevamos al fraile, que está vestido.

Al albañil se le nubló el corredor y le creció delante, monstruosamente, la figura del cabo. Sus compañeros ya no tuvieron humor para celebrar el chiste.

Lo sacaron por delante, blanco como la leche, y le hicieron montar al jeep bajo la mirada de todos los ojos que cupieron en la ventana y la puerta de la pensión, y la de todos los vecinos, que ya estaban asomados a las rejas desde que sonó el tiro.

– ¡Esos son los extranjeros, que se meten en todo! –dijo una voz de mujer cuando arrancó el vehículo.

La pensión cerró la puerta y la ventana.

Cuando el pulpero de la esquina de Abanico abrió su puerta metálica con aquel chirrido de siempre, ya se había formado la tertulia comentando el tiroteo que había habido frente a la pensión, y la detención del italiano, que era espía.

La amenaza de asaltar el "Hotel Nápoles" duró todo el día.

Cuando tumbaron la puerta fue ya al anochecer. Los treinta y nueve peones que pagaban 3,75 bolívares diarios por la pensión completa, y Giuliana y su marido Gardino, tuvieron que huir por el tejado. Los camastros y el escaparate de los trajes domingueros de los pensionistas se quemaron en el incendio.

Tomaso regresó en la mañana siguiente.

Le colgaba su traje azul como un trapo. Hurgó lo que pudo en las cenizas, pero se quedó sin los doscientos setenta y cinco bolívares que tenía ahorrados en su maleta de tablas pintada de marrón.

Luego, caminó hacia la iglesia de Altagracia, que estaba a sólo cuatro cuadras, para arrodillarse a los pies del Cristo de los tributos del pan y el queso que le consiguió el trabajo.

Pero a estas horas de la mañana, que era un lunes, las puertas del templo estaban cerradas.

EL HIJO

LA NOVIA

El hijo

La semilla comenzó a brotar una tarde.

Estaba ella sola en la habitación, cosiendo; oía la voz de preguntar gutural y enredada de siempre, y la misma voz de niño grande o de hombre al que no le ha madurado la solapa, y que ha quedado en el camino del cuerpo y sin el soplo entero, abandonado por alguien que, desde luego, lo hubiese podido hacer mejor; era esa pelea entre la señora Adriana, que le tiraba sus pescozones de papiamento, y las palabras con voz de hombre, pero débiles, a veces sin sentido, con que respondía Silvestre a los golpes.

Había veces que los oía ella comentar cosas, una novela radial, un chisme, riéndose los dos, cada uno en su tono de reír: el de Silvestre, áspero y bronco, como salido de entre unas cuerdas flojas, y el de ella, gordo, lleno y con algunas hipadas agudas, de estarse ahogando en aire, porque era, y es, como si la mujer hablase con un pito en la boca y le sonase de vez en cuando.

No se parecían en nada.

Porque no eran madre e hijo, sino una mujer que estaba sola y un hijo que cree en su madre porque no tiene otra, y esa madre no sabe de qué mujer le nació este hijo que le regalaron de diez días por intermedio de una vecina.

Estaban esa tarde riñendo los dos, como tantas veces, y es que él, y con diecisiete años, no quería ir a hacerle un mandado porque estaba viendo un programa de televisión, y ella, a pesar de eso, necesitaba el aceite.

Cosa de muchachos de este tiempo.

Se oyeron unos golpes de palo sueltos, entre resuellos de risa y enojo, contra el suelo, y es que él se había escapado en el patio, ¡era un venado!, y corría, se sentía correr a esa risa bronca, ahogada en trapo, y se sentían las pisadas fuertes de hombre descalzo, y unas exclamaciones: "¡bini, hiu de puta!" que salían, casi sin aire, y luego Silvestre que gritaba: ¡no, no!... ¡vieja loca, no me des así!"... Y es que la señora Adriana lo había atrapado y le decía: "¡senvergüensa!", entre los hipidos de aire y los palos sobre algo blando, que debían ser las palmas de las manos del muchacho que salían a proteger su cabeza.

Ella no podía verlos.

Estaba sentada, y no quería asomarse al balcón para que la señora Adriana le dijese gritando y sin casi aire: "¡féjese, señora Agustina, este senvergüensa, que no quiere estudiá ni quiere haserme un mandado, féjese!", porque entonces tenía que darle la razón, o tenía, que decirle, para defenderlo, que Silvestre era un niño grande; como otras veces; y no tenía por qué violentar las explicaciones de la mujer ni humillar a Silvestre con sus palabras, porque el muchacho le tenía ya un reparo o un miedo de siempre: de verlo ella en la calle y saludarlo, y quedársele él cabizbajo, como apenado, y voltear ella luego y verlo mirándole las piernas con las ganas.

A veces, cuando ella asomaba a ver de dónde salían aquellas voces ululantes, era Silvestre que estaba esperándola con los ojos, sentado en el suelo, sobre la tierra, con un radio transistor rojo a todo volumen entre las piernas.

Ella le tenía lástima por eso, porque era una cabeza de niño en un cuerpo de hombre con unos brazos membrudos, con un pecho alto y toroso, un poco cargado de espaldas, con esa caja ancha y potente que le hinchaba las camisas, y con unos muslos que no le cabían en los tubos del pantalón, y una cara oscura en algo más que el color, que era, y es, moreno, porque tenía, y tiene, unos ojos grandes y negros llenos de preguntas inquietantes en las luces, y una nariz roma, y los labios no feos, belfos, golosos, de los que uno sabe que pueden sorberle el agua a una raja de patilla, roja y todo, de una sola mamada, porque así de sugerentes eran, y son, los labios grandes, galameros, de Silvestre.

Seguía rezongando y lloriqueando, y se oía a la señora Adriana amenazándole como desde lejos, acaso metiéndose en ese momento una bata por la cabeza para salir a buscar ella misma el aceite.

Agustina se levantó y miró, y vio a Silvestre, grande, desnudo, acurrucado en un rincón del patio, con sus dos brazos tapándose todavía de los golpes que ya no le venían de ninguna parte, pero seguramente resonándole los vergazos en su cabezota, orgulloso y altivo como era, y es, por dentro, y llorando, sollozando como un niño, porque no podría evitar esta mengua de su hombría sabiendo que ella lo estaba escuchando.

Seguro.

Agustina se sentó, y continuó cosiendo.

Ella escuchó luego los suspiros y las quejas que se fueron callando. No se volvió a oír la voz de la señora Adriana, la "mongola", como la llamaban gritando, malignamente, los muchachos del barrio cuando los corría ella a cuerazos de su acera, por alguna suciedad o algún ruido, y que era por su cara redonda y aplastada, chinga, con gafas: un Hiro-Hito en mujer.

Y ella, Agustina, los trajo en la cabeza a la cocina y comenzó a pelar unas papas, la rutina de siempre.

Aunque ya con un desabrimiento penoso, culpable, dentro. Sin tener por qué, en verdad, porque eso era nada, que no era, que no podía ser, un anuncio, a pesar de la promesa repetida de Carlos a San Ignacio, y de beberse ella unas aguas, porque ya él, Carlos, le había hecho el ofrecimiento hace años, y después, y ella se venía riendo, primero diciéndole que Dios no podía estar en cada hueco de vida, en cada vacío, ni aun con la asistencia de todos los santos, y luego (viéndolo tan dolido) guardándose la incredulidad para ella sola en el callado destierro de su aridez. Hasta llegó ella a pedir junto con él, sin él saberlo, con su mismo deseo de acertar; aunque sin la esperanza, sin esa razón de vida tan honda, tan de raíz, como es la fe. El sabía que la fe no se impone por ley, aunque sea por el mandato del marido, sino que hay que abrirle el camino y esperar activamente a que llegue.

Ella lo entendió con la cabeza, y se lo dijo, y le hizo las preguntas. El le explicó que aún los milagros se maduran y cumplen mediante los hechos simples, inocentes, que Dios se revela a través del hombre.

¿Y el milagro?...

El milagro está en la misma fe.

¿¡Cómo!?!...

La mujer es a menudo estéril por miedos, por sustos que comprimen algunos conductos, y se pueden aliviar las tensiones con la mera confianza que despierta la fe.

¿Eso era?

Eso era, y es; y es mucho, porque no era sólo pensarlo o decirlo, que eso lo podía decir o pensar cualquiera, sino que había que creer; un misterio grande.

La voz de esa tarde no llegó en un tono especial; menos, milagroso; ni fue siquiera una idea propia, pensada por ella, ni algo dicho por nadie y oído por ella al azar, nada de lo que sentirse culpable por nada de nadie que dice o hace nada; porque no fue un sonido; fue más bien una luz, y muy corta; menos, una chispa; y prendió en algo, ¿una estopa del cielo?, y creció así, por suerte, por azar, de la forma en que pudo haber brotado la primera vida en el cosmos.

Y que ella no quería dejar crecer, porque ya con eso se sentía responsable de algún incendio.

Por otro lado, no se atrevía a sofocar el albor de esta luz con la malicia; la sutileza podía venir de El; ella lo iba a guardar aun a riesgo de que se la viese alguien, ¡Carlos, podía ser!, aunque su marido era tan bueno que no le iba a creer a esa luz esta malicia, o Silvestre, aunque Silvestre parecía incapaz de avistar nada con esas luces de fuego fatuo que miraban desde sus ojos.

Tenían siete años de casados y sin un hijo y perdida la esperanza de llenar el mundo vacío, sin crear, que era su vientre; engañándose con la preocupación de tenerle a Carlos las comidas a tiempo, con la angustia de saberlo enfermo de la pesadumbre dolorosa, inteligente, de la aridez de su mujer. Aunque en verdad no sea así, porque el yermo puede ser él. Pero que vive mortificado por los llantos, las risas de niño en el vecindario todos los días de cada uno de los siete años esperando inútilmente la señal. Sin atreverse ella a decir nada a Carlos, por él, y con los silencios sin malicia de su marido; porque ella sabía que no cabía, que no cabe, en él, el recelo. Creyente como es, piadoso, sin ser mojigato; porque Carlos era, y es, hombre entero, y hombre completo, amoroso. Y ella sin fe. Lo opuesto de todas sus amistades, donde ellos, los hombres, son libres, y sólo ellas están atadas por la fe de los mandamientos. Que ella, Agustina, respeta, porque eso es muy respetable; pero ella, nacida de padre descreído, y bueno, y madre buena y sin preocupaciones, libre del pecado, había sido feliz con tres hermanos en la paz. Después, cuando estudió Filosofía y Religión, alcanzó a comprender el lugar que ocupa la fe en la vida de muchas gentes, aunque no la llegue ella a sentir, porque uno no puede ser dueño de la sabiduría de forma infusa, aunque uno sepa que es conocimiento que se puede alcanzar; como tampoco se puede saber, digamos, inglés de un golpe, mediante un exorcismo, o una inyección, aun sabiendo que se puede llegar a aprender. Ella comenzó a tolerar esa fe en Carlos desde cuando le llegó él, estudiante de ingeniería, con esa luz; un poco ingenua aquella claridad; y, en verdad, que lo dejó acercarse más que a otros por la curiosidad; y llegó a quererlo; y lo quiere, porque no hay nadie a quien quiere más.

Y le dolía, por eso, ver a su marido recorriendo angustiosamente los cielos vacíos buscando el favor de un hijo.

Ella le ofreció adoptar uno, que también sería, digamos, hijo de Dios; no de su carne, pero hijo de ellos dos por el amor de esta tierra, por el que ha ido irguiéndose el hombre poco a poco desde su principio, como recuperándose de un achaque viejo de la naturaleza, que es una ley ciega y bronca que funciona por milenios, y que aún brota hoy a veces en cristianos como Silvestre, a quien se le pueden ver las huellas dolorosas en sus ojos sin domar, y que no por eso deja muchas veces de saltar el ángel sobre su propia sombra de bestia para ser bueno, porque a ratos perdona los gritos feos ("¡Bo mama!... ¡Coño pa mama!"), y que será porque él no sabe (si se grita ella misma las cosas) para qué madre son, porque Silvestre sigue creyendo en Adriana.

La fe es, a veces, este engaño.

Un hijo como Silvestre podrá llegar a ser, podría llegar a ser, un hombre bueno; si no sale así es por falta de cuidado, de amor.

Porque el amor de madre legítima, si es amor, basta.

Y si todo se malogra a pesar de todo será porque lo ha querido, o al menos lo ha permitido, el Dios de Carlos. Porque tiene que estar en este hijo también. Acaso, y por lo que sea, El lo quiso así, que Silvestre no tuviese una madre de su carne con luces para alumbrarle el hueco de aire o de alma, o lo que sea.

Eso que se enciende con el primer vagido de un niño, y en cambio no prende cuando nace un perro.

Las entrañas que trajeron a Silvestre estarán extenuadas en el esfuerzo de traer a otros muchos hijos iguales que él, hermanitos de Silvestre (porque algunas madres paren como conejas), que estarán en manos de otras mujeres acaso peores que la señora Adriana, quien parece, por el aspecto, no haber conocido la caricia de un hombre. Eso, la soledad, malogra cualquier mujer. Y acaso también es posible, porque será de Dios darlo, que esos hijos de regalar nazcan con la fortuna, la estrella, de encontrarse con unos brazos como los de ella y los de Carlos, que con tanta ansia querían, y quieren, sentir la carga dulce de un hijo. Para quererlo, para protegerlo.

Porque al hombre le gusta jugar a Dios.

Aunque ese hijo de la buena suerte no saliese como Carlos, ¡que eso sería demasiado!; aunque les saliese grandulón y terco como Silvestre, porque una madre hace milagros con su hijo; aun en este mundo desamparado, sin mañana.

Porque esperar más de esta carne es mucha pretensión.

Ella era, y es, así.

Hecho por el Dios de Carlos, si vive. Y él, Carlos, tranquilo de saberse protegido por la esperanza, sigue rogando, sigue haciendo promesas; y ella espera, espera, soñando en un hijo; aunque ese hijo sea de otro, de otra carne, de cualquier barro, porque es el mismo polvo, y no hay miedo de que quede en lo de Silvestre, porque ella no es Adriana, la mongola, sino Agustina; y cualquier madre inteligente puede modelar a un hijo.

Basta que ese hijo sea fuerte y tenga madre de su carne en quien creer; que es en lo único de esta vida en que puede descansar totalmente un hijo.

Eso es; más no se puede.

Y ella meditaba estas cosas, y se acostaba cuando oía a Silvestre acompañar con mil torpezas a la voz de la radio o cuando se reía con la señora Adriana con aquellas ganas, todo cuerpo, con estertores de hombre grande, bien hecho, ¡y con esa cabezota tan vacía,

pobrecito!; y cuando la miraba con ese aire asustado, huido, cuando lo tropezaba en la vecindad, o cuando le llegaba él a la casa a traerle los huevos que ponen las gallinas de la señora Adriana en un patio mínimo, donde debe jugar a veces Silvestre, porque hiede a eso; y también a buscar de vuelta el envase, porque ella, a veces, no tiene uno libre cuando Silvestre le llega con aquella lata de leche en polvo llena de huevos grandes, llenos, aún calientes, y luego lo necesita su madre (o lo que sea) para enviar otros huevos a otro vecino que los necesita.

Y él la cela a veces desde el patio.

Agustina lo sabe; no sabe cómo, por qué prodigio, pero ella lo presiente vigilándola desde la oscuridad cuando se desviste en las noches, y baja la persiana; y, sin embargo, apenas le contesta Silvestre cuando le pregunta ella las cosas, sólo por hacerle hablar.

Esa tarde que lo vio acurrucado con todo su cuerpo desnudo en un rincón del patio le nació a ella esa luz nueva, ¡loca!, ¡ciega!, de madre nueva, con el dolor.

Como lo quiere Carlos, aunque sin él.

Que no debería aceptar ella eso, por su marido, aunque lo haga por él; porque no puede haber dos luces en el mismo sitio, y la luz legítima está allí para siempre; la quiere así, entera y sola; y la otra, la luz intrusa, no es nada ni llega tampoco a disputar nada, sino que se mete y no es de ahí. Y una lo sabe. Pero le llega con ése su claror de luciérnaga (porque no es más) a linternazos tímidos, ¡insignificantes!, y una no sabe cómo detener esos destellos, no sabe dónde atajarlos; y una ya está tocada por el encanto y no sabe si creer que le llega, en verdad, por la Providencia y para completar la luz grande, fija, la luz de siempre, porque todo eso es tan huidizo y tan liviano y tan brujo que una no sabe siquiera si existe lo que está viendo, lo que está oyendo en las noches, aunque es verdad que se mantiene el brillo en el fuego del tiempo y pelea su sitio dentro.

Ella estaba desconcertada con eso, y molesta, culpable, dolida sin tener por qué, sin poder culpar de eso a nadie; ¡a Silvestre no!; ¡a Carlos, menos!

Era un embrujo.

No había la intención clara de hacer nada, sino el espacio, el ámbito, para una posibilidad que ya había ido ocupando su sitio, y que no se dejaba desplazar; tenaz; dura; ¡inextinguible! esa lucecita, turbia, movable; que podía estar sostenida hasta por Carlos, su marido, a través de algún santo...

Y llegó aquella tarde Carlos.

Se sorprendería de encontrar aquel calor que no había dejado en casa al irse al mediodía, seguramente, y que ella no supo, no pudo, dominar; él preguntó, porque a él le gustaba preguntar cosas, y le gusta todavía, aunque no diga nada suyo.

Acaso porque no puede.

Y tenía que salir después.

¿Después de cenar?...

Carlos tenía que ir aquella noche a una reunión de ingenieros.

Cenaron en la paz, y ella lo despidió con un beso caliente, y recogió la mesa, fregó los platos y ya no había nada más que hacer, porque no había un hijo que reclamase su atención, y la televisión es invisible, por lo mala.

Se sentó a leer el periódico.

Saltó lo político, se entretuvo con los espectáculos, pasó luego a los deportes y llegó a los sucesos, que a ella le atraen; pero los salta por disciplina, porque sabe que con el dolor ajeno se sufre y no se aprende.

Se sintió esa noche muy cansada. Y era temprano. Se iba a bañar minuciosamente, como hacía siempre que tenía que esperar a Carlos. Eso, el agua fría, la despertaba. Además, la excitaba un poco. Todo eso era para él. Ella misma se reía de incredulidad pensando cómo cuidaría ella a su hijo, si lo tuviera; porque la luz de esa tarde estaba ahí otra vez. Debería dejarse ganar por la fe de Carlos, que cree que todo lo que ocurre es por aliento de Dios, y no por la ineficacia de la nada, que la nada no existe. Pero no puede.

Carlos sabe que su propia mujer no cree, que no alcanza a ver más allá de lo que le está rodeando.

Y él reza por ella sin decírselo. Agustina lo sabe por las vías secretas del amor; sabe que Carlos sigue buscando el hijo que tanto necesita, aunque últimamente lo mencione tan poco.

Ella llega hasta a pedirse a sí misma que le alcance el amor que le tiene para llenar esa necesidad de su marido.

Ella se ha terminado de secar lentamente, como le gusta, y se ha empolvado, y se ha puesto dos gotas de perfume, fragancia de rosas, que gusta tanto a Carlos; por amor. Y sin nada más que eso sobre su cuerpo se cubre con una bata, que es un poco gruesa para el día, por el calor, pero que está hecha de una franela que le gusta sentir sobre su cuerpo en las noche al acostarse, para que Carlos se la quite, y le empiece a besar los senos y el cuello y las orejas poco a poco desde abajo, y quedar luego los dos dormidos con sólo dejarse caer en el vacío.

Hubiera podido acostarse aquella noche con esa sensación y dormirse.

Pero no podía dejarse llevar por el cansancio cuando aún era temprano y cuando Carlos estaba al llegar y la necesitaba, como lo necesitaba ella esta noche en que había nacido la luz intrusa, una tentación que ella sabía que había que rechazar, por él, por Carlos, y para él, porque sólo así tenía sentido el mundo del hombre que quería, y quiere, ella para siempre, por su voluntad, por la palabra.

Podía coger un rato la novela que estaba leyendo Carlos desde hacía un mes, y que no tenía tiempo para terminar porque ¡ella no lo dejaba! Iba a continuar desde la señal que había hecho Carlos, aunque ella no había leído antes una línea, y era para probar si podía partir desde donde había dejado su marido y entenderlo todo. ¡Una locura! Y para que él continuase leyendo a partir de esa marca que dejaría ella en el libro. Porque ellos se querían, y se quieren, y se entienden bien.

Debería ser así.

Dos corazones y dos cabezas hechos uno solo.

Comenzaba el capítulo con alguien que estaba arrepentido de un robo que había hecho siendo joven. Eso se entendía sin haber leído las páginas anteriores, aunque quién sabe las nuevas ideas que le hubiese despertado este relato entonces si hubiese tenido los antecedentes del ladrón y su familia, que entonces no se podía imaginar.

Nada de lo que pasa está perdido para siempre, ni nada de lo que se esté haciendo dejará de verse en el espejo mañana.

Este mundo es así.

Y tuvo sueño, porque leer en la noche siempre la ha puesto a dormir. Pero siguió leyendo aun sin entenderles todo el sentido a las palabras, sabiendo lo que iba a pasar, porque estas novelas terminan siempre como uno sabe. Y era así, unas palabras detrás de las otras, en hileras que iban y venían, o al revés, porque es lo mismo. Y se le fueron deslumbrando por la luz los ojos, sabiéndose encandilada. Fue cuando sonó el timbre. Ella se levantó pensando que por qué no abriría Carlos con su llave. Y se fue a abrir, y abrió la puerta, y no era Carlos, sino Silvestre, quien venía a buscar la lata, como otras veces, aunque nunca le había llegado Silvestre tan tarde; lo hizo entrar, y ella lo vio pasar hacia la cocina, grande, ancho, con una cabeza lanuda y negra; luego le entregó ella la lata que estaba en el aparador, y él la cogió con sus manazas y esos brazos musculosos, bien hechos, y con un cuidado que no parecía de ese cuerpo ni de esos ojos centelleantes. Luego ella llegó hasta su habitación, buscó en el portamonedas en el cajón de la mesilla y lo llamó, llamó a Silvestre, y le dijo que entrase, que pasase dentro. Silvestre se quedó en el hueco de la puerta y la miró desde sus dos ojos grandes, brillantes, que a ella le parecieron inteligentes, y que ella los estaba viendo fijos en su carne, porque la bata, aunque la había cerrado cuidadosamente en los muslos, estaba abierta en el pecho, sin querer, y ella, que estaba sentada sobre la cama, le dijo que entrase, que por qué no entraba, a ver si eso le daba pena. El se sonrió avergonzado, pero se movió hacia adelante con esos sus pasos anchos y abiertos, de marino, que tenía, y tiene, Silvestre cuando anda en tierra, con las manos medio inmersas en los estrechos bolsillos delanteros del pantalón y moviendo todo el hombro como si le hubiesen cargado encima algo pesado que no se ve, y le llegó delante de los ojos la bragueta, muy cerca, y olió ella a gallina y a boñiga caliente, mientras comenzaba a contar nerviosamente las monedas, que las sintió frías, sabiendo ella que Silvestre le estaba viendo desde arriba, desde por encima de su cabeza, los pechos empolvados, y seguramente oliendo (con aquellas aletas de su nariz roma y ancha moviéndose para sorber ansiosamente el aire) el perfume. Ella no hizo nada para evitarlo, ni otra cosa, aunque se le abriese entonces la bata por las piernas, ¡como se le abrió!, y sólo le quedó protegida la cintura, porque ella misma se veía el ombligo, que, por la juventud, que sólo tenía, y tiene, 32 años, y porque no había tenido aún un hijo, la tenía, y la tiene, aún, estrecha. Es cuando ella le dio a Silvestre los siete bolívares veinticinco de los huevos que le debía de la víspera, y él, la mano de Silvestre, los recibió, sí, porque ella siguió la huella de sus manos, pero Silvestre no los guardó en su bolsillo, ni se volteó para irse con ellos en la mano, sino que los dejó, ¡atrevido!, sobre la mesilla y regresó a ella, y no la miró siquiera a los ojos, sino que se agachó y le soltó el lazo de la bata, sentada ella, como estaba, y la sujetó entonces con sus dos poderosas manos por las axilas, que fue cuando ella sintió por primera vez esas manos ásperas y grandes sobre su carne, una conmoción, y la levantó hacia sí; a ella se le deslizó por sí sola a lo largo de su cuerpo, rozándole las nalgas y las pantorrillas, la bata pesada sobre la alfombra, sin ruido; Silvestre la midió contra su cuerpo (que ella lo sintió duro y poderoso en las ropas) con sus dos manos sobre las nalgas, para ver si ella protestaba, ¡atrevido!, que ese niño, ¡ese hombre!, a pesar de todo, no estaba seguro de nada, porque eso se siente en seguida, y solamente después de que ella se abrazó a él por la espalda y por el cuello y por el chicharrón de la

cabeza grande, sólo entonces se atrevió él a levantarla en brazos y a depositarla sobre la cama, que ya estaba abierta; y se fue sin decir nada hacia la puerta; ¡qué angustia!; y no se fue del todo, sino que cerró la puerta y apagó la luz; ¡no vio nada!... Y comenzó a sentir, como colgados de aquel olor a boñiga caliente y a bollo de maíz, los mil pequeños matices sonoros: los roces, las rebeldías de los botones, los pies cuando salen de los tubos del pantalón, y luego la caída de los zapatos, uno, otro, sobre el piso de granito, ese silencio auspicioso, recogido, mágico, de la iniciación, y el vuelo de la ropa y el golpe contra la silla de la hebilla del cinturón; luego, en el instante, se hundió la tierra, el jergón; ella no se asustó con todo eso, sino que esperó que le terminase, al fin, de llegarle aquel cuerpo, y le llegó; porque todo llega; absolutamente todo; y se sintió sorber, le sorbieron aquellos labios en el dolor de sentirse, y de la mano, en un laberinto secreto en el que desapareció, sabiendo, dos, tres veces, alcanzando hasta donde nunca había llegado con Carlos antes; sintiendo a ráfagas cortas esas sus dos manos grandes de Silvestre, dos garras, en los muslos, en los pechos, y luego ese aliento jadeante, caliente, húmedo, en los pechos, en los muslos, para terminar muriéndose con el sol húmedo, enloquecido, caliente, abriéndose, abriéndose, un camino por donde se supo atravesada por un dios incandescente que se fundió como un plomo, como una cera, como una arcilla ardiente; algo muy remoto y vivo que regresaba desde su viejo camino de barro.

Como se sentirá la tierra, que parece fría y muerta, cuando le prende en sus entrañas de madre una semilla.

Después no lo sintió irse, sino que se quedó ya en la plenitud, en la paz, en una vela dulce, casi inconsciente.

Despertó a la razón con el cuerpo al lado.

Ella no se movió, ¡no se atrevió! Esperó, esperó, en un vértigo, sin poder hilar una idea. Extendió instintivamente su mano para comprobar si estaba el dinero sobre la mesilla, y sintió el mármol frío, sin nada encima. Lo podía haber guardado Silvestre en su bolsillo antes de dormirse junto a ella. No se atrevió a más, y esperó; cada vez más despierta, más viva, más culpable, y, sin embargo, sin la voluntad de hacer, sin la fuerza de despertarlo y decirle que se fuese, ¡pronto!, ¡que podía llegar su marido en cualquier momento! Pudo, al fin. Ella lo buscó en algo que no fuese muy íntimo, en el hombro, y lo tocó, y le dijo: "Silvestre, Silvestre"... El se movió. Y, ¡lo que no esperaba!, prendió la luz de la mesilla: "¿qué pasa, mi amor?"...

¡Era Carlos!

Ella se dejó caer y dijo, no sabe qué sueños, ¡asustada!

El apagó la luz y se volvió a dormir.

Ella no.

Ya no se atrevió ella a moverse.

Esperó así, despierta, desvelada, hasta la mañana, y se levantó, culpable, y se fue de puntillas a la cocina, como un ladrón: la lata de los huevos estaba todavía allí.

La novia

Serapio era solo.

Tenía vecinos que le llegaban a platicar mientras trabajaba; algunos jóvenes, una vieja que otra, alguna muchacha; de todo lo que hace Dios. Pero los domingos se olvidaban de él.

Era tan fácil.

Y a Serapio le pesaba mucho la soledad; era como estar muerto entre los vivos.

Serapio tenía la cabeza un poco grande, pero no era feo. No es que fuera alto, ni fuerte, pero tampoco era torcido; sin embargo, y a pesar de las ganas, no había tenido oportunidad de probar mujer. Había pensado más de una vez escribir una carta a don Sergio, a España. Había pensado en don Sergio, que era tío suyo porque era hermano de su madre. Tenía que haber en el pueblo chicas buenas y bonitas, y enteras, que quiere decirse que nuevas, sin conocer hombre, que seguramente estarían contentas de dejar los ordeños y el arado y los fríos para venirse al calor de América. Pero lo iba dejando, dejando. No por nada, sino porque no le salían las palabras (cuando escritas) una detrás de la otra, como a otros. Hasta que supo que había en la ciudad una mujer que escribía cartas, y decían que muy bonitas, por tres bolívares. La buscó un domingo por la mañana. La mujer vivía en uno de esos patios donde se reúnen varias familias y muchos hijos para pagar (o dejar de pagar) juntos el alquiler. Era, la señora, una vieja repintada y vestida con una bata roja con flores negras; hizo sentar a Serapio sobre la cama, porque no era pieza para más, y le preguntó que qué quería decir a su padre. Serapio le dijo que no, que no era su padre, que ya estaba muerto. Entonces, ¿quién era el padre Sergio? Ese era su tío. ¡Era la primera vez que el tío de uno era su padre! Es que era Padre porque era cura. ¡Ah! Y comenzó por el nombre y la dirección, que luego ella leyó en voz alta, para (como dijo) escribir tal cual lo iba diciendo Serapio; aunque, eso sí, más bonito.

Serapio dijo que era eso lo que quería.

Luego preguntó ella que qué quería decir al cura. Serapio lo tenía todo pensado muchas veces, y le dijo que lo que quería era decir a su tío que estaba bien, que ya estaría enterado por los hermanos que se había muerto su tío Manuel por Corpus, y se había quedado él, Serapio, con la zapatería; que a veces se sentía muy solo y que necesitaba mujer...

– ¡Para eso necesitas del cura!... –y la vieja se le quedó viendo.

Le dijo Serapio que sí, que su tío conocía a todas en el pueblo, y podía conseguirle una que fuese buena y no muy fea, y nueva, como él, que eso era importante; que, además, tenía que ser alguien que quisiese venir a tan lejos... La mujer le interrumpía de vez en cuando, porque Serapio decía las cosas muy atropelladas...; que la iba a cuidar, que eso era cosa de él, de su sobrino, y que el Padre Sergio le conocía el genio muy bien, porque aunque ya hacía dieciséis años que no lo veía, seguía siendo el hijo de su hermana...

Luego Serapio se calló.

– ¿Está todo?

Serapio dijo que sí, y preguntó a su vez a la mujer si había puesto todo lo que acababa de decirle. Así fue como ella leyó la carta; muy bonita, con la despedida de "le besa su mano" y todo, porque ella insistió en la fórmula, "aunque el cura sea el tío de uno"; luego, se la metió en un sobre de avión y le puso la dirección con una letra de molde bonita.

Eso sí, le cobró el papel y el sobre aparte.

Serapio se llevó la carta a la zapatería, porque no hay servicio de correos los domingos, y la envolvió en papel de periódico para que no se manchase con el sebo que había en el cajón. Hasta el lunes. Y el lunes cogió el autobús, llegó hasta Carmelitas y la puso en el buzón de la Oficina General de Correos él mismo.

Así es como Serapio se quedó esperando las noticias.

La carta de América llegó bien a Tendida, el pueblo. Estaba don Sergio leyendo su breviario en la sala cuando se la entregó Ramona. Y el cura, que ya andaba por los ochenta, hizo zamarramente tiempo para que se terminase de ir el ama, porque a esa mujer le gustaba estar en todo, y siendo que la carta venía de América, se lo dijo el cartero, más todavía. Luego don Sergio la leyó. ¡Este diablo de sobrino le había salido listo, y prudente; había que ver cómo sabía pensar y decir las cosas! Y se guardó la carta en el bolso interior de la sotana para continuar con la lectura del día; quiere decirse que el buen Padre Sergio lo intentó, aunque ya tenía a su sobrino tan sentado en su cabeza que le tuvo que escuchar de su suerte, de sus negocios, y lo vio tal cual lo estaba pensando, de traje y zapatos, derecho como su hermana, que en paz descansa, y con los ojos grandes, la nariz redonda y carnosa, de muy buen color, y le vino a la memoria su cuñado Antón, el padre de Serapio, y lo vio trabajando la tierra, sudando, honrado como un pobre, y pensó lo mucho que se alegraría saber que Serapio le había salido un americano. Ahora, por designio de Dios, iba a poder hacerle un servicio, seguramente el último; en verdad, el primero, porque nunca, desde que se fue Serapio con un hermano de Antón, supo del muchacho, hasta ahora. Se esforzaría en pensarlo como lo hubiese querido su hermana, **requiescat in pace**, y buscarle una novia, ¡no faltaba más!

No dijo nada a Ramona; se quedó con el lío para él solo.

La decisión llegó una semana después; no sola, como él quería, sino con el cuchareteo de la Ramona, como siempre. El primer paso de avisar a la madre de Vicenta Camino, huérfana de padre, diecinueve años, dos pechos como dos globos, las piernas derechas y largas, también lo dio Ramona. Pero quien habló luego, cuando recibieron a Julia, la madre de Vicenta (¡hasta ahí podían llegar las cosas!), que eso fue un jueves por la tarde, fue él, don Sergio mismo. La viuda era mujer todavía joven, fresca, hasta hermosa; de algo le venían a la hija aquellos materiales; don Sergio la conocía desde que la bautizó él mismo con sus manos, y después la casó él, y no mal casada, con Aureliano Camino, quien tenía buenas tierras de trigo y de cebada, casa de piedra labrada en la calle San Pedro y dos pares de mulas; y con todo y conocer bien a Julita, como la llamaba don Sergio, no se atrevió a hacerle la proposición al tiro, como si se tratase de venderle un ternero, sino que comenzó hablando del mundo, de cómo estaba todo corrompido, hasta con citas en latín, porque lo que el cura andaba buscando era un camino, y ahí, por

ese sendero, alcanzó América, donde, ¡casualmente!, tenía un sobrino, el hijo de su hermana Eulalia...

Total, que Julita dijo que sí; la madre no sólo se dejó vender bien, por la confianza, sino que compró el ternero de leche al precio de toro semental, y de raza, hasta por más de lo que el Padre Sergio hubiese podido soñar hasta para un americano.

Pero (y don Sergio se dio cuenta a tiempo) la cosa no era todavía pan comido, porque aún había que llevar la harina al agua y a la sal de la artesa de Vicenta, la novia; y hasta su poca de levadura haría falta; aunque, a Dios gracias, ¡y Su Providencia tiene mil caminos!, para eso estaba la Ramona.

Y a todo esto, Serapio sin saber nada.

Hasta que llegó una carta de su tío cura pidiéndole, ¡de golpe!, una fotografía. Serapio tenía una, pero de hacía ya diez años y de pantalón corto y con su tío Manuel al lado, y muy poco a propósito para conquistar una novia. Pensó en sacarse una nueva aunque le costase cincuenta bolívares. Se fue a casa de Pepe el retratista, que era un paisano que había estado en el entierro del tío Manuel. Don Pepe lo atendió como se merecía la ocasión, y más, porque le previno que no se podía mandar el retrato de un americano, y menos un americano que se va a casar, sin sombrero y sin chaleco. Llamó a su mujer. Entre los dos lo vistieron de cadena, leontina y todo, como a indiano.

La fotografía misma salió tan buena que ni el telón de fondo, que representaba un edificio moderno y unos jardines donde estaba Serapio de pie, y tieso como una vara, parecía de papel.

Serapio se presentó el viernes mismo a la vieja que le escribió la carta, "doña Eugenia", y le contó de su éxito, y le señaló la carta y la fotografía. La mujer se alegró, porque no había (como decía ella) nada mejor que saber que el trabajo de una era capaz de un bien así. Y se pusieron a pensar la carta entre los dos. Con cuidado. Luego, la mujer la fue escribiendo con esa seguridad desafiante que da el triunfo. Tanto, que hasta dijo a Serapio que le dejase aquello enteramente por su cuenta, porque se iba a ocupar ella misma, doña Eugenia, de buscarle luego un sobre grande, donde cupiese la fotografía, y que ella misma iba a ponerle la carta certificada; ¡tenía que ser certificada, si no, se podía perder!. Serapio le dejó un billete de diez, por si acaso.

En Tendida todo fue muy bien; más que bien: ¡de perlas!

La carta de Serapio, con la fotografía, llegó como un zambombazo. Reventó primero en la casa cural. Ramona corrió con el retrato a la casa de los Camino, y a todos, hasta a Vicenta, que es a quien estaban apuntando desde Caracas, les acertó el tiro en la mera mitad. La verdad, que ni Vicenta, ni Julia, ni siquiera Ramona, quien era la que había pintado la ocasión de todos los colores, se había imaginado nunca, de ver la cara apergaminada de don Sergio, que tuviese un sobrino como aquel joven guapo que estaba despechugado y deportivo sentado sobre un coche descapotable color azul cielo.

Y así, como lo quiso el Dios de don Sergio, porque en todo esto andaba, sin duda, la Divina Providencia, se fue formando en el pueblo un ambiente mágico en que casaban

con naturalidad todas las ensoñaciones; y carta va y carta viene, se fijó, por fin, la fecha de la boda por poder.

Serapio estaba transformado: se bañaba y se afeitaba todos los días, y olía a desodorante como un demonio; había limpiado él mismo, poco a poco, la zapatería y estaba echando flit por los rincones y por los huecos de las paredes, por donde salían las arañas. Y quitó bien el polvo a los tres bombillos que tenía en la pieza: uno en el rincón donde tenía la cocina, otra lámpara para trabajar él, a la altura de sus ojos, y el último bombillo en mitad de la habitación, que Serapio sólo encendía en las noches cuando había gente. Puso también los recortes de cuero acomodaditos en un rincón, detrás de la puerta; pintó su mesa de zapatero con un color añil que le pareció, pensando en su novia, muy bonito; le cambió el colchón a la cama, que era de hierro con bolas de cobre en las dos puntas de la cabecera, y pintó también, no toda la pieza, que no tenía tiempo para tanto (porque ahora tenía que reunir para los gastos), pero sí el ángulo de la cocina, que estaba cubierta con una cortina roja, y que es donde tenía el lavamanos y una cocinilla de kerosén.

Todo eso y más fue haciendo Serapio durante aquellos días de fiebre. Tanto, que casi enfermó, porque le estaba costando dormirse; hasta había dejado de comer como tenía costumbre, y había comenzado a preocuparse por cosas que no le importaban antes: la ropa que iba a vestir, las flores que le habían dicho que tenía que llevar al puerto. Todo eso. Pero luego que hizo lo que pudo se miró en el espejo que tenía en la balda de la cocina, repasó todo lo que había hecho en la pieza, lo miró con ilusión, y le pareció muy bueno.

Como debió parecer a Dios este mundo cuando lo hizo.

En Tendida no se sale para América como para cualquier otra parte. A Vicenta la fueron despidiendo por turno, casa por casa; con comidas hasta el anochecer, con cenas hasta la madrugada; con cohetes; y la ceremonia de la iglesia, con otro sobrino del cura en representación de Serapio, fue de las que no se olvidan más en el pueblo. Don Sergio habló muy bonito; muchos lloraron de la emoción; y Vicenta, que estaba que se le iba la sangre a los pies. Luego del banquete y los regalos y los bailables de la charanga, por fin, le hicieron las maletas. Pero cuando aquello subió al tope de todo, como un sobrado, fue en el momento de la despedida. Era anochecido cuando llegó el autobús de línea de la capital; los tres músicos del pueblo arrancaron con el himno nacional; los ojos de don Sergio parecían de vidrio mojado; doña Julia lo vio todo entre lágrimas, como a través de un mar. A tanto llegó, que ni a los pasajeros del autobús, a los que sorprendió esta fiesta, ni al chófer mismo, se les ocurrió protestar por la demora en la parada.

Más bien parecían conmovidos también por la despedida.

Y después de doce días largos de mar y mar llegó el barco a puerto. La Guaira estaba caliente como un horno. Ella, Vicenta, estaba sudando, pero bonita, de blusa blanca, con un bolso negro en la mano, apoyada en la baranda; asustada; y miraba, miraba, sin ver; lo que había en el muelle era un gentío, un mar de cabezas ruidoso y caliente; y no terminaba de ver a su novio, ¡a su marido!; envidiaba a la gente que se abrazaba con alegría y con las palabras ya antes de poder tocarse, porque eran el uno del otro desde

antes. Estaba mareada, hacía mucho calor, todo estaba blanco de sol. A lo mejor era por eso que se sentía tan-tan mal que le costaba respirar este aire que olía a salitre y como a café. Fue cuando alguien le tocó discretamente el hombro, y fue una voz que dijo en tono emocionado: "Vicenta". Ella volteó de un salto, porque no pudo más despacio, y no supo qué decir, porque era Serapio, tal cual, aún más guapo que en la fotografía; y él la besó en los labios y ella no supo. El cogió su bolso y la agarró del brazo y bajaron los dos la pasarela sin apenas dar tiempo a que le revisaran el pasaporte.

Vicenta se acordó de pronto de las maletas.

Pero ya estaban caminando fuera del muelle y él diciéndole, mientras la empujaba suavemente dentro del coche, que era de aquel azul tan bonito de la fotografía, que no se preocupase, que lo de los bultos era cosa del día siguiente. Vicenta se dejó sentar como borracha, por el calor, seguramente, y ¡también por la emoción de encontrarse con un desconocido que era su marido! Pero arrancó el coche, velozmente, y, cosa extraña, con eso sólo, con verse fuera del puerto, se tranquilizó. Ya el susto había quedado atrás, en el pueblo, en el barco, en el muelle.

Le regresó el miedo cuando se detuvo el coche frente al hotel.

Vicenta no dijo nada; fue él quien se adelantó a explicarle que aquello no era la zapatería, sino que primero tenían que comerse la luna de miel en este hotel. Subieron a un primer piso por unas escaleras de cemento feas; él con el bolso negro en la mano, ella agarrada de su brazo y llevándole el paltó; como si ya estuviesen casados, ¡y era verdad! El cuarto, cuando entraron, le pareció a ella pequeño y oscuro. Quiso decir algo, pero no se atrevió a voltear, porque sintió a Serapio desnudándose; ella se asustó y lo esperó y lo presintió (¡aterrorizada!) cuando se le estaba acercando por detrás, y no pudo sino dar un brinco cuando le llegó a pasar los brazos por la cintura; él la besó luego en el cuello, que fue cuando comenzaron aquellas manos a desnudarla, desde la blusa, que era una blusa blanca sin mangas, hasta el sostén y luego la falda y todo sin atreverse ella a mirarlo siquiera, porque no podía, porque no le alcanzaban las fuerzas; hasta que él ya no tuvo nada más que quitarle y la levantó en brazos, que es cuando ella le vio la cara, y lo demás, porque estaba desnudo.

Vicenta no podía oírlos, porque no estaba para oír nada en este momento, pero alguien que estuviese desocupado hubiese escuchado en el cuarto contiguo los ruidos de aquel jolgorio; y era que había tres hombres turnándose en un como miradero (un hueco pequeño de vidrio) y explicando con señas lo que veían por vez.

Luego se fueron calmando los ruidos en el cuarto.

Cuando se despertó Vicenta, ya era mañana; aunque todavía temprano. Buscó a su marido a tientas, pero no estaba; no se movió, sino que se quedó así, aletargada, un rato; había comenzado a entrar la luz. Y esperó. Así fue viendo más y más de la habitación, como si alguien le estuviese alumbrando poco a poco desde la ventana. No le gustó, porque todo, hasta el piso, estaba sucio. Se levantó, y se puso primero los zapatos; le daba asco aquel cemento sucio; no hacía frío; aunque estaba desnuda del todo, porque el camión se le había quedado en la maleta; ¿dónde se habría ido Serapio a aquella hora?; comenzó a vestirse, y se arregló con lo que tenía en el bolso; se peinó; rezó un Avemaría,

como hacía siempre al levantarse; y abrió la puerta porque sí; el pasillo le pareció estrecho y feo, como si nunca hubiese entrado por ahí; volvió a cerrar la puerta con susto; no se atrevió a más; a preguntar por Serapio, por ejemplo. Se puso a buscar sus cosas en el bolso, que algunas eran recuerdos de amigas y de su madre, y a mirar los papeles. Pero el tiempo daba para todo, porque no regresaba Serapio, ni tocaba nadie la puerta de la habitación tampoco. Fue cuando pensó que podría salir del hotel y ver algo de la ciudad. ¡Cómo no se le había ocurrido antes! Tomó el bolso, salió al pasillo, y bajó un poco apresuradamente las escaleras sucias pintadas de azul; salió a la calle casi corriendo, y tropezó con un ruido infernal de cornetas y pitos y una hilera quieta y trepidante de coches, y una luz que encandilaba; Vicenta se asustó y estuvo a punto de regresar al cuarto.

Pero se dijo firmemente que debía preguntar en el hotel por su marido.

Había una muchachita limpiando el piso de la entrada, que era un embaldosado rojo con un mostrador donde quedaban todavía algunas botellas vacías de la víspera. La niña no había visto bajar a nadie. Vicenta no se fue, sino que se sentó en un sofá destripado del recibo, y esperó hasta que salió una mujer gorda y greñuda, y le preguntó qué quería. Vicenta le dijo si había visto a su marido. ¿Quién era su marido? Serapio Vallejo. ¿Qué tenía ella que ver con Serapio Vallejo para recordarlo? Vicenta le explicó que ella y su marido habían alquilado un cuarto en el hotel, y que esta mañana ya no estaba en la cama, que había salido; y a todo esto eran las doce...

– ¿Le pagó él?

Vicenta le dijo que Serapio seguramente había salido a comprar algo, y regresaría, claro, a pagar el hotel.

– Bueno –le dijo ya con la grosería–, ¿en qué habitación estuvo durmiendo usted?

Vicenta le dijo dónde: en la primera habitación entrando en el primer piso.

– Ah, la del miradero –dijo, y luego se rió; Vicenta no sabía de qué.

Entonces la mujer se le sentó al lado. Ella, Vicenta, le estaba viendo la pintura cuarteada en los labios, los ojos chorreados, los pelos quemados y de por lo menos tres colores, los dientes amarillos. Luego le dijo la fulana: "Usted es nueva, ¿verdad?" Vicenta dijo que sí, que acababa de llegar por barco el día antes. "No, eso no", dijo ella sonriendo, "pero no importa, porque ya sé con eso que es nueva". Y trató de tranquilizar a Vicenta. Se ocupó de ella desde entonces con un amor que nadie que viese aquella facha podía suponer dentro, en aquel cuerpo.

Vicenta se lo contó todo, como era.

La mujer le dijo que la esperara. Vicenta esperó más de una hora, hasta que salió ella vestida con unos dorados relucientes, mucho más linda. Cogió a Vicenta del brazo, la empujó suavemente y salieron a la calle. Montaron en un taxi y llegaron a la dirección que Vicenta tenía de Serapio, que es donde estaba la zapatería, en un entresuelo que respiraba y veía por un hueco a la altura de la calle de tierra, muy retirada del centro de la ciudad. Y cuando la mujer llegó a la puerta (con Vicenta siempre detrás) la tapó con su humanidad reluciente, agarrándose los dos lados del dintel, y dijo:

– ¿Serapio Vallejo?

Serapio se levantó con susto y dijo con la cabeza que sí.

– ¿Usted espera a su esposa? –dijo la mujer, y Serapio, que estaba con un zapato en la mano y la boca llena de clavos, no supo ya cómo ponerse, y tardó en hablar, y cuando habló, dijo (y aunque no se parecía a la Vicenta del retrato):

– ¿Es usted?...

– No, pero se la traigo.., pase m'hija...

Serapio dejó el zapato, escupió los clavos en su delantal azul, y dijo atropelladamente, mientras se frotaba las manos, que él había estado en el muelle, hasta con flores, a recibirla, y que ella no apareció, porque no la encontró por ningún lado...

– Pero le voy a decir una cosa –le interrumpió la dama que había en aquella mujer, ya con Vicenta, asustada, a su lado y a la vista de Serapio–, que esta mujer, su señora, ha andado perdida por esas calles de Caracas, y yo le di habitación, y está muy asustada y todo eso, ¿comprende?...

Serapio estaba blanco. Vicenta estaba de un bloque, desamparada, como piedra. Y la mujer añadió, ya con la actitud de subir los tres escalones que había hasta la calle:

– Trátemela bien.

LA CARA DE LOS INMIGRANTES

A la inmigración se le juzga muchas veces por sus caras, y se le encuentran rostros buenos y talentos malos, como a un enfermo convaleciente.

Claro que hay quien llega con la intención de saquear el país en un mes o dos y regresar a su patria, cualquiera que sea su procedencia en Europa, en América, en Asia o en África, porque Venezuela es hoy faro deslumbrante de muchos aventureros en los cuatro rincones del mundo.

Hay también la cara de los que no rompen una cerradura, pero explotan otros recursos para llevarse gratuitamente, y hasta con bendiciones, miles de bolívares con los que se hubiesen podido comprar kilómetros de acueductos o construir unas escuelas, o se hubiesen podido pavimentar las calles de cualquiera de esos pueblos tristes de polvo y de sed con que uno tropieza apenas traspone los linderos de las ciudades venezolanas.

Y se repite con frecuencia la cara del inmigrante que ha llegado a patrón, se ha amparado en la dictadura para apurar su negocio y patear impunemente los derechos del trabajador, sea criollo o inmigrante, más inmigrante desamparado que criollo en su propia cancha.

Y hay, cómo no, otras caras más feas. Pero las fealdades del alma no son privilegio de la inmigración, porque la decencia y la podredumbre han viajado siempre juntas en los grupos humanos, y si hay que hacer justicia, es necesario tener en cuenta el gran rostro limpio de la inmigración que ha recibido con alborozo y responsabilidad la nueva era de la libertad y la decencia humana.

Si por espíritu simplista se le quiere dar a la inmigración un símbolo colectivo, escójase el grupo de la mayoría, el aporte de brazos y de buena fe que ha llegado al país a dar lo mejor de su esfuerzo. Es alentadora la manera con que muchos intelectuales, y todos los periódicos, y todas las emisoras y televisoras del país, han respaldado la actitud de nuestras autoridades. Pero queda a pesar de todo un hondo recelo popular frente a la mayoría inmigratoria.

Desgraciadamente aquí, en lo más sano y noble del cuerpo de la inmigración, en esta cara de sudores y de grietas de polvo y de sol que está levantando los muros de las nuevas edificaciones, que está abriendo el surco de la nueva semilla, que está aguantando el temblor desbocado del martillo de aire comprimido durante ocho y diez horas o que está extendiendo las capas de cemento de la Venezuela de hoy y la que viene, hombro con hombro con el criollo, en esa gente que pasea la nobleza de su esfuerzo sin ninguna ostentación, que no tiene tiempo de meterse en política ni conoce al majadero de Gagliardi, se esconde precisamente el problema más hondo de incompreensión humana.

Ellos no son culpables de los problemas de desempleo y desajuste que sufre la nación en su desarrollo; ni tampoco tienen culpa los criollos que sufren las consecuencias de su llegada, quedando a un lado del camino de progreso de su propio país debido a una muy natural diligencia del que llega, quien se aferra angustiosamente a las condiciones de trabajo que le ofrecen para sobrevivir en un mundo que todavía le es extraño.

Este desequilibrio es un fenómeno ajeno a los dos grupos humanos. Los culpables son aquellos que tienen la responsabilidad de haber fomentado alegremente, muchas veces alevosamente para abaratar la mano de obra destinada a su propio beneficio, este trasiego de hombres sin reparar en sus consecuencias sociales y económicas. No hay duda de que el ancho regazo de Venezuela necesita de todos, y para garantizar su convivencia habrá que tomar las medidas de seguridad y justicia necesarias.

Esta es la cara de la inmigración, si la inmigración tiene en verdad alguna cara definida; una cara que se parece como un hermano gemelo a otro a la del pueblo venezolano que sufre y trabaja.

Y entre tanto inmigrante de compleja motivación, hay también en Venezuela una cara de muy definida trayectoria y merecedora del mejor respaldo: la de los exilados políticos. El grupo de hombres que, por haber sido expresión de conciencia cívica en el pueblo que tuvieron que abandonar, ha demostrado hacia el país que los acogió tan noblemente una responsabilidad y un respeto ejemplares. Seguramente los venezolanos que están regresando ahora de un duro exilio sabrán medir en toda su hondura el dolor y la entereza que amasa un largo destierro.

Hombres de hasta veinte años de exilio íntegro tienen que ser buenos ciudadanos; siembra honrada en cualquier país donde hayan rendido su faena de hombres.

MARTIN DE UGALDE O LA PASION VENEZOLANA

Entrevista a Martín de Ugalde*

Hace diecisiete años llegó a Caracas un muchacho espigado y ambicioso. Vasco y terco. Con ansias de conocer y comprender el país. Y con sueños de escritor. Su maleta tenía sólo dos rótulos: exilado y emigrante. Y en su cuaderno, ya comenzaba a garabatear, un poco barojianamente, la vida. Su primer contacto con la tierra venezolana fue desastroso. Quiso comenzar su experiencia como periodista y terminó en vendedor frustrado de cocinas, neveras y lavadoras. Era Martín de Ugalde aprendiz de reportero y cuentista en ciernes.

– La verdad es que no servía para vendedor. Me interesaban más los tipos humanos. Allí estaba mi camino.

Martín de Ugalde, cuentista y periodista, ya dobló el cabo de los cuarenta años. Acaba de publicar un libro con un título que ya es todo un hallazgo: "Cuando los peces mueren de sed". Y su mujer, Ana María, vasca como él, venezolana como él, le ha dado hace sólo 48 horas su tercer hijo. Una linda chiquilla, de tres kilos y medio, con un nombre desprendido de la hoja más tierna del árbol de Guernica: *Miren Ainara*, o la "Virgen de las Golondrinas". Antes, Ana María, ternura sobre ternura, le había llenado la casa de amor y poesía: *Unai Ona*, que, como todo buen primogénito, es el Buen Pastor, y *Miren Itxaso*, la "Virgen del Mar". Pero más allá de su emoción de padre, está la literatura. Y Martín, golpe tras golpe, se fue haciendo escritor. Fue conquistando su puesto. Y recolectando premios.

– Empecé en la revista "Elite", de Juan de Guruceaga. Allí me llevó Paquito Villanueva. "Telemicros". Comencé por comentar las actividades deportivas. Escribía, de todo, tenis, beisbol, etc., aun cuando no sabía una sola palabra de eso. La cosa marchaba. Luego, me convirtieron en Jefe de Redacción de la revista. Fue por allá en 1949. Tres reportajes especiales, de impacto político y sensacionalista, me abrieron otras puertas, pero preferí la vieja querencia.

Después, Armas Alfonso me llevó al Departamento de ediciones de la Creole. Fue en 1954. Para entonces, ya estaba metido en las faenas del cuentista. En 1955 gané el premio del Concurso Anual de Cuentos de "El nacional". Y comencé a publicar los reportajes que integran el volumen "Cuando los peces mueren de sed".

– ¿Qué te impulsó a escribirlos?

– Venezuela. En realidad, toda mi obra literaria y periodística responde a un complejo proceso psicológico: de adaptación y de interpretación. Este libro es producto de mi pasión venezolana. Una Venezuela vista a través de los ojos de un inmigrante y exilado que es, esencial y definitivamente, otro venezolano más. Ya lo digo en las páginas iniciales: "Esta es la cara de la inmigración, si la inmigración tiene en verdad alguna cara definida: una cara que se parece como un hermano gemelo a otro a la del pueblo venezolano que sufre y trabaja".

Martín es un hombre sentimental y sincero. Se duele de la serie de incomprensiones que han rodeado su vida literaria. Y su desvelado y agónico y aprendizaje venezolano.

* En *La República*, de Caracas, 9-II-1964.

Porque si alguien siente ardidamente lo venezolano, es este hombre de hablar reposado y medido, todo nervios y equilibrio. Geografía y alma venezolanas andan y campean por sus textos. Y es tanto el respeto que siente por el país que sólo ahora, después de quince largos años de fatigar rutas y panoramas patrios, se ha decidido a editar un libro de cuentos venezolanos, construido con su mejor vigilia, escritos con sangre y espíritu nacionales, suerte de acta de toma de la nacionalidad.

– En "Las manos grandes sobre la niebla", Venezuela impone el tono, el ritmo, la realidad. Consta de una serie de cuentos que narran y explican la tierra, pero no en su dimensión geográfica, sino en su diversidad de tipos humanos. Está el cuento del petróleo, de la sal, de la madera, de la perla, del cemento, del barro, etc., interpretado a través de los hombres que pueblan las regiones... Es mi testimonio de la Venezuela íntima y admirable que me ha hecho escritor y me ha dado un destino.

Martín de Ugalde es hombre sencillo y sensible. Hecho para la cordialidad y el diálogo. Que quiere y sufre a Venezuela, a cada minuto. Y trata de aprehender su imagen más pura y permanente, recorriéndola con amor, y narrándola con auténtica pasión creadora.

El padre de Martín, otro vasco venezolano, don Pedro Ugalde, es carpintero. Su abuelo, también lo fue. Ahora, Martín alterna su vocación literaria con la artesanía didáctica del profesor: dicta cátedra de Opinión Pública en el tercer año de periodismo de la Facultad respectiva en la Universidad Católica "Andrés Bello".

El magisterio, sin embargo, no le atrae. Le dispersa de su mundo literario.

– La enseñanza no me llena. Quiero escribir. Necesito comunicarme permanentemente con el país, con mi país, con mi propia emoción.

Martín de Ugalde ha publicado cinco libros, cuatro de cuentos, uno de teatro, y una *plaque*. En todos alienta la imagen del inmigrante y su destino. Del exilado y su circunstancia. Ahora, el gran motivo de su existencia, Venezuela, presidirá las páginas de su penúltima obra de narrador. Detrás de "Las manos grandes de la niebla", un hombre estará transformando nuestra greda geográfica y humana, en puro y sincero mensaje literario.

La semilla vieja*

El libro anterior de Martín de Ugalde, "Un real de sueño sobre un andamio", mereció los más cálidos elogios de la crítica; y no nos referimos a la vasca, que podría llamarse interesada por paralelismo racial y por idéntica situación en el exilio. Pero de todas esas críticas extrañas, la más exacta me ha parecido la de C. E. en la revista "Índice", de Madrid, en la que el crítico, después de decir que no conoce a Martín de Ugalde –como no lo conoce nadie–, añade: "Ahora digamos solamente esto: es un escritor extraordinario".

Esa es la verdad lisa y llana: Martín de Ugalde, que acaba de empezar a escribir, es un escritor extraordinario. Una señorita a quien he prestado el libro me ha dicho: "Nunca he leído nada tan bueno". Exacto. Podría haberme dicho "nada tan bonito", pero el libro no es bonito, sino eso, bueno.

Cinco son los cuentos que contiene este segundo libro de Ugalde: "La luz se apaga al amanecer", "La semilla vieja", que da su nombre al libro; "La llegada de Engracia", "El asalto" y "El espía". No sé cuál de los cinco es el mejor, pero yo me he fijado particularmente en dos que sirven, por sí solos, para acreditar a cualquiera: "La luz se apaga al amanecer" y "La llegada de Engracia", cuentos valientes, duros, difíciles, de gran trabajo realizado suavemente, con desprecio absoluto de las galas literarias y haciendo una gran literatura.

Para un vasco exilado, de una determinada ideología política, eso que hace Martín de Ugalde es valiente antes que nada. El haber elegido los temas de los dos cuentos que he señalado y el haberlos tratado y resuelto como lo ha hecho supone en el autor una decisión inabordable. Dice lo que tiene que decir, y nada más.

Pero es que, además de valiente, es inteligente. Porque, por ejemplo, en "La luz se apaga al amanecer" es difícil describir a la buscona, mujer casada y con hijos, que sale de noche a la busca de hombres, pero es mucho más difícil describir al marido tolerante, bueno como él solo. Y en "La llegada de Engracia", la descripción del marido inmigrante, que dejó allá a su mujer, de recién casados, y ahora la ha llamado porque puede ofrecerle una vida modesta, pero limpia y llevadera, es ardua; pero la de Engracia, que se le va de casa el día siguiente de su llegada, para vivir con un pasajero, un muchacho bonito y bien vestido, que ha venido en el mismo barco que ella, es algo definitivo.

Antes dije que Martín de Ugalde era algo nuevo y descollante en las letras vascas; hoy tengo que decir que este hombre se parece mucho a los grandes cuentistas rusos anteriores a la revolución de 1917, pero con una salvedad: que a mí me gusta más.

* Reseña literaria de "Tellagorri" en *Tierra Vasca*, 15-1-1959.

La semilla vieja

(Cuentos de Inmigrantes)

José Antonio Rial

Lo que más inquieta a la crítica en relación con Martín de Ugalde es su estilo, su manera de contarnos con rudeza y desmañamiento vascos y lenguaje acriollado historias de inmigrantes. Las historias, es decir, los argumentos, no son lo importante, principalmente porque él los toma de la vida, tal como acontecen o sólo un poco desfigurados; lo que le ha valido premios, y le coloca entre los buenos cuentistas venezolanos, es su manera de referir el hecho.

Y no siempre es la misma manera. Quizá porque cuando uno de sus sucesos le apasiona o le ha tocado de lleno ciertas fibras fáciles de irritar y conmover, no tiene la templanza suficiente para mantener el frío y casi indiferente estilo de sus relatos más característicos.

Escribir de una manera es muchas veces reprimirse. La forma establece entre el escritor y su tema una distancia, casi un aislamiento, que es el entramado de su modo de referir la cosa, indirectamente, escorzando los hechos, buscándole ángulos a la incidencia, como la cámara de cine, o como el pintor, en vez de soltar el hecho directamente y en vivo, como quien acaba de verlo ocurrir y lo relata tenso y estremecido.

No critico con esto el modo de hacer de Martín de Ugalde. Y mejor diría los modos de hacer, porque son varios, sino que, al contrario, veo en ello cómo valora él lo literario y cómo ensaya sistemas de dar dimensiones y volúmenes a las simples anécdotas de cada día.

El relato de ayer era longitudinal. Veíamos siempre los acontecimientos desde un observatorio simple. Ahora no, podemos meter la nariz en el montón de estiércol, leer los marbetes de las viejas latas de conservas que se pudren en el basurero, contemplar la calle desde el andamio del albañil, sintiendo con él el vértigo, cruzar la tierra removida por un patrol y pisar "las olas quietas modeladas por la máquina"... El lector se transforma en espectador, porque es éste un arte muy preocupado por mostrar todo objeto, precisamente por aquella cara que menos conocíamos. Es muy bueno este redescubrir la realidad y romper con las viejas categorías, para exponer a la mirada humana todo lo olvidado o escondido.

En verdad, esto que han llamado "neorrealismo", sin saber aún qué es lo real, y quizá sin advertir que la "neorrealidad" es una realidad tan misteriosa como la de los viejos filósofos, sino que vista a través de las buenas lentes de las cámaras fotográficas, yo lo seguiría llamando expresionismo.

En el expresionismo hay una deformación que tiende a lo grotesco, a veces, a la caricatura (como lo clásico se escapa de la realidad hacia alturas de armonía matemática, alejándose del hombre y refugiándose en lo abstracto), pero este subjetivismo, que descubrió la pintura, y aceptaron el teatro y la novela, tiene para mí la virtud de ser un

arte transido de humanidad. La realidad no nos llega ni abstraída ni decantada, sino plena de individualidad. El mundo del expresionismo no es un planeta ni un cuerpo celeste, sino estas vivencias suyas que transforman el paisaje, según la emoción que él experimenta, y que pueden ser cansancio, desabrimiento y hasta tedio.

El expresionista es un hombre que, a veces, conserva su juicio crítico frente al hecho más horrible o más sucio. Se parece al romántico en cuanto a que deforma la realidad, al filtrarla a través de su deformadora alma, pero su intimidación no es como en éste, simple y directo mecanismo de exaltación de lo pasional, sino que nunca se puede prever en qué transformará el espíritu de aquel turbador artista, el suceso simple o el crimen.

El expresionismo se cuaja en el teatro y en la novela alemanes después de la guerra de 1914. Son los escépticos que han visto mil horrores los que al referir las incidencias del frente, por no querer caer en un sentimentalismo que les repugna, desenfocan la emoción y dan una imagen fría. Describen los muertos como si fueran simple "naturaleza en reposo", con lo cual se abstienen de hacer comentarios, porque están asqueados, y subrayan mejor, de este modo, lo trágico de un mundo pleno de farsantes.

Parecen decir: nosotros no lloramos y esto es lo único decente que podemos hacer.

No todo el expresionismo es así, porque por fortuna para él, este estilo es tan vario como el hombre y aun como los estados de ánimo, pero nos referimos mejor al de la novela post-guerra, que al de George Kaiser, por ejemplo, en virtud de que Martín de Ugalde se parece en su rudeza sentimental a Arnold Zweig, a Ernesto Glaeser, al mismo Remarque de "Sin novedad en el Frente".

Pero en Martín de Ugalde hay todavía más deformidad antiemocional. Así como los pintores cubistas transformaron en volúmenes toda realidad imaginable, este escritor convierte a los humanos en prismas, y parece haber adquirido el compromiso de verlos hundirse sin sentir emoción alguna.

Nos parece bien, porque Martín de Ugalde es también un testigo de horrores. Y en casi todos sus cuentos, pero sobre todo en los dos más característicos: "La luz se apaga al amanecer" y "La semilla vieja", se percibe, tras la anécdota inmisericorde, una conciencia tan rectilínea y desesperanzada como los personajes, la del autor, que repite: "así de fría y dura es la realidad. Así es de cerrado el horizonte".

Los otros tres cuentos del tomo, "La llegada de Engracia", "El asalto" y "El espía", tienen el tono gris de los primeros, pero son más cálidos, más "humanos". Sin embargo, creo que el arte personalísimo de Martín de Ugalde se logra mejor en aquellos otros, en donde unidas su facultad de hacer ver la realidad desde muchos ángulos y su rudeza implacable, logran proyecciones de dos temas simples, tan originales como impresionantes. Estos cuentos tienen relieve, y un ahogo espiritual más trágico que todas las exaltaciones.

Índice literario de *El Universal*, 9-X-58

Los Cuentos de Martín De Ugalde

Ramón Díaz Sánchez

Dos libros de temas venezolanos –o de temas de Venezuela– ha publicado Martín de Ugalde. Los dos están ahora sobre mi mesa, directamente bajo el foco de mi atención: "Un real de sueños sobre un andamio" y "La semilla vieja". Son cuentos escritos en nuestro país y con asuntos tomados de nuestra existencia de hoy. Pero, ¿es que estas extrañas historias forman parte de la vida venezolana? Sí, desde luego; son expresiones de una nación en el trance de un cambio transcendental. Yo las leo con apasionado interés y las analizo. Les busco la realidad –expresión histórica– en la pulpa todavía blanda, todavía nebulosa, de la emoción –expresión artística.

Martín de Ugalde no nació en Venezuela. Es vasco y creo que vino a nuestro país hecho ya un hombre, con su profesión y su estilo formados. Es periodista y cuentista. A través de sus cuentos se le palpa el carácter, se le ve la imaginación y se le descubre la sensibilidad para el hecho humano. Mientras algunos de nuestros escritores de ficción se escapan de la realidad nacional para ir a mendigar sus motivos, sus influencias y hasta su técnica en ambientes y escritores extraños, hombres como Ugalde vienen a Venezuela ávidos de servirle con su penetrante pasión de artistas y con su sobria destreza de narradores. He aquí una lección que debiéramos aprender y que en cierto modo debiera ruborizarnos.

Se ha hablado con insistencia de la realidad de una Venezuela que se transforma y del deber en que están los artistas venezolanos de plasmarla en sus producciones. Esto lo han hecho ya algunos pintores y lo han intentado los músicos. Sólo los escritores permanecen aún indecisos y, lo que es más extraño, desdeñosos. Se habla, incluso, de una tendencia al culto servil de lo exótico. El cambio que se opera en la Venezuela de hoy y que afecta su vida entera, su economía, su cultura y sus manifestaciones estéticas, sólo interesa a determinados especialistas. ¿Puede un escritor de ficción –novelista o cuentista– ignorar estos hechos? Se sospecha –y aun se insinúa– la existencia de cierta incapacidad constitucional para la captación del fenómeno, como si se tratara de algo que depende no ya de la educación, sino de la raza. Vienen, en contraste, escritores de otros países y se lanzan gozosos a la tarea, perforan la piel del suceso y sacan a luz la maravillosa revelación. ¿Es que los intelectuales venezolanos de hoy continúan, como los indios de la Conquista, deslumbrados por los abalorios de Alonso de Ojeda?

Aunque parezca increíble, todavía hay rincones de la nueva estructura venezolana que nuestras gentes de letras no han penetrado. Son lugares que permanecen tan ignorados cual si perteneciesen a Rusia o a China. Esos cuentos de húngaros, de italianos y de españoles que nos cuenta Martín de Ugalde son verdaderos descubrimientos. Sólo que no los hemos hecho nosotros. Nosotros, los criollos, los que hemos nacido y vivido aquí, seguimos aferrados a un clasicismo que nos vuelve insensibles para los dramas de unas gentes extrañas aparecidas como por arte de magia e incrustadas como ácaros irritantes que nos hacen rascarnos, pero que no nos deciden al

examen interno. Nuestras ciudades se pueblan de habitantes fantásticos, nuestros campos se abren a un nuevo trabajo, a nuestro alrededor crecen edificios impresionantes y todo ello nos deja impasibles.

No podría, ciertamente, decirse que permanecemos desligados del todo de la nueva vida que nos rodea. Vemos lo que ocurre a nuestro alrededor, pero lo vemos como un espejismo. Esas gentes foráneas, esos extranjeros a los que columbramos en las lejanías de sus andamios y en las cavidades de sus alcantarillas, ¿son los mismos que solemos hallar en las recepciones de los ateneos y de las embajadas, entre vasos de whisky y bandejas de pasapalos? ¿Quiénes son, pues, los que se caen de los andamios traicionados por el hambre y el sueño?

De repente nos encontramos con un libro escrito por un extranjero y nos quedamos perplejos. He allí la alucinación vuelta testimonio. Nos parece mentira que tales cosas ocurran en el mismo suelo que pisamos todos los días, dentro del mismo aire que pisamos todos los días, dentro del mismo aire hacen sus guiños en las alturas de nuestro cielo. ¿Ese Janos, universitario de Praga, que se queda leyendo en su cuarto mientras su mujer iba a canalizar erotismos desconocidos en las encrucijadas de Chacao y Sabana Grande, tiene algo que ver con los negros de Juan Francisco de León y con los liberales de Luciano Mendoza?

Martín de Ugalde y otros que como él han trasplantado a suelo venezolano sus inquietudes y su autenticidad, nos están dando una viva lección de lo nuestro. Son escritores, músicos y pintores de los cuales solemos reírnos cuando leemos "vasco-venezolano", "húngaro-venezolano", "italo-venezolano". Su mejor virtud consiste en su condición de testigos. Hace poco yo mismo, al ocuparme de Roger Martin du Gard, hacía hincapié en esta cualidad del extinto escritor y la señalaba como el sello por excelencia de su arte de novelista. *Enqueteur*: testigo. He ahí lo veraz y, por ende, lo perdurable. No veo la razón de que el novelista convierta su arte en tejemaneje propagandístico ni en tendencioso escarceo especulativo. Los cuentos de Ugalde – fuertes, duros, sin maquillajes oportunistas– son testimonios de una Venezuela que cambia y que casi no conocemos, y así quedarán para el examen de los que vienen detrás de nosotros.

El Universal, 2-XI-1958

La semilla vieja

Plá y Beltrán

Dos cosas esenciales destacan en la cuentística de Martín de Ugalde: de un lado, una voluntad férrea, una pasión ilimitada por integrarse, por fundirse, por hacerse él mismo carne y sangre, gozo y agonía de las tierras y de las gentes venezolanas; del otro, un terco deseo de dejar testimonio, de convertirse en fiero e insobornable intérprete de algo que bien podría considerarse como una nueva clase social en Venezuela: los inmigrantes. Lo primero se patentiza en su afán de conocimiento de tierras y gentes, y, sobre todo, en su pasión por adoptar los giros expresivos más genuinos, más arraigadamente criollos de esas gentes; lo segundo, en esa especie de amor rabioso que tiene Ugalde para las criaturas llegadas de otras tierras, desplazadas, desarraigadas, desheredadas de la fortuna, viviendo del pasado pero pugnando por borrar su pasado, moviéndose, como febriles péndulos, entre la fe y la angustia, entre la esperanza y la desesperación.

Otro aspecto de la personalidad de Martín de Ugalde, formado literariamente en Venezuela, consiste en su acendrada venezolanidad. En él –como narrador, como hacedor de cuentos– pesan, según mi manera de ver, dos poderosas voces: la vasca (la de su ancestro) y la venezolana (la de su patria adoptiva). De esa unión, de ese implacable fundimiento surge a veces en su prosa como una avidez por la palabra restallante, y otras –cuando en él prevalece la voz del ancestro– una prosa arisca, como una sintaxis apuñalada.

Reúnense en "La semilla vieja" cinco relatos: La luz se apaga al amanecer, La semilla vieja, La llegada de Engracia, El asalto y El espía. En todos ellos prevalece un tema: el de los inmigrantes. En todos ellos se nos aboca a un clima (uno, pero diverso) de pobreza, de desamparo, de sacrificio, de paciencia, de expectación, de frustración. En todos ellos – y no obstante el desmedido afecto que Martín de Ugalde siente por los desheredados y los desposeídos– hay como una ternura asesinada por el sarcasmo, como una fe apuñalada por el destino. Parece que al escritor no le basta aquí con ser verídico; quiere, además, ser veraz.

"La semilla vieja" me parece un libro extraordinario. Pienso, tras haberlo leído, que de seguir Martín de Ugalde ahí, en esa línea, pero salvándose un tanto de ese clima de frustración y muerte, de ese como paciente fracaso de que reviste a sus personajes, que tanto le apasiona y obsesiona, Martín de Ugalde quedará dentro del ámbito de las letras venezolanas no sólo como un buen escritor, sino también como el escritor que supo ver, captar y plasmar en sus relatos el alma, la vida y la agonía de los inmigrantes.

El Independiente, 12-I-59

Literatura venezolana por nacionalización

Guillermo Meneses

El gran movimiento inmigratorio que Venezuela ha aceptado comienza a producir, entre muchos fenómenos, el de la obra literaria que expresa el encuentro de los hombres nacidos fuera de nuestras fronteras con la vida venezolana.

No quiero decir que el tema del inmigrante se presente ahora por vez primera en nuestra literatura. Gallegos Pocaterra, y otros escritores de menor prestigio, habían descrito ya el caso de los grupos extraños frente al pueblo de Venezuela, pero las experiencias relatadas estaban vistas desde la manera de pensar criolla, con cierta cariñosa curiosidad.

Lo que se produce actualmente es distinto. El inmigrante de hace treinta o cuarenta años no podía hacer más que citar un caso individual o, acaso, familiar. El escritor criollo de entonces sólo estaba en capacidad de referirse a unas cuantas individualidades. Para el hombre llegado de otras tierras, su país de origen era paraíso del cual había sido expulsado casi definitivamente. Para el venezolano, ese recién llegado era un caso raro y pintoresco.

Las cosas han cambiado profundamente. El italiano, el español, el portugués, así como el eslavo o el inglés, aun en el caso de que las circunstancias políticas le señalen un definitivo corte con el país de origen, encuentran en nuestro territorio millares de personas que comparten su suerte y que tienen las mismas raíces afectivas, culturales, económicas.

Se ha dado así la circunstancia de que conviven en tierra venezolana sin confundir sus experiencias igual quien acaba de llegar que el que se sabe venezolano a través de unas cuantas generaciones.

Por ello comienza a producirse una literatura, especialmente narrativa, en la cual se plantean algunos de los problemas que encuentra delante el venezolano "nuevo", el que continúa una relación evidente con sus "paisanos" europeos, mientras inicia su vida dentro del pueblo venezolano.

Dos, españoles –muy diferentes en sus actitudes, y en sus cualidades literarias– han publicado en estos últimos años libros en los cuales está presente la existencia del hombre que inicia la lucha para asentarse en la vida venezolana. Martín de Ugalde es uno de ellos. José Antonio Rial se llama el otro.

Como ya he dicho, no pretendo compararlos dentro de lo puramente literario. Me parece interesante –por el contrario– examinar lo que uno y otro han dicho en sus libros o, mejor dicho, lo que yo he creído entender.

Los españoles de Venezuela que Martín de Ugalde pinta están destinados de antemano a ser venezolanos. Cada uno de sus personajes siente que es posible la vida en acuerdo con las gentes que vivieron antes que ellos en el pedazo de tierra al que acaban de llegar. Ugalde los mira acomodarse a la manera criolla, a la risa criolla, a la cordialidad y a la hospitalidad –a veces huraña– del venezolano. Los inmigrantes de

Ugalde están predestinados a que se les otorgue rápidamente la carta de nacionalidad por naturalización, pero, cuando obtengan, sabrán que se les ha reconocido un derecho que ya se habían ganado con la mejor sinceridad.

Los que describe Rial –también españoles– miran las cosas de otra manera. El atractivo de la tierra, para ellos, no está en una apresurada confusión con las cosas y las gentes de Venezuela. Su pasión por la vida venezolana se hace tanto más cuanto que la sienten obra propia y pretenden estar creando un futuro admirable, para el cual están hechos, para el cual se preparaban desde su propia raíz europea. Serán venezolanos estos personajes de Rial, no porque conviven con los viejos venezolanos, no porque sonrían a la señora de enfrente, no porque el negro criollo haya aceptado tenderles la mano, sino porque parecen poseer cierta oscura intuición de que el futuro venezolano depende tanto de los que llegan como de los que cuentan su relación con la tierra como un antiguo recuerdo de los abuelos que descansan ya en Tierra de Jugo.

Lo cierto es que –de diferentes maneras– se está formando una literatura venezolana "por naturalización", por la cual podemos estar agradecidos los venezolanos de siempre a los nuevos venezolanos.

Que unos vayan por el camino de la humana comprensión y otros escojan el sentido del trabajo monumental rendido a medias, es hecho que implica distintos caminos para igual resultado.

El Universal, 14-XI-57

La semilla vieja

Luis Yépez

Martín de Ugalde es un cuentista sobrio, realista y cruel. Su estilo es breve, tajante y expresivo. No hay minucias. Ni remilgos. Ni prudencia de recato. Su lenguaje tiene todas las puertas y las ventanas abiertas. Se ve el frente y el fondo. Se mira la realidad y se ven las horrruras. El libro trae cinco cuentos. Los he leído de un gratisísimo tirón. La literatura de inmigrantes es nueva entre nosotros. Triunfan en esa nueva corriente de actividad literaria los escritores recios en la observación y capaces de ahondar en la vida de pobreza del inmigrante que trabaja y ahorra. Y sobre todo que sabe situarse en las asperezas y dificultades de una vida que no se deja vencer fácilmente ni se entrega nunca a los débiles.

Martín de Ugalde ha sabido escoger y mantener su camino de escritor joven y talentoso. "La semilla vieja" lo sitúa automáticamente entre los grandes del cuento. Su narrativa no es la usual de numerosos buenos cuentistas. La técnica de Martín de Ugalde es la de los trazos vigorosos y breves. O bien la síntesis en la línea de la expresión. Los personajes no andan en la sombra, ni tropiezan ni se esconden. Trama y personaje son claros. Gente que vive, come, degluta y expele, trabaja y sufre.

"La luz se apaga al amanecer" es un cuento que casi llega a ser repugnante por la certitud del diálogo y la amargura que destila. La vida social de los barrios ricos o pobres es así: las mismas pasiones, las mismas palabras, los mismos juicios e idénticas preocupaciones por la vida ajena. La diferencia está en el lenguaje: el vocabulario tiene sus matices. La húngara y su marido son dos seres perdidos en las veredas de la impotencia. La víctima es la chiquilla, la hija. El marido de la húngara es pasivo. La mujer recoge en la calle dinero y hasta hijos. El hombre finge al final un suicidio: un mecate, un cajón y nada...

El cuento "La semilla vieja" es uno de los más humanos y dolorosos, en el que el sentimiento paternal, sin ser especialmente exaltado, se revela en diferentes pormenores y situaciones. Por ejemplo, en la tala de árboles. El viejo Anastase no quiere matar los árboles. Y cuando cae un árbol, dice:

– Otro muerto. ¡Otro árbol joven que se va!

En la vida de ciertos inmigrantes que se agrupan porque los une la sangre, el heroísmo existe y la virtud es una consigna. Este viejo Anastase, italiano valeroso, es un hombre ejemplar y constante. No se queja nunca. Un día morirá sin darse cuenta, acurrucado en los asientos de un "jip", soñando como si tuviera veinte años. Esta literatura de inmigrantes conduce a todas las capas sociales la verdad de esos contingentes que vienen al país, no como muchos dicen, a desplazar al criollo, sino a ganar menos, a trabajar más y a sufrir durante algún tiempo la necesaria adaptación a un nuevo medio, a un clima ardiente y a costumbres diferentes.

"La llegada de Engracia" es la lección de la distancia. La ausencia no es fuerza aglutinante para dos que se quieren. Es un relajador de la fricción humana. Engracia es

bonita y joven. Sirve en España en un restaurante y todos la galantean y ella se siente bien con los piropos de los clientes. Es la mujer de Juan y Juan la espera aquí después de tres años largos y duros. En el barco encuentra a Pedro, a bordo, y la chispa se enciende. Luego Juan se pliega a la fatalidad del abandono.

"El asalto" y "El espía" son también dos cuentos que destilan sarcasmo, dolor y cianuro. Y en realidad es eso: angustia, mala suerte, ilusiones y golpes inesperados del destino. Martín de Ugalde no se repite. Sus casos son individuales y extraordinarios. Sus personajes andan por allí sueltos y sufrientes, dominados por la disciplina del trabajo o desazonados por no encontrarlo. La zozobra es la misma. Los corazones tienen y padecen la misma turbación. En "El asalto" aparece el espía cuando la anormalidad pública se presenta con las manos crispadas por la neurosis colectiva. Y como es natural, alguno, entre muchos, posee más sensibilidad nerviosa y ése es quien hará contacto con la corriente fatal.

Estos macizos cuentos de Martín de Ugalde son cinco ángulos filosos, fuertes, pero al mismo tiempo tienen en el contraste natural la clemencia que se desprende de la misma amargura. La narración es armoniosa porque está de acuerdo con los tipos humanos, con el destino de éstos y asimismo con el lenguaje y los términos de comparación. Por otra parte, Martín de Ugalde es poseedor de un léxico justo y numeroso que expresa lo que él quiere y dice lo que él quiere decir. Estas condiciones en un escritor son muy valiosas y sus posibilidades para nuevas creaciones no son un problema, sino una evidente realidad. "La semilla vieja" pasará al acervo nacional con su propio valor y su propio sabor amargo y con sus luces mortecinas y con los martillazos secos de la realidad.

Indice

El día de la playa
Un real sueño sobre un andamio
La luz se apaga al amanecer
La llegada de Engracia
La semilla vieja
El asalto
El espía
El hijo
La novia
La cara de los inmigrantes
Martin de Ugalde o la Pasión venezolana